JUICIO CRITICO

de D. Leandro Fernandez

DE MORATIN

COMO AUTOR CÓMICO,

Y COMPARACION DE SU MERITO

CON EL DEL CELEBRE MOLIERE:

MEMORIA ESCRITA POR D. JOSÉ DE LA REVILLA,

Y PREMIADA POR LA REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS EN 6 DE ENERO DE 1833,

DISCURSO,

QUE PRONUNCIÓ EL DIRECTOR DE ELLA

Dr. D. MANUEL MARIA DEL MARMOL,

AL DAR PRINCIPIO A LA SESION PUBLICA,

EN QUE SE ADJUDICÓ SOLEMNEMENTE EL PREMIO,

Y ODA,

CON QUE DIÓ FIN EL VICE-SECRETARIO

TENIENTE CORONEL D. MANUEL DE VOS SILVA Y MENESES.

SEVILLA:

IMPRENTA DE HIDALGO Y COMPAÑÍA.

OCTUBRE DE 1833.

Garcia
8448.
Spanish
4-30-1923
gen.

MINISTERIO DEL FOMENTO GENERAL DEL REINO.

Al Sr. Presidente del Consejo Real digo con esta fecha lo siguiente.

„ La Academia de Buenas Letras de Sevilla, remitiendo una memoria, que ha premiado, sobre el juicio crítico de D. Leandro Fernandez de Moratin como autor cómico, ha ocurrido al Rey nuestro Señor, solicitando se dignase admitir su dedicacion, y concederle la facultad de imprimirla con sola su censura, sin necesidad de remitirla al Consejo, añadiendo el discurso, y una oda, que al tiempo de la adjudicacion del premio pronunciaron su director Don Manuel Maria del Mármol, y el vocal Don Manuel De Vos; y conformándose S. M. con el dictámen del Subdelegado general de Imprentas, se ha servido acceder á los dos estremos, que abraza dicha solicitud."

De Real órden lo traslado á V. S. para inteligencia y satisfaccion de la Academia, incluyéndole la memoria. Dios guarde á V. S. muchos años. Madrid 1.° de Ju-

nio de 1833.=Ofalia.=Señor Director de la Academia de Buenas Letras de Sevilla.

Al Rey Ntro. Sr.

SEÑOR.

Al publicar la Academia de Buenas Letras de Sevilla la memoria, que premió, en que se hace el juicio crítico de Moratin, como Autor Cómico, y el discurso y la oda, que se dijeron en el acto solemne de la adjudicacion del premio, tiene el alto honor de elevarles á los pies del Trono de V. M., dedicándole estos frutos de sus tareas. Formado, é instalado este Cuerpo literario bajo la proteccion de los Católicos Reyes de las Españas, y colmado de gracias por sus augustas y liberales manos, no evitaria la nota de ingrato, sino ofreciese sus trabajos públicos á quien lo anima, protege y conserva. Realzando el mérito de un literato Español, que tan justa celebridad ha conseguido, se gloria de seguir los ejemplos de V. M. que tanto acaba de honrarle en la ultima edicion de sus obras, y debe consagrar á un Rey, á quien no hace mas que

imitar segun sus fuerzas, las tareas, que ha emprendido para engrandecer á este Genio de nuestro siglo.

Reciba V. M. este tan debido obsequio, y los sincéros afectos de la Academia, con la benignidad, que dispensa á las letras, y los que las profesan.

SEÑOR:

A. L. R. P. D. V. M.

La Academia Sevillana de Buenas Letras

DISCURSO.

> *Arrogante parrò, mai zelo sia*
> *Della sua gloria il non curar la mia.*
>
> **Pareceré arrogante, mas querria**
> **se tubiese por zelo de su gloria**
> **el no curar, hablando, de la mia.**

La Real Academia Sevillana de buenas letras se presentó por la primer vez al público en los felices dias, que vió la luz, protegida con magnificencia por el Monarca, acogida con benignidad por los Sevillanos, y honrada con sabios, que la formaban. Se presenta hoy otra vez, corridos ochenta y un años de su felicísima instalacion. Entónces, como á un rio naciente, que empieza á bullir y deslizarse sobre limpias arenas entre colinas y pomposas hayas, prometiendo abundantes caudales: como á serena aurora, que asoma en limpio cielo entre nacares y carmines, augurando brillante dia: ó como á tierno árbol, que despliega verde y sano ramage sobre virgenes tierras, pronosticando útiles y copiosísimos frutos, se le pedian solo esperanzas. Hoy se le piden caudal de conocimientos, brillo de ideas, frutos opimos y sazonados de sa-

biduria. La ciencia, como la virtud, debe tener aumento al durar. No adelantar en la virtud es atrasarse: no adelantar en las ciencias es del todo vituperable. La Academia seria indigna de su nombre, y no hubiera desempeñado su instituto, sino apareciese hoy como sabia, sino hubiera realizado las esperanzas, que hizo concebir al Rey, á la España y á Sevilla en los dias primeros de su ser.

No ha convocado al Público Sevillano para hacer ver como ha correspondido á ellas, recordándole sus memorias impresas, y haciendo el alarde de un gran número de otras, muchas de ellas enteramente originales, ó descubriendo su constancia en cultivar las letras en tiempos aciagos y mortales para las Musas. Privada de el albergue, que le dió el Rey, despojada de muchos de sus privilegios, asustada con el estrepito de las armas, vagante de mansion en mansion, escondida, ignorada, no se desalienta, no se abate, no se rinde: no: incansable é imperterrita trabaja, y se esfuerza por hacer resonar en sus penetrales los ecos de la Sabiduria, por oir las voces agradabilísimas de las Musas. Cual oficioso enjambre despojado de la colmena, su propia y conocida manida, deposita su dulcísima obra en el hueco de cualquier encina, no interrumpió la suya la Academia de buenas letras de Sevilla. ¡Que de males sufridos, que de dificultades superadas, que constancia á toda

prueba dejaria ver, si se tegiese su historia! ¡Y como podria decir á los Académicos venideros, *Disce..... virtutem ex me verumque laborem, fortunam ex aliis,*

Aprended de mi constancia,
y de otros mayor ventura!

Pero no quiere ser juzgada hoy á la faz de un Público tan respetable sino por los esfuerzos suyos, que ocasionan estas sesiones. Ha excitado á la España, á la Europa toda, á que tejan nuevas coronas, que depositar sobre la lejana tumba de uno de los mas beneméritos Españoles, publica hoy sus elogios, es eco de la fama, que resuena por todo el Orbe literario, para alhagar los Manes no acallados, que en la antigua Lutecia á las márgenes del frio Sena aun se quejan de las desgracias, que sufrió en vida un hombre, honor y prez de su Patria. Da hoy á conocer mas y mas á un hijo predilecto de Talia, á un digno sucesor de los Plautos, Terencios, Menandros y Molieres, al reformador de abusos, al sostenedor del idioma de Castilla, al mejor pintor de las costumbres patrias, á D. Leandro Fernandez de Moratin. Excita á hacer el primer análisis y juicio crítico de sus obras, lo premia, lo publica. Este es el fruto de sus tareas, en que mas se afana la Real Academia de buenas letras de Sevilla.

Cuando la alhagaban tales ideas, cuando esperaba presentarse al público con honor, resonó

una voz, aunque débil y sorda, bastante inteligible y poderosa para esparcirse. ¡Desgraciada condicion humana, que la débil voz, que apenas deja entender las alabanzas, pueda hacer resonar las detracciones! ¿„Y habiendo tantos pun„tos científicos, en que ejercitar los ingenios, „los ocupa la Academia en materias de bellas „letras, y entre estas escoge la dramática? ¿Y „propone una comparacion, que ha de ser des„ventajosa para la nacion Española?" Despreciaria yo, Señores, al hablaros desde este sitio, tales y tan sensibles espresiones, sino hubieran sido vertidas las primeras por personas de autoridad, y las otras por Varones de conocida literatura, con cuyo prestigio pueden hacerse valer entre la multitud. Permitidme que las acalle, y dispensadme que, aunque no mucho, hable mas de lo que quisiera. ¿Quien que hablara por la Academia, viendo comprometido su honor, habia de escasear las palabras?

§. I.

¿Y que no merecen ya el aprecio de los hombres las bellas letras, que por los beneficios, que hicieron á su civilizacion, se llamaron humanas? ¿Es nada el arte, que fué vehiculo de la Religion y las leyes en los tiempos primeros de las Naciones? ¿Nada la imitacion con escogimiento de la bella Naturaleza? ¿Nada el entender y po-

der imitar las bellezas del lenguaje, que hizo Dios mismo usar á los Autores inspirados? ¿Nada el arte, que hacia á los Virgilios y Racines hablar al corazon de los hombres, y á los Demóstenes y Cicerones persuadirles verdades útiles? ¿No llevan ya, como llevaron á estos, al templo de la inmortalidad? ¿Que tienen de despreciable los principios, que produjeron las estatuas de Fidias y Praxiteles, los cuadros de Rafael y de Murillo, la melodia y la armonia de Haydn, Mozart y Rossini? ¿A quien se debe el *qu'il mourut* de Corneille, el

Non ignara mali miseris succurrere disco:

Me, me adsum qui feci:

Quæsivit cælo lucem, ingemuit que repertâ:

del Mantuano? Almas de yelo, que oís con la misma serenidad estas espresiones de fuego, que un *urgebis y videtur quod non* de un escolástico, no es para vosotras decidir del mérito ó demérito de los ramos del saber humano. Vosotras, para quien es lo mismo un párrafo del elocuente Melchor Cano, que otro del desaliñadísimo Larraga, no sois las que debeis juzgar de la eleccion de los programas de las Academias de España.

Quereis desnuda á la verdad; como si la verdad pudiera presentarse desnuda. Su vestido, sin el que no puede aparecer, es el lenguaje, y el lenguaje no puede ser propio, exacto, conciso y claro sin estas artes, que despreciais. Ni aun

concebir podemos sin él las verdades. El calculo mental, que ha de producirlas, necesita de los signos sensibles, de las palabras, que las humanidades arreglan. Sin ellas ni pensaremos con orden, siendo mal enlazadas nuestras ideas, ni las presentaremos con el decoro debido á la verdad, virgen noble, ingenua y augusta. Irá esta, como la vemos de continuo en quien esquiva el arte de ataviarla, vestida de arlequin ó de mogiganga, cuando se esmeran en su adorno, ó, cuando lo descuidan, cubierta de andrajos á veces ridiculos y asquerosos, y encerrada en cláusulas llenas de diviesos, paperas, turumbones y lobanillos. Hablo con el ilustrísimo Feijoó. No os diré yo, como el sabio Italiano Genovesi, que ojalá no se cultivaran otras ciencias, que las de la belleza. *¡Utinam per ingeniorum luxuriem licuisset non alias excolere Musas, quam istas blandiloquas, veræque felicitatis conciliatrices!* Para fijar el justo medio, puso tan alto el blanco, porque lo pusieran muy bajo los contrarios. Si os diré que son estas Artes tan dignas de aprecio como otros ramos del saber, y necesarias para concebir y esplicar con decoro las verdades,

„No: proscribanse: se abusa de ellas contra „la Religion y costumbres."

Et veteres limo ranæ cecinere quærelas

Diez y seis siglos ha que Quintiliano convenció á estos escrupulosos despreciadores de las bellas Artes neciamente agraviadas por ellos, y sus ra-

zones no han cesado de resonar hasta el diez y nueve, en que les dice el Autor del *Logicæ succus*, si porque se abusa de estas Artes, se proscriben, proscribanse los alimentos necesarios para la vida, porque hay hombres entregados á la gula y á la embriaguez. Proscribase la luz, porque abusan de ella algunos hombres para sus crímenes. Proscribanse los cuchillos necesarios para los usos de la vida, porque abusan de ellos algunos hombres para dar muertes. Proscribase la sociedad, porque, reunidos en ella los hombres, algunos perversos siguen, siembran y defienden los vicios. Este abuso no es culpa de estas ciencias, sino de los hombres.

¿Quisieran estos tímidos Varones privarse de los sermones de Bourdalue, porque predicó Soto-Marne? ¿De la moral de Tomas de Aquino y Ligorio, porque Escobar el atrevido vició esta sana ciencia con sus escobarinadas, como llamaron los Franceses á sus lúbricas sutilezas? ¿De la política del dulcísimo Fenelon, porque abusó de la política Maquiabelo? ¿De los versos de Tirteo, que hicieron vencer á los Espartanos, porque abusó de la poesia Catúlo? ¿Del libro cuarto de la Eneida, porque Nason cantó las artes de los amores? ¿De las Filipicas de Demóstenes, de las Catilinarias de Tulio, porque abusó Rouseaux del arte de la palabra? ¿De los labios del culto Pericles, porque habló mal el Cinico y sus secuaces? ¿De las novelas de Cha-

teaubriand y Saint Pierre y Richardson, porque hay novelas indecorosas de Zayas? ¿De la sublime filosofia de Newton, porque hubo la bestial de Averroes? ¿De la estrategia de Epaminondas, porque existió un Alejandro, y de la de Federico segundo, porque hubo un Nápoleon Bonaparte? Pero bastante he dicho, Señores, para desvanecer los contrarios escrupulos, hijos de una piedad mal entendida.

¿Mas hacer encomiar á un Autor de comedias? Si; pero de buenas, de sanas, de ejemplares comedias. ¿Ni aun asi os agrada? ¿Asi quereis contradecir á la voz del Orbe culto, que hace á ellas y á los periódicos el barómetro de la civilizacion de las Naciones, y la escuela de las costumbres? ¿Os asustais de estas espresiones? Quisierais que se dijeran solo de los severos razonamientos. Pero donde ellos no alcanzan por el orgullo de los hombres, alcanza el ridículo en la comedia. Fuerte arma es la del raciocinio; pero tiene mellas para esta lid. No agrada y exalta, y enfada y endurece á los hombres ver á otro, á quien suponen tan defectuoso como ellos, dictándoles y aplicándoles leyes. Mas les mueve ver puestas en ridículo sus acciones, y sus defectos, de que participa, ó se supone participar el que expone estos defectos al público. Todos convienen, al oirlo decir, en que son viciosas ciertas acciones. Pero se ciegan al mirarse á si mismos, y no las encuentran en si, ó

las encuentran en menor grado, que el que se pinta. Ninguno se ve el rostro á si mismo. Necesita un espejo. Asi ninguno ve sus defectos sino en el espejo, en que se le representen, y la comedia bien hecha es este espejo.

Nada opusieran los contrarios, con quienes lucho, si la Academia hubiera tomado su programa de cualesquiera sucesos de la Historia. ¿Y es la comedia mas que una Historia? El Historiador pinta el cuadro de los grandes hechos, de las relaciones de Nacion con Nacion, el modo de discutir los intereses generales de la sociedad, sus adelantamientos en la guerra y en la diplomacia; pero solo muy de ligero, y accidentalmente da alguna pincelada sobre los usos domésticos, opiniones particulares, grados de sensibilidad en las ocurrencias comunes de la vida, y demas rasgos delicados, que son los que determinan á una Nacion, y presentan sus vicios ó virtudes particulares. Esto es privativo del Autor cómico. El Historiador puede hacer que se admire y se respete á una Nacion; el cómico que se conosca y ame. El Historiador hace un retrato de ella en un dia de ceremonia; el cómico lo hace con los vestidos usuales, y como habitualmente es el original, que se le representa. ¿Desmerecerá por esto el cómico? ¿No teje una Historia interesante, é instructiva y ademas necesaria?

Ni se desprecie la comedia por fácil. No lo

es mas que una tragedia ó una oda, aun pindárica. El sublime dista mas de sus dos estremos la hinchazon y la frialdad, que el ridículo de los suyos la chocarreria é insulsez. Es por consecuencia en este mas fácil el estravio. Es tambien mas fácil ponerse sin pecar mas cerca del sublime, cuyo objeto es sumamente grande y visible, que del ridículo, que se escapa infinitísimas veces á la vista mas perspicaz y al talento mas observador y mas reflexivo. Concluyamos ya que no ha desmerecido la Academia el honor á que aspira, por la materia de su programa. Mas tampoco por la comparacion, que en él exije. He acabado una lid ciertamente no desigual. Mas para la que me resta necesito armas de mejor temple. No las he ahora con contrarios, aunque de buen corazon, de pocos conocimientos. Las he con Varones de vasta y profunda literatura, con Varones, que me hacen temblar al dirigirles mis voces. ¡Que diferencia de cada uno de ellos á mí!

> .... *gallinæ filius albæ;*
> *nos viles pulli, nati infelicitus ovis.*

§ II.

Salve, hijos gemelos de Talia: salve, nuevos hijos de Leda, que habeis dividido la inmortalidad y la gloria. Salve, nuevos y felices Coridon y Tirsis, iguales en el arte de cantar, y

dispuestos á contender

Et cantare pares, et respondere parati.

Estos eran mis saludos á los admirados Moratin y Moliere, cuando, para solazarme despues de las austeras tareas de la enseñanza, leia sus perfectísimas obras. Me hacia verter tales espresiones el sentimiento. Ahora, al hacer el detenido examen de la crítica, para tender la vara censoria sobre los candidatos, que se presentan, me los arranca la reflexion; y aun hace mas afectuosos y vivos los que dirijo al Autor del inimitable drama *el si de las niñas.* Decididamente lo prefiero. A vosotros, Varones sabios, que, motejando el programa de la Academia, manifestasteis el contrario juicio, suplico no me acuseis de atrevido ó estravagante. Dignaos oír leer la memoria del Autor laureado, y su ajustada crítica y exacto análisis ha de convenceros hasta no mas de la preferencia, que ahora os disgusta. Pero ¿me atreveré á decirlo? venced, al empezar la lectura, preocupaciones harto comunes. No creais que os voy á presentar razones hijas de la ciencia, en que me excedeis; sino de la esperiencia, en que puedo acaso igualaros.

No habla la fama de los vivos. Mudo testigo de su mérito, á nadie hace resonar en su trompa, sea por razon ó por capricho, hasta que ve morir al que deberá celebrar

¿Quid esse hoc dicam, quod vivis fama negatur?

Entónces es cuando empiezan á esparcirse y

correr sus sonoras voces, y á adquirir mas y mas fuerzas con su mismo correr. *Vires adquirit eundo.* Entónces hace crecer, á la par que sus ecos, el mérito del que engrandece, y menguar sus defectos, como la sombra, menor cada vez, miéntras mas se aleja de la luz, donde principia ¿*Quid esse dicam*? ¿Que? Cuando vivo el Héroe es envidiado, deslustra á los demas, que se creen iguales, excita y mortifica el amor propio, que no permite conocer rivales, ni hincar la rodilla á quien quisiera fuera su igual. La muerte arrebata este rival. Calla el amor propio, la envidia y orgullo. Lucen las perfecciones. No se tildan ni esparcen los defectos, y tanto mas, cuanto se aleja la memoria del que se alaba, y se chocan ménos, por mas distantes, los intereses del muerto y de los vivos. No es otro el orígen del apoteosis de los Jóves, Bacos y Mercurios. Y á tanto llega, que ó se cierran los ojos á los defectos, como en estos Atlantes, ó se disfrazan, disminuyen, disculpan y aun defienden. Este es el mundo. Esta es la condicion del hombre. Esta es la esperiencia de todos los siglos. Dos, que se adelanta Moliere á Moratin, son bastantes para que se tenga á aquel por mas grande, y á este por mas pequeño de lo que fuéron. Bastantes, si, pues ha llegado la fama del primero á su postrero término, á que defiendan sus defectos aun en las mismas cátedras del Ateneo. Si cuando se vive, no hay fama,

siendo la razon el mismo vivir, miéntras mas muerto este el hombre, mas fama será la suya, aun cuando no haya mérito para tanta. Aun no se atreven los hombres, no digo á dudar, pero ni aun á examinar el mérito. Descansan tranquilamente en la aprobacion de los siglos. ¡Que dificil es librarse de tan poderosa preocupacion! Decidme quien lo consigue. *Ille erit mihi magnus Apollo.* Pues la severidad y justicia de la critica debe librarse, y sino será errado el juicio. Si pues hemos de juzgar á Moliere y Moratin, sea por sus obras, sin oir las voces de una fama, que debe suponerse en grande parte falaz.

¿Y si se agrega la admiracion y respeto de los hombres hácia el sello de la antigüedad? A vista de las ruinas, ó de las obras maestras sobre que se han deslizado los años, el entendimiento se sobrecoge, y sin accion casi venera lo que deberia examinar. ¡Que de ideas asociadas acompañan siempre á la principal, y, hechas como una sola, se engrandece el objeto, que deberia contemplarse aislado y de por si! Nada dice el monumento de Windso en sus no inteligibles carácteres, y se abisma y descubre en él misterios el viagero, que no se conmueve á vista de las inscripciones de caracteres vivos en la Grecia. Admira mas las Pirámides informes de los Faraones, que el bien modelado Parthenon; mas las caducas portadas de la Tebas egip-

cia, que la hermosa columna de Trajano en Alejandría, y la grandiosa de Adriano en la ciudad de Rómulo; mas las casi nulas ruinas de Esparta, que las magnificas y aun visibles del anfiteatro Italisence; mas las mutiladas estatuas de Fidias, que las enteras y bellísimas de Miguel Angel. Tu, ilustre cantor de los Natchez, sentiste tan esperimentadas impresiones. Te veo extático junto á los desmoronados muros de Solima, enloquecido con tu Cicerone y tu sirviente sobre las colinas de la Laconia y las rasas ruinas de la patria de Agis y de Licurgo, llamando á voces á Leonidas, y tranquilo para poder describir las bellezas aun vivas de Generalife, la Alhambra y Torres Bermejas. ¿Y que te conmovia alli en tal estremo? Tu lo dices: „habia tres mil quinientos cuarenta y tres años, que nació el Sol y murió por la primera vez sobre las ruinas de aquel pueblo naciente." La idea de los siglos, que, despeñados desde los cielos, corriendo al hondo abismo de la nada, han pesado sobre aquellas antiguas obras; de las generaciones que ellas han visto pasar como una sombra, desapareciendo fugaces: los grandes acontecimientos, que, dejándolas vivas, han transformado el orbe, les dan un sublime, cuya idea embaraza la reflexion. Para el hombre es grande lo pasado, pequeño lo presente, y casi nulo lo futuro. ¿No recuerda con tristeza el anciano los años de su niñez, y prefiere lo que vió en

ella á lo que en su ancianidad le rodea? ¿No nos parece que estubimos siempre mejor en las pasadas situaciones? Mucho mérito dan á las obras del Cómico de Luis catorce los dos siglos, que han vivido ya entre los hombres; mérito extrínseco é insignificante en sí mismo, que no tiene el Cómico de la España.

Si la filosofía del corazon humano da fundamento á la proposicion, que nos ocupa, hechos incontestables la afianzan. La lectura de los dos Autores, y la confesion ingenua de desapasionados admiradores de ambos manifiestan que hay mas defectos en Moliere que en Moratin. En muchas perfecciones son iguales. En otras supera el Español al Frances, y solo en una podrá quizá afirmarse excede este al otro, aunque no en grado muy marcado y notable, y solo en una de sus comedias. Esto arroja de sí la memomoria, que ha de leerse. ¿Quien pues debe ser preferido, el que sobresalga algo en genio, ó el que con alguno ménos tenga más naturalidad, mas sencillez, mas finura, mas escogimiento, mas órden, mas acabamiento, mas observancia de las reglas eternas é inmudables del arte? Aunque la razon no decidiera, la esperiencia ha sancionado este juicio. Sirvan de ejemplo, para no acudir á poetas estraños, Herrera y Rioja. Mas excede el genio del primero al del segundo, que el de Moliere á el de Moratin, y sin embargo es preferido Rioja á Herrera por aquellos dotes,

sin los que pierde muchísimo el genio. Y si no queremos buscar los ejemplos fuera del género dramático. ¡cuantos dramáticos son preferidos por los mismos Ingleses y por todo el mundo culto á el genio prodigioso del autor del Hamley! ¡A cuantos se concede la preferencia sobre los incomparables en genio Lope y Calderon de la Barca!

Asi como el objeto, alma y esencia de la Epica y Tragedia, es el sublime, lo es el ridículo de la Comedia; todos los demas dotes y perfecciones son accesorias, ó medios para conseguir poder tocar aquel objeto. Lo toca el que no da en los dos extremos la chocarreria ó bufonada, y la insulsez. Nunca es insulso Moliere, ni Moratin. Nunca Moratin es chocarrero y bufon; lo es con frecuencia Moliere, y no solo en sus farsas, sino en las comedias, y aun en sus mejores comedias. La lectura de cualquiera de ellas lo muestra. Y debió ser asi sin duda, porque el camino, que siguió, lo esponia á este estravio. No asi á Moratin. Moliere presenta lo ridículo por lo comun en las mismas pasiones y carácteres con hechos; mas Moratin con dichos. Moliere en lo que hacen; Moratin en lo que dicen sus personages. Mas espuesto está á ser bufon el que obra y gesticula para darse á conocer, que el que habla; mas lo pantomimico que lo pronunciado. Y si recarga y apura como Moliere, será imposible que se libre de aquel defecto. Está ménos espuesto que èl Moratin, por la natura-

leza del medio, y por la economía, con que lo usa. Las ménos palabras posibles: á veces una sola descubren todo el cáracter de las personas del Drama. Ya: porque ménos palabras bastan para ello, que acciones, cuando por ellas se ha de lograr.

Algo creo que vale cuanto hemos dicho para defender lo justo y no aventurado del programa de la Academia. Pero despreciese. Me convengo. Supongo ahora que tanto en el genio, como en el arte, exceda á Moratin Moliere. ¿Y por eso perderá la nacion Española en la comparacion, que exige el Programa? No pierde un clima por que tenga algun fruto superior al de otro, si este otro excede á aquel en otro fruto. Esta es la compensacion, que da siempre la próvida madre Naturaleza. La América produce el Platanero y no el Naranjo y la Oliva como la Europa. ¿Y perderá por esto esta ni aquella? Ciertamente perdierán, si, debiendo un pais dar los frutos todos, se encontrase falto de algunos. Pero

Non omnis fert omnia tellus.

La Francia produjo á Moliere en lo cómico, la España á Cervantes en lo Epico, la Inglaterra á Newton en lo Físico. Y ni Francia tiene por desdoro no contar por suyos á Cervantes y á Newton, ni la España carecer de Newton y de Moliere, ni Inglaterra no poseer á Moliere y Cervantes. ¿Y para que podrán decirme, es pedir la comparacion en este caso? Para usar de uno,

y del mas seguro, de los medios de formar juicio exacto de las obras del genio, la comparacion con los modelos. No ha errado pues la Academia, ni ha comprometido el honor de la nacion Española. Con la misma razon se hace esta acusacion improbable, que se hizo ántes la otra sobre la eleccion de un punto de humanidades y un autor cómico para probar en él los ingenios, y honrar á un compatriota nuestro tan benemérito.

Sí, respetable Academia. Ofrece sin zozobra á tu Héroe la corona, que le preparas. Celebra su triunfo ante Sevilla. No temas las acusaciones ó necias ó inadvertidas. Ha unido este dia tu memoria con la del inmortal Autor, que engrandeces, y volará en las alas del tiempo á la posteridad mas remota. Teme solo que te censuren por haber confiado el entreteger sus ramos primeros á una mano siempre débil, pero mucho mas hoy, cuando la gravan los años y las tareas siempre duras de la enseñanza pública. Y vosotros, ilustres Sevillanos, perdonad que haya tomado una carga siempre gravosa para mi; pero mucho mas en las circunstancias, en que me hallo. Advertid, os ruego, que no me lleva el deseo de gloria, ni otro vil y torpe motivo, sino la utilidad de la Academia, y el honroso cargo, que me ha conferido, sin merecerlo.

Date veniam scriptis, quorun non gloria nobis
Causa, sed utilitas, officiumque fuit.

MEMORIA

> ¿A quien dejaste sucesor muriendo?
> ¿De quien ha de esperar igual decoro
> La escena, que te pierde, y abandonas?
> *Moratin.*

Cuando la imaginacion sigue la marcha inconstante de la poesía cómica desde los felices tiempos de Grecia y Roma hasta nuestros dias; cuando la vé detenerse y aun sepultarse en el olvido, miéntras los septentrionales esparcian el terror y la ignorancia por toda la Europa; no puede ménos de sorprenderse, al notar el estado de perfeccion, que actualmente se advierte en ella. Superior el ingenio del hombre á las vicisitudes de la fortuna, pugnó largo tiempo para resarcir el que habia malogrado sin cultivar las letras, hasta que con afan incansable consiguió sacarlas del abatimiento y obscuridad, en que yacian. Los estraordinarios esfuerzos, que desde el siglo XII se hicieron para lograrlo, ayudados de los apreciables restos de la antigüedad, que pudieron salvarse de la devastacion general, consiguieron estender la aficion á los buenos estudios; y la poesía cómica, á par de

los demas conocimientos humanos, comenzó de nuevo su carrera. Débil en sus primeros ensayos, pero siguiendo paso á paso la marcha de los antiguos modelos; creció, se robusteció y en el siglo XVI consiguió dominar en la Europa entera.

No estaba, á la verdad, exenta de las deformidades, que forzosamente debió adquirir en paises que habian cambiado de leyes, usos y costumbres. Demasiado flexible para acomodarse á los caprichos de unas naciones, que comenzaban entónces á luchar con la barbarie de los siglos medios, adoptó las formas, que le quisieron dar, variando de índole y naturaleza á medida del gusto incierto y tosco de los pueblos.

Ostentaba, sin embargo, sus gracias la poesía cómica en todos los teatros de Europa, con mas ó ménos brillantez, recordando lo que habia sido en tiempos mas felices, y lo que podia llegar á ser en épocas de mayor prosperidad; á la manera de una planta vigorosa, que por impericia y abandono habia perdido su lozanía, pero que anunciaba desarrollarse magestuosamente encomendada á manos mas espertas.

No engañó las esperanzas de los sabios. Los frutos abundantes, que comenzaron á recogerse en España, Italia, Inglaterra, Alemania y demas naciones européas, ya entrado el siglo XVII, fuéron precursores de otros mas ópimos y sazonados para lo futuro.

España, designada por la naturaleza para ser de las primeras, que diesen al mundo una prueba del poderoso influjo del clima en la poesía cómica, tuvo la gloria de ver cual prosperaba esta bella arte en su suelo, y de hacerse admirar é imitar del resto de la Europa. En el afortunado período, á que dió principio el ingenio colosal de Lope de Vega, y que cerró Cañizares en el siglo pasado ¡cuantos errores y cuantas bellezas tiene que admirar el crítico juicioso! ¡Qué ingenios tan peregrinos, bien que manchados no pocas veces con rasgos de un gusto corrompido! ¡Qué invencion tan asombrosa, que carácteres tan grandes! ¡Cuanto gracejo y fuerza cómica! ¡Cuanta amenidad en el diálogo! ¡Qué lenguaje, y qué estilo á veces tan escogido y bello! Proteos asombrosos, que se prestaban á todas las formas imaginables, logrando con ellas embebecer el ánimo, y deleitar la fantasia.

La critica sensata, al mismo tiempo que ensalzaba tan escelentes cualidades, reprobaba sin embargo en aquellos genios superiores, que se hubiesen desviado tantas veces del sendero de la verdad, de la razon, y del buen gusto, por lisongear indebidamente á una ciega muchedumbre. Los críticos de buena fé franquearon el campo á las diatribas de aquellos, que no teniendo sensibilidad suficiente para percibir bellezas, solo ven por todas partes defectos. Y los estrangeros, mas interesados que nosotros en despo-

jarnos del laurel escénico, que tanto empañaba sus escasas glorias, hallaron asi una ocasion favorable para vengarse de la envidia, que nuestro teatro escitaba en ellos. ¡Empero que mezquina venganza, comparada con su anterior humillacion! Llenos de un noble orgullo, podiamos decirles ¿porqué afectais ese desden hácia un teatro, que os ha precedido en la carrera de la gloria? ¿Que seríais vosotros, si los ingenios Españoles no os hubieran mostrado el camino de la bella imitacion? ¿Porqué con tanta ingratitud despreciais la mina, que os ha enriquecido? ¿Y porqué ese desprecio arrogante, si por muchos siglos que transcurran, no podreis competir con la suma de riqueza, que encierra nuestro teatro?

Mas la decadencia de este, y el cáracter estacionario, que tomó desde fines del siglo XVII, no son debidos, ni á estrañas diatribas, ni á la falta de ingenio nacional. Otras causas, que mas de cerca influyen en los progresos de las buenas letras, y que no son para examinadas en este lugar, detuvieron la marcha de nuestra poesía cómica en su gloriosa carrera; al mismo tiempo que los franceses, con el impulso, que recibieron de nosotros, hicieron la suya preponderante en Europa.

En efecto, salió Moliere á la palestra cómica, y se alzó con el imperio de Talía. Instruido con la lectura de los cómicos de la antigüe-

dad, y mas versado todavia en los Españoles é Italianos, que tan de cerca imitó y aun copió no pocas veces, pudo lograr que en las naciones cultas siguiese la poesía cómica el rumbo trazado por los clásicos antiguos. Verdad es que no siempre consiguió evitar los resabios de mal gusto del siglo XVI, que aun prevalecian á mediados del XVII, época famosa de este grande hombre. Mas desde entónces no fuéron ya esclusivos en la escena europea los dramas plañidores, las intrigas de galanteria, ni las farsas ridículas y desvergonzadas de Arlequin y Pantalon. El genio de Moliere los redujo al puesto que debian ocupar al lado de las obras maestras.

Nuestros ingenios no desconocieron el mérito de un cómico tan insigne. Admiraban su atrevimiento; pero no les sorprendieron las máximas, que seguia, porque no eran desconocidas en nuestro suelo. Cuando la poesía dramática yacía en un total embrutecimiento en Enropa; cuando todavia no era conocido en el mundo el nombre de Boileau, habia entre nosotros dignos intérpretes del Stagirita y del crítico del Lacio. (1) Ya entónces eran familiares á nuestros poetas los principios mas escogidos é incontes-

(1) La poética de Juan de la Encina, el ejemplar poético de Juan de la Cueva, la filosofía antigua poética de Pinciano, las tablas poéticas de Cascales, y la ilustracion de la poética de Aristóteles por Salas, enseñan la doctrina mas escogida de la poesia dramática.

tables de la poesia cómica; y aquel monstruo de imaginacion, que mas que otro alguno los infringió, el célebre Lope de Vega, los conocia tan á fondo que, como él mismo confiesa, á la edad de diez años llegó á saber cuanto escribieron sobre el arte los críticos antiguos.

Mas entretanto que los teatros estrangeros caminaban rápidamente á la reforma, á que debian aspirar, el nuestro continuaba en su habitual apatia, perdiendo lentamente su anterior reputacion y su gloria. Era indispensable intentar su reforma; por que de otra manera no podia sostener su crédito en el nuevo campo, que acababa de abrirse á los ingenios privilegiados. Comenzóse, pues, vertiendo á nuestra lengua las composiciones, que gozaban de mas opinion en los teatros estrangeros. Pero, si esto era el mejor medio de señalar á los poetas cómicos la senda dificil, que conduce á la perfeccion, tambien daba márgen por otra parte á que la esteril medianía, saliendo de su obscuridad, inundase el teatro con languidas y desmayadas traducciones, tan contrarias á los progresos de estilo y lenguaje, como útiles para proporcionar fácil lucro á los que carecen de ingenio y talento. Asi es que, como dice el mismo autor de la *comedia nueva,* hablando del estado que tenia nuestro teatro desde mediados del siglo pasado: „Nunca se habia visto mas monstruosa „confusion de vejeces y novedades, de aciertos

„ y locuras. Las musas de Lope, Montalvan, Cal-
„ deron, Moreto, Rojas, Solis, Zamora y Cañi-
„ zares: las de Bazo, Regnard, Laviano, Cornei-
„ lle, Monau, Metastasio, Comella, Nifo y Vol-
„ taire, todas alternaban en discorde union, y
„ de estos contrarios elementos se componia el
„ repertorio de nuestros teatros."

A vista de semejante desconcierto, no quedó ya duda de que la suspirada reforma reclamaba otros medios mas poderosos y enérgicos, esto es, la composicion de piezas originales, y la proteccion decidida del gobierno. Algunos ingenios Españoles, estimulados por el ejemplo de Moliere, emprendieron animosos el camino, que los clásicos les señalaban; si bien con las modificaciones que hacian necesarias otros tiempos, otras leyes, y otras costumbres. Diferentes ensayos, mas ó ménos felices, demostraron que podia realizarse la reforma de nuestro teatro, como luego se verificó en efecto. D. Tomas de Iriarte, en su comedia original titulada el *Señorito mimado*, primera composicion cómica que se nos presenta arreglada á los preceptos del arte, hizo un esfuerzo, que hubiera bastado para asegurarle el triunfo de reformador, si no hubiese aparecido al mismo tiempo el solo hombre destinado por la naturaleza para llevar á cabo tamaña empresa. Preséntase Moratin en la palestra cómica, y todos enmudecen. Digno y único rival del coloso de la escena francesa, abre

la lid para arrebatarle la máscara risueña, con que por tanto tiempo habia llenado de placer y admiracion á la Europa; y en tan arrojada contienda el atrevido pincel de Celenio consigue arrancar algunas hojas de la corona laureada de Moliere.

Tamaño triunfo intentado modernamente, aunque en vano, por paladines ménos esforzados que nuestro árcade, es tal vez ignorado de muchos; y no hay duda que el olvido de tan honrosa lucha cede en mengua de la literatura española. Es, pues, forzoso que desechando ya una modestia que asi menoscaba la gloria de esta, como la merecida fama de nuestro primer dramático moderno, hagamos patente á la faz del mundo literario que Moliere ha tenido un rival, y que este rival es Moratin.

Quizás nos acusarán de arrogantes aquellos que, acostumbrados á mirar con cierto respeto supersticioso las obras de autores insignes, creen haber estos cerrado para siempre con ellas las puertas del templo de la Fama. Y á la verdad, no es de admirar que asi lo crean, si atendemos á que la gloria de Moliere, como poeta cómico, se asemeja á la que adquirieron los celebrados artistas de la antigüedad, ante cuyas obras la crítica tiembla y enmudece, y ni aun los artistas mas eminentes se atreven á rivalizar con ellas. Tales son las preeminencias del genio, una vez reconocido.

Pero si la proposicion, que acabamos de sentar, pareciere escandalosa á las almas tímidas, que no se atreven á reconocer en otros ventajas iguales á las del ídolo, que reverencian, las razones, que vamos á alegar en su apoyo, la presentarán acaso con la evidencia necesaria para quedar nosotros justificados. Tal vez entónces se convencerán de que, si Inarco hubiese nacido en las orillas del Sena, los sabios de aquel pais se hubieran dividido entre este eminente escritor y su único rival, y que semejante escision literaria duraría miéntras floreciesen las bellas letras entre los franceses.

Sin duda persuadida de esta misma verdad la ilustre corporacion á quien hoy tenemos el honor de dirigir nuestra tímida voz, ha querido escitar el celo de todos sus compatriotas por medio de un llamamiento general que, estableciendo entre las plumas españolas una noble competencia, ofrezca la recompensa mas lisongera y honrosa á la que consiga formar debidamente un *juicio crítico de D. Leandro Fernandez de Moratin, como autor cómico, calificando su mérito y comparándolo con el del célebre Moliere.*

No podia esta ilustre corporacion literaria despertar de un modo mejor la noble emulacion de los Españoles para sacarlos de la apatía, en que los tiene sumidos un estraordinario concurso de circunstancias aciagas, ni de otro modo mas ventajoso podia conseguir *estender la glo-*

ria de la literatura española, y dar á conocer mas y mas á uno de sus mejores literatos.

Ardua empresa es sin duda formar dignamente un juicio crítico del reformador de nuestro teatro, y mayor todavia calificar su mérito, y compararle tambien con el del padre de la comedia francesa. Tamaño empeño exige quizás del crítico igual suma de conocimientos, que la que componia el caudal científico de cualquiera de los dos poetas, si la sólidez del fallo ha de corresponder á las eminentes cualidades, que reunen las obras de aquellos. Mas no se crea por eso que, al tomar la pluma para manifestar sencillamente nuestras ideas sobre esta materia, tenemos la loca arrogancia de suponernos al nivel de esos dos grandes hombres, ni ménos se nos imagine tan presuntuosos, que nos juzguemos con suficientes luces para presentar con acierto á la faz de la república literaria las dotes singulares, que debieron á la naturaleza y al estudio del corazon humano los célebres maestros de la poesía cómica moderna. Léjos de eso espondremos nuestras opiniones con la desconfianza propia de quien teme errar, y duda del acierto; y si (como es de creer) se presenta otra pluma mejor cortada que la nuestra, nos quedará la satisfaccion de que nuestro ilustre compatriota, objeto de esta memoria, ha encontrado apologista mas digno de su estraordinario mérito.

Permítasenos empero que ántes de examinar

las dotes mas eminentes de las obras de Moratin, aquellas que han labrado su reputacion, y le han presentado con tantas ventajas literarias entre los cómicos antiguos y modernos; permítasenos, repetimos, seguir al genio sublime, al hombre filósofo y meditador, y penetrar con él hasta su modesto y silencioso retiro. Allí, observando las dificultades, comparando las prendas relevantes de diferentes poetas, investigando las causas, que ó contribuyen, ó se oponen á la perfecta imitacion de la naturaleza, se preparó Moratin para la gran revolucion que habia proyectado. Los errores, lo mismo que las bellezas, que tanto abundan en nuestro antiguo teatro, fuéron para él otras tantas lecciones vivas, que formaron su juicio, y le dieron á conocer los varios caminos, que conducen á diferentes resultados. Separó los vicios, que en las antiguas comedias son hijos del siglo, de las bellezas, que eran hijas del ingenio; y si en aquellos aprendió el modo de evitarlos, en estas descubrió el dificil arte de producirlas. Allí y en el mundo, y no en otra parte, aprendio á dar colorido á los carácteres, movimiento á las pasiones, calor y vida al diálogo. Allí reconoció que, si el teatro ha de influir en las costumbres, no es ciertamente el medio mas seguro para conseguirlo aquel que adoptaron nuestros antiguos poetas; y de alli dedujo, por último, que si la comedia debia proponerse un objeto de

enseñanza, desempeñado con los atractivos del placer, podia definirse: *Imitacion en diálogo escrito en prosa ó verso, de un suceso ocurrido en un lugar, y en pocas horas, entre personas particulares, por medio de la cual y de la oportuna espresion de afectos y carácteres, resultan puestos en ridículo los vicios y errores comunes en la Sociedad, y recomendadas por consiguiente la verdad y la virtud.* (1)

Convencido, como él mismo dice, de los vicios inveterados, que mantenian nuestra poesía teatral en un estado vergonzoso de rudeza y estravagancia, creyó con fundamento que no era ya soportable contemporizar con las libertades de Lope, ni con las marañas de Calderon. Creyó que ya no era tiempo de añadir nuevas autoridades al error, sino pugnar por estirparle, para lo cual no bastaban la erudicion y la censura, sino que se necesitaban repetidos ejemplos y escribir piezas dramáticas segun el arte.

Pero como el teatro habia estado por espacio de dos siglos reducido al único objeto de entretener dos horas al pueblo, sin beneficio de la moral ni de las costumbres públicas; era preciso colocarle en el puesto que por su influjo le corresponde; era preciso que llenase el doble objeto de recrear é instruir. Para conseguirlo, no habia otro medio que desviarse en-

(1) Moratin: Prólogo á sus comedias.

teramente de la senda, que siguieron nuestros antiguos dramáticos; y en lugar de cuadros de simples galanteos presentar otros, en que la sociedad reconociese sus defectos, y la moral se insinuase por medio de los hechos, huyendo del tono dogmático y del filosofismo austero y declamador, que son siempre repugnantes y aun ofensivos.

Tales fuéron los principios inmutables que Moratin se propuso seguir en sus obras: principios, que le hubieran servido de muy poco, si la naturaleza le hubiese negado aquel genio creador, que distingue á los poetas eminentes de los simples versificadores.

Fácil es inferir que, cuando Inarco se propuso dar principio á la ardua empresa de reformar el teatro nacional, no se dejó arrastrar de una vana presuncion. Habia consultado sus fuerzas mucho ántes de lanzarse á la palestra; y obscuros y repetidos ensayos le habian descubierto el secreto de que residia en su alma aquel espíritu de vida, que luego transmitió á sus obras, y que es el alma de un poeta cómico. Preparado de esta manera, tanteó los escollos en que habia de tropezar, los riesgos que habia de correr; y aunque previó que la opinion vulgar, estraviada y corrompida por el mal gusto, habia de mortificar su amor propio, no vaciló por eso, ni dejó de aspirar á un triunfo, que se le presentaba tanto mas lisongero, cuanto mas dificil era de obtener.

Si las vicisitudes, que esperimentaron sus comedias han justificado la prevision de su autor; los elogios, y aun el entusiasmo de la parte sana del público y de los inteligentes imparciales, aseguraron tambien á Moratin el título de reformador de nuestro teatro. Pasó la época de sus adversarios; desaparecieron las críticas amargas, las sátiras, los sarcasmos; calló la cabala, cesó la intriga; y ya solamente se oyen los acentos de Moratin, celebrados y aplaudidos cuantas veces resuenan en nuestra escena.

Mas no por eso se crea que las comedias de Inarco están exentas de defectos. A la verdad, los tienen sin duda. ¿Y que obra humana carece de ellos? ¿Quien puede lisongearse de haber llegado á la perfeccion en ningun género? Esta reflexion nos impone la ley de no hacer una vana ostentacion de la crítica, en lo que no traspase la línea de aquellos simples lunares, tan fáciles de hallar aun en las obras mas clásicas. ¡Que necio empeño sería el nuestro, si nos afanásemos por señalar un leve defecto escondido entre innumerables bellezas! Poco importa que los telescopios de los astrónomos descubran algunas manchas en el Sol; no por eso este astro dejará de llenar de admiracion á los mortales.

Sentado este principio, pasemos á formar nuestro juicio crítico de las obras del grande hombre, que tan repetidas veces nos ha llena-

do de placer con los bellísimos rasgos de su estro cómico. La misma doctrina, que observaba en sus composiciones, será el norte, que seguiremos en la esposicion de nuestras ideas; y si tenemos la fortuna de acertar á esplicar exactamente cual fué el espíritu, que dirigió su pluma, nuestra complacencia no tendrá límites, y nuestros votos se verán completamente satisfechos.

Toda fábula cómica, en que pueda representarse fielmente la sociedad, con los errores y estravagancias de que adolece la especie humana, es buena para el teatro. Pero entre las que tienen este requisito hay algunas preferibles por su naturaleza, esto es, por que son de suyo mas capaces de interesar generalmente á todos los espectadores; y tambien por que, designando en ellas vicios sometidos al azote de la satira burlona, puede conseguirse mejor el fin primario de la poesía cómica, que consiste en corregir deleitando. Así en las fábulas, de que se valió nuestro poeta, vemos desde luego el tino filosófico con que las elígió; presentándonos en cada una un vicio independiente de intereses comunes de sociedad, y cuya censura necesariamente habia de encontrar apoyo en la opinion, tanto general como particular de los espectadores.

Y en efecto ¿quien aplaude en un viejo achacoso y necio, que se crea en estado de hacer feliz y de inspirar un amor tierno y constante

á una niña, que se case con ella á despecho de la naturaleza, y que lócamente presuma vivir tranquilo á su lado? Semejante manía, por desgracia harto comun en hombres ancianos, y siempre reprobada por el sano juicio, fué lo que se propuso combatir Inarco en su primera obra dramática, conocida con el título de *El Viejo y la Niña*.

El triste estado, á que se hallaba reducido nuestro teatro en el último tercio del siglo pasado, la necesidad imperiosa de emprender su reforma fundamental, deseada y aplaudida por la mayoría ilustrada del público, y solamente contrariada de media docena de pedantes famélicos, mal avenidos con el verdadero mérito, escitó el zelo literario de nuestro poeta, y le movió á presentar en la segunda produccion de su saladísima pluma una delicada sátira contra los vicios de nuestro teatro. Y de tal manera asoció á su opinion la de los hombres ilustrados, que la *Comedia nueva* (vulgarmente titulada el Café) contribuyó poderosamente á desterrar aquellos de nuestra escena, y á que comenzase desde entónces la suspirada reforma, que el poeta se habia propuesto llevar á cabo.

La sociedad tiene un interes directo en arrojar de su seno aquellos individuos inútiles que, siendo enemigos natos del trabajo, lo son igualmente de la sociedad misma: miembros corrompidos que, careciendo de bienes de fortuna, asi

como de virtudes, intentan obtener aquellos, lisongeando la necia y vana credulidad de algunas familias, introduciendo en ellas la discordia, y buscando en su ruina los medios de atender, mas bien que á sus necesidades, á sus desórdenes y á sus vicios. El *Baron*, tercer fruto de la pluma de Moratin, ofrece una pintura fiel de esos aventureros de profesion, proscriptos por la opinion general igualmente que por las leyes.

¿Y como podia nuestro poeta desentenderse de otra clase no ménos reprobada por la sociedad, y que siendo tanto mas temible, cuanto mas disfrazada se presenta con prendas de suyo muy recomendables, aseguran mejor el triunfo, por lo mismo que aleja de sí la sospecha? La falsa devocion, la fingida austeridad de costumbres, valiéndose de las armas del cielo para conquistar los bienes de la tierra, consigue encubrir todos los vicios bajo un aparente velo de virtud; y alucinando á los incautos, que no saben distinguir el oro puro de la alquimia vil, los convierte en ciegos instrumentos de su sórdido interes. Moratin, si bien no se propuso en la *Mogigata* pintar á los falsos devotos de profesion, como lo hizo Moliere; se fijó particularmente en la hipocresia, que nace de la necesidad, de la educacion, y de la tiranía doméstica, y que, alguna vez puede eludirse, aparentando una perfeccion, de que realmente se carece. Zeloso en estremo de la buena educacion

de los jóvenes, aborrecia el despotismo doméstico; por que creia ver en él la causa de la mayor parte de los estravíos de la juventud; de manera que todas sus ideas participan del espíritu que en este punto le dominaba. No es estraño, por lo mismo, que á la pintura de la hipocresía religiosa en general, incorregible cuando es de profesion, prefiriese la que resulta de una educacion mal dirigida, y de la triste necesidad, que obliga tal vez á los hijos á ponerse por este medio á cubierto de la tiranía paterna. Objeto sublime, que la sociedad apreciará siempre en todo su valor.

Otro asunto semejante á este enardeció la fantasía de nuestro Arcade, al trazar la última obra de su pluma. Pero en el *Si de las Niñas*, no es la hipocresía religiosa la que se intenta combatir, ni tampoco los estímulos de la juventud, ocultos bajo una aparente inocencia. Allí se rebate solamente la quimérica idea de que los jóvenes no pueden ni deben tener otros deseos, ni sentir otras pasiones, que las que quieren aquellos que los gobiernan. En una palabra, allí se impugna y destruye la errónea máxima de que los jóvenes, en calidad de tales, y por vivir dependientes de sus mayores, han de ser como una especie abyecta de seres, que sin el impulso estraño, de agena voluntad no pueden dirigir la suya. Siguiendo paso á paso la naturaleza, vió Moratin que la desigualdad escesiva

de edades rompe el equilibrio, que debe haber entre individuos de diferente sexo, destinados á labrar recíprocamente su felicidad. Asoció esta idea á la principal, y fundó sobre ambas una accion sumamente cómica, interesante é instructiva. (1)

Estas fábulas, filosoficamente meditadas por un autor empapado en la literatura clásica, comienzan desde el momento crítico, en que principia á crecer el interes de la accion; evitando los dos escollos, en que se tropieza fácilmente, y consisten, ó bien en amontonar y sofocar unos con otros los incidentes para desarrollar aquella, ó bien en tener que valerse de una doble accion, para llenar el espacio, que la principal deja vacío en el caso contrario.

Al desarreglo de nuestro antiguo teatro, á las escesivas libertades, que se tomaron nuestros poetas de los siglos XVI y XVII para formar sus planes dramáticos, era preciso que sucediese la estricta observancia de las reglas clásicas. Ni habia otro medio de cortar un mal arraigado con el transcurso del tiempo, y desgraciadamente protegido por la masa formidable de la plebe alentada por una cohorte de literatos

(1) Como suponemos fundadamente que nuestros lectores han leido y examinado muy á fondo las comedias de Moratin, para formar juicio de la exactitud de nuestra opinion acerca de ellas, hemos omitido la narracion de sus fábulas, considerándola inútil en este escrito.

adocenados. Moratin se propuso escribir comedias sugetas á las reglas, para contribuir por su parte á la grande obra de la reforma de nuestro teatro. Así, pues, vemos observada en sus dramas la ley de las tres unidades, con la severidad que él mismo exigía de los demas poetas cómicos. En cada una de sus comedias no hay mas que una accion, y esta tiene su movimiento propio, sin necesidad de otras subalternas; valiéndose solamente el autor para su desenvolvimiento de los incidentes resultantes de la combinacion de la fábula, y de la fuerza de los caracteres. Y si bien no en todas está combinado el plan con igual acierto, como sucede en el del *Viejo y la Niña*, que carece del encadenamiento necesario en algunas de sus escenas; no por eso deja de verse en ellas la mano maestra, que dirigia la accion.

Una de las dotes mas apreciables de un poeta cómico consiste precisamente en la pintura de caracteres. Esta parte interesantísima de la poesía dramática, sin la cual el drama se asemeja á un cuadro falto de vigor y valentia en el dibujo y en el colorido, jamas debe al arte su existencia. La debe solamente al alma del poeta, á su imaginacion, á la práctica de mundo, y á un estudio constante de la índole del hombre, de sus debilidades, y de sus estravagancias. En el modo de pintar los caracteres y las pasiones, en el de comunicarles la fuerza y

vida, de que necesitan para transmitir á la accion su propio movimiento, en el de darles aquel color de verdad, que deleita y entusiasma, se distingue el poeta filósofo del que simplemente conoce el arte de combinar escenas, y de enlazar diálogos. Una sensibilidad esquisita, una imaginacion de fuego, un gusto muy fino; hé aquí los medios para ser un buen pintor de la naturaleza. Moratin reunia estas circunstancias. Basta fijar un poco la atencion en cada una de sus comedias para descubrirlas en cada página. ¡Qué verdad, qué correccion en los caracteres de D. Roque y Muñoz! Ciertamente sorprende la robustez de colorido, la valentía, con que están pintados; al mismo tiempo que admira el ver de que medios tan sencillos se valió el autor para hacerlos eminentemente cómicos. Examinemos los de la *Comedia nueva*, y crecerá nuestra admiracion. Solidez, gracia, soltura, facilidad inimitable; todas estas prendas brillan á un tiempo mismo en los carácteres de *D. Hermógenes*, *D. Eleuterio*, *Doña Agustina y D. Serapio*· ¿Y dejaremos en olvido los personages de Doña Clara, y D. Claudio en la Mogigata? ¿el de Doña Irene en el Si de las Niñas? La flexible pluma de Moratin con igual destreza bosquejaba á una gazmoña que á un hidalgo de provincia mal educado: con tanta maestría pintaba pedante sin segundo á D. Hermógenes, como ignorante sin malicia ni arrogancia á D. Eleu-

terio; y así trazaba los rasgos de un truhan de Triana en el Baron, como los de la honradez en D. Diego, y los de la simplicidad y mentecatez en Doña Irene.

Mas no se funda en esto solamente todo el mérito de Moratin. El fruto de sus observaciones era mas copioso de lo que aparece á primera vista. Ninguno de los muchos y variados caracteres, que debemos á su diestro pincel, se asemeja á los demas, ni aun en los medios comunes, que al parecer deben emplear para espresarse. Todos tienen rasgos privativamente suyos, movimientos, que son relativos á la causa, que les hace obrar, y un lenguaje propio y peculiar de ellos, que se distingue enteramente del de otros personages, con quienes algunos tienen en el fondo cierta analogía. Cotégese el carácter de *D. Claudio* con el de *D. Serapio;* el de D. Diego en el Si de las Niñas, con el de *D. Pedro* en la Comedia nueva; el de *Doña Mariquita* con el de *Doña Francisca;* el de *Doña Irene* con el de Doña Mónica; y se verá que sin embargo de haber entre ellos algunos puntos de contacto, su índole particular, sus maneras, sus discursos, sus locuciones, sus frases y hasta sus palabras son diferentes; con la circunstancia singular de que cada uno de ellos parece que no ha podido ni debido espresarse de otra manera, que como les hace hablar su autor.

D. Claudio y D. Serapio son dos personages, que no tienen oficio ni beneficio, ni cultura, ni educacion; pero sus carácteres no dejan por eso de ser enteramente diversos. Ambos se asemejan, á la verdad en ser negados, necios, y aturdidos; mas el primero es en particular irresoluto y cobarde por una parte, y por otra mala cabeza, tramposo y jugador; miéntras que el segundo, por el contrario, es un bulle-bulle, un vagabundo, disputador y quimerista. Véase un rasgo del carácter y educacion de D. Claudio en estos versos, que el autor pone en su boca:

Pues, amigo, sacó
La baragilla: se empeña
El juego, y ¡vaya!.... Diez duros
Qué importó la francachela,
Por una parte, y por otra
El.... ¡Maldito de Dios sea!
Si en el sacanete siempre
Tengo una suerte perversa
Eso sí, yo le gané....
Las cuatro manos primeras;
Pero despues se volvió
El naipe, y en hora y media,
Que duró aquello, perdí
Cuanto puse y mas que hubiera,
El echó cuatro por vidas,
Se levantó de la mesa,
Diciendo que era ya tarde:

Fuese, y á todos nos deja
Sin blanca.

Pero en donde mas al vivo se pinta el carácter de este hidalgo, es en la escena 14 del acto 2.° y en la 8.ª del 3.°, que omitimos por evitar prolijidad.

D. Serapio tiene un carácter mas enérgico, y nada tímido, si bien tan atolondrado como el del anterior. Metido entre los apasionados de un teatro, tiene guerra declarada á los del otro, en términos de que cuando oye hablar de un hombre de ciertas señas, que él cree ser uno de sus contrarios, esclama precipitadamente: „¿Alto? » ¿uno alto? ¿eh? Ya le conozco. ¡Picaron, vicio» so! Uno de capa, que tiene un chirlo en las » narices. ¡Bribon! Ese es un oficial de guarni» cionero, muy apasionado de la otra compañia. » ¡Alborotador! que él fué el que tuvo la cul» pa de que silvaran la comedia del *Monstruo » mas espantable del ponto de Calidonia*, que » la hizo un sastre pariente de un vecino mio; » pero yo le aseguro.... etc."

D. Pedro y D. Diego son dos sugetos igualmente juiciosos, honrados, ingenuos, generosos y sensibles en estremo; mas el primero tiene un carácter raro, serio y duro; el segundo dulce, afable y mirado: el uno solo depone su natural desabrimiento, cuando llega el caso de compadecer á la humanidad afligida: el otro tiene siempre á la vista la fragilidad de nuestra natu-

raleza para compadecerla y disculparla. D. Pedro, reconvenido por tener un genio tan raro, que le obliga á vivir como un hermitaño en medio de la corte, se pinta á sí mismo en el diálogo siguiente:

D. Pedro.

....

» ......Yo soy el primero en los espectáculos, en
» los paseos, en las diversiones públicas: alterno
» los placeres con el estudio: tengo pocos, pero
» buenos amigos, y á ellos debo los mas falices
» instantes de mi vida. Si en las concurrencias
» particulares soy raro algunas veces, siento ser-
» lo, pero ¿que le he de hacer? Yo no quie-
» ro mentir, ni puedo disimular, y creo que
» el decir la verdad francamente es la prenda
» mas digna de un hombre de bien.

D. Antonio.

» Si; pero cuando la verdad es dura á quien ha
» de oirla, ¿que hace usted?

D. Pedro.

» Callo.

D. Antonio.

» ¿Y si el silencio de usted le hace sospechoso?

D. Pedro.

» Me voy.

D. Antonio.

» No siempre puede uno dejar el puesto, y en-
» tónces.....

D. Pedro.

» Entónces digo la verdad." etc. etc.

Rasgos dignos del Misantropo, que no desmerecerian al lado de los que caracterizan á Alcestes.

D. Diego descubre á cada paso la dulzura de su carácter; pero con particularidad en la escena 8.ª del acto 3.º que omitimos con sentimiento, por no permitirnos insertarla toda entera su misma estension. Pero en cambio véase el siguiente trozo de la alocucion que dirige á Doña Paquita en la escena 5.ª del acto 2.º, que contiene rasgos propios de la sinceridad de su carácter.

» .... Yo me hago cargo, querida Paquita, de
» lo que habrán influido en una niña tan bien
» inclinada como usted, las santas costumbres,
» que ha visto practicar en aquel inocente asilo
» de la devocion y la virtud; pero si apesar de
» todo esto, la imaginacion acalorada, las cir-
» cunstancias imprevistas, la hubiesen hecho ele-
» gir sugeto mas digno; sepa usted que yo no
» quiero nada con violencia. Yo soy ingenuo: mi
» corazon y mi lengua no se contradicen jamas.
» Esto mismo la pido á usted, Paquita; sinceri-
» dad. El cariño que á usted la tengo no la debe
» hacer infeliz...... su madre de usted no es ca-
» paz de querer una injusticia, y sabe muy bien
» que á nadie se le hace dichoso por fuerza. Si
» usted no halla en mí prendas, que la inclinen,

» si siente algun otro cuidadillo en su corazon;
» creame usted, la menor disimulacion en esto
» nos daria á todos muchísimo que sentir."

Otra cualidad que, asi como las anteriores, presta un realce particular á los caracteres trazados por Moratin, es la sencillez y pureza con que están dibujados. Los poetas cómicos, que carecen de la viveza de imaginacion necesaria para concebir un personage cómico, y de solidez filosófica para dar á su carácter robustez y vida, generalmente se valen á este fin de un medio supletorio; el cual consiste en amanerar y recargar estraordinariamente las formas y el colorido, hasta el punto de resultar una caricatura, que sale de los límites de la verdad y de la naturaleza. Pero en Moratin no se halla semejante defecto. Era demasiado severo en sus principios para ponerse en contradicion consigo mismo; habia examinado harto detenidamente las causas de los errores de los antiguos en esta parte para evitar aquel escollo; deseaba producir bellezas nuevas, mas no resucitar añejos desaciertos; y á fuerza de meditar en que se funda la consistencia de los caracteres, supo dársela tan firme á los suyos, que solamente Moliere puede disputarle la palma. Esta consistencia, esta solidez, que advertimos en los de Moratin, y cuyo artificio no se concibe fácilmente; es tal, que aun cuando los desnudásemos del gracejo propio del lenguaje y del estilo, de los chistes

epigramáticos, y de todas las sales cómicas, de que estan sembrados, permanecerian siempre los mismos, y bien que no tan risueños, siempre conservarian aquella fuerza, con que se graban en la imaginacion de los espectadores. No sería fácil hacer una prueba tan arriesgada con la mayor parte de las producciones modernas. Lo comun es faltar en ellas caracteres verdaderos y propios de la comedia, supliendo este vacio con juegos de palabras, satirillas picantes, lugares comunes, y movimiento escénico; y si todo esto no es malo en sí mismo, tiene por lo ménos muy poco valor, comparado con la pintura fiel y animada de aquellos. La idea, que el entendimiento forma de los caracteres, es independiente de las palabras, con que se espresan: asi la habilidad de un poeta consiste en subordinar las espresiones de tal manera al espíritu del carácter, que no haya ninguna, que sobre ni falte, ni contradiga á su verdadera imitacion.

Véase, pues, con cuanta sencillez y gracia pinta Moratin en su *comedia nueva* la simpleza é ignorancia de D. Eleuterio, y la pedantería de D. Hermógenes; cuan bien contrastan estos singulares caracteres, y cuan convenientes á entrambos son las palabras con que se espresan.

D. Eleuterio.

» ¡Llamar detestable á la Comedia! ¡Vaya que
» estos hombres gastan un lenguaje, que dá go-
» zo oirle!.

D. Hermógenes.

» Aguila non capit muscas, D. Eleuterio. Quiero
» decir que no haga usted caso. A la sombra del
» mérito crece la envidia. A mi me sucede lo
» mismo. Ya vé usted si yo sé algo.....

D. Eleuterio.

» ¡Oh!

D. Hermógenes.

» Digo, me parece que (sin vanidad) pocos ha-
» brá que.....

D. Eleuterio.

» Ninguno. Vamos, tan completo como usted,
» ninguno.

D. Hermógenes.

» Que reunan el ingenio á la erudicion, la apli-
» cacion al gusto del modo que yo (sin alabar-
» me) he llegado á reunirlos. ¿Eh?

D. Eleuterio.

» Vaya, de eso no hay que hablar: es mas cla-
» ro que el Sol que nos alumbra.

D. Hermógenes.

» Pues bien. A pesar de eso, hay quien me lla-
» ma pedante, y casquivano, y animal cuadrú-
» pedo. Ayer, sin ir mas léjos, me lo digeron en
» la puerta del Sol, delante de cuarenta ó cin-
» cuenta personas.

D. Eleuterio.

» ¡Picardía! ¿Y usted que hizo?

D. Hermógenes.

» Lo que debe hacer un gran filósofo. Callé, to-

« mé un polvo, y me fui á oir una misa á la
» Soledad.

D. Eleuterio.

» Envidia todo, envidia. ¿Vamos arriba?

D. Hermógenes.

» Esto lo digo para que usted se anime, y le ase-
» guro que los aplausos que..... Pero, digame us-
» ted, ¿ni siquiera una onza de oro le han que-
» rido adelantar á usted, á cuenta de los quince
» doblones de la Comedia?

D. Eleuterio.

» Nada, ni un ochavo. Ya sabe usted las difi-
» cultades, que ha habido para que esa gente la
» reciba. Por último hemos quedado en que no
» han de darme nada, hasta ver si la pieza gus-
» ta ó no.

D. Hermógenes.

» ¡Oh! ¡Corvas almas! Y precisamente en la oca-
» sion mas crítica para mí. Bien dice Tito Livio,
» que cuando......

D. Eleuterio.

» ¿Pues que hay de nuevo?

D. Hermógenes.

» Ese bruto de mi casero.... El hombre mas igno-
» rante que conozco. Por año y medio que le
» debo de alquileres me pierde el respeto, me
» amenaza......

D. Eleuterio.

» No hay que afligirse. Mañana ó esotro es re-
» gular que me den el dinero; pagaremos á ese

» bribon; y si tiene usted algun pico en la hos-
» teria, tambien se.....

D. Hermógenes.

» Si, aun hay un piquillo. Cosa corta.

D. Eleuterio.

» Pues bien, con la impresion lo ménos ganaré
» cuatro mil reales.

D. Hermógenes.

» Lo ménos. Se vende toda seguramente.

D. Eleuterio.

» Pues con ese dinero saldremos de apuro: se
» adorna el cuarto nuevo; unas sillas, una cama
» y algun otro chisme. Se casa usted. Mariquita,
» como usted sabe, es aplicada, hacendosilla y
» muy muger: ustedes estarán en mi casa con-
» tinuamente. Yo iré dando las otras cuatro co-
» medias que, pegando la de hoy, las recibirán
» los cómicos con palio. Pillo la moneda, las im-
» primó, se venden: entretanto ya tendré algu-
» nas hechas y otras en el telar. Vaya, no hay
» que temer. Y sobre todo, usted saldrá coloca-
» do de hoy á mañana: una intendencia, una to-
» ga, una embajada ¿que sé yo? Ello es que el
» ministro le estima á usted. ¿No es verdad?

D. Hermógenes.

» Tres visitas le hago cada dia.

D. Eleuterio.

» Si, apretarle, apretarle. Subamos arriba que las
» mugeres ya estarán.....

D Hermógenes.

» Diez y siete memoriales le he entregado la se-
» mana última.

D. Eleuterio.

» ¿Y que dice?

D. Hermógenes.

» En uno de ellos puse por lema aquel celebér-
» rimo dicho del poeta. *Pállida mors aequo pul-*
» *sat pede pauperum tabernas regumque turres.*

D. Eleuterio.

» ¿Y que dijo cuando leyó eso de las tabernas?

D. Hermógenes.

» Que bien: que ya está enterado de mi solicitud.

D. Eleuterio.

» Pues, no le digo á usted. Vamos, eso está
» conseguido.

D. Hermógenes.

» Mucho lo deseo para que á este consorcio ape-
» tecido acompañe el episodio de tener que co-
» mer; puesto que *sine Cerere et Bacho friget*
» *Venus.* Y entónces ¡oh! entónces....... Con un
» buen empleo y la blanca mano de Mariquita
» ninguna otra cosa me queda que apetecer, si-
» no que el cielo me conceda numerosa y mas-
» culina sucesion."

Si Moratin habia estudiado tan á fondo los carateres de la sociedad, era preciso que al mismo tiempo hubiese hecho igual estudio de las pasiones humanas. Sin un profundo conocimiento de estas, no era posible que hubiese presta-

do á sus personages las que les correspondian, atendiendo siempre á su edad, á su temperamento, á su genio, y al lugar respectivo que ocupan en la sociedad. Fácil es, no hay duda, pintar pasiones generalizándolas; pero muy dificil bosquejarlas acomodándolas á las circunstancias del personage, que se finge, y mas todavia darles el colorido cómico necesario; por que entónces son realmente el punto de apoyo de los caracteres. Cuan grande sea la dificultad de que hablamos, lo prueba el advertir que Moratin mismo sucumbió alguna vez cuando quiso dar á las pasiones cierta elevacion, que no se hermana bastante con el tono jocoso de Talía. Pues si bien las pasiones se elevan frecuentemente en las personas mas vulgares, no siempre el poeta acierta en tales casos á darles el colorido propio, la ligereza y la facilidad con que deben distinguirse de las trágicas. Sirvan de ejemplo las que obran en las personas *D. Juan* y *Doña Isabel* en el *Viejo* y la *Niña.* Prescindamos ahora de la frialdad y falta de vigor que se advierte en el lenguaje y estilo de entrambos personages, y dígasenos de buena fé ¿sus pasiones tienen el colorido cómico que les era indispensable? Si el autor pudiese respondernos, acaso diría que personas como las de qué se trata, colocadas en la crítica situacion de luchar con los deseos mas vehementes, y de sofocarlos para conservar su honor ileso, no puede espresarse de otra mane-

ra. Mas entónces le presentariamos en contraposicion otras situaciones análogas, sacadas de sus propias comedias, y de este modo le haríamos reconocer con su mismo ejemplo, que si el tono patético es á veces indispensable atendida la situacion, puede ser sin embargo ménos artificioso; lo que le hace tanto mas interesante, cuanto mas se acerca á la sencillez de la verdad. En el Si de las Niñas, hay dos escenas, la 8.ª y 10.ª en que domina el tono patético hasta el punto de no poder los espectadores contener sus lágrimas. ¿Pero donde proviene que tales escenas causan tan prodigioso efecto, y que las que sostienen D. Juan y Doña Isabel en el Viejo y la Niña, no produce ninguno? Pero se necesita discurrir para adivinarlo. En las del Si de las Niñas, todo es verdad, todo sencillez, todo sentimiento puro, sin adornos triviales, sin interjecciones mal colocadas, sin afectacion, sin la frialdad acompañada del arte. En el Viejo y la Niña los dos amantes son entes de novela, afectados en su lenguaje, frios en los movimientos de la pasion, plañidores sin vehemencia, personages, en fin, elegiacos, que se desvian tanto de la verdad, cuanto mas ligados están con situaciones cómicas. Igual objeccion podría hacerse al pundonor artificial y caballeresco de *Leonardo* en el Baron, y de *D. Cárlos* en el Si de las Niñas. Todo lo cual probará á lo sumo que Moratin no era el mismo cuando pintaba

enamorados, que cuando desenvolvia caracteres y pasiones á proposito para enardecer su fantasía cómica. Mas estos ligerísimos lunares no perjudican nada á su celebridad, ni deben privarle de los justos elogios que ha merecido de sus contemporáneos, y que igualmente le tributará la posteridad. Moratin será siempre el pintor filósofo de la naturaleza humana.

Al conocimiento de las pasiones ha de acompañar necesariamente el de las costumbres, por que estas son como la túnica de aquellas; de suerte que, siendo las pasiones las mismas en todos los tiempos, solamente se diferencian por el disfraz, que les prestan las costumbres. ¿Como ha de pintar un poeta cómico las del siglo, en que vive, sino las conoce? ¿Como ha de pintar las maneras ridículas, las estravagancias, las manías, los caprichos, y todos los vicios, que nacen del temperamento, del genio, de la edad, de la educacion mal dirigida, del clima, de la legislacion, y de las diversas profesiones; si no ha procurado estudiar todo esto á fondo, con mucho criterio, y auxiliado de una observacion infatigable? Y que cuadros tan desmayados, tan frios, tan escasos de vida, presentan los que no han debido á la naturaleza y al estudio las dotes, que constituyen un buen poeta cómico! Pero esto mismo, al paso que manifiesta la asombrosa dificultad de la poesía cómica, sirve para realzar mas y mas el mérito de Moratin. En

efecto, en todas sus comedias vemos retratadas las costumbres de su tiempo de una manera sumamente sencilla, y enteramente conforme con la verdad; pudiendo asegurarse de un modo terminante que cuando nuestros descendientes las lean, no tendrán la duda que á nosotros nos sugiere la lectura de las del teatro antiguo, á saber, si las costumbres, que allí se pintan, son retrato fiel de la época en que escribieron, ó si tuvo alguna parte en semejante pintura el gusto y la influencia del siglo á que corresponden. En Moratin se ven continuas alusiones á los vicios de sociedad; censura, ya tácita ya espresa, de todos los usos, hábitos y costumbres, que mas abiertamente se oponen á la razon, á la sana moral, y á los progresos de la civilizacion. Sus personages, animados segun plugo al autor, desenvuelven en la accion todos los defectos, que él se propuso combatir; resultando cuadros sumamente agradables de costumbres, con los cuales consigue que los espectadores se rían á espensas de sí mismos.

Todo el mundo sabe que estas no se morigeran con largas pláticas, ni con sentencias graves, que tal vez hacen ridículo al mismo que las vierte, por la sencilla razon de que aquella austeridad censoria se hermana muy mal con las debilidades y miserias, á que todos estamos sugetos. Es fácil ser moralista, pero muy dificil ser impecable, y mucho mas todavia ocultar nuestra

fragilidad en tales términos, que la multitud no pueda convertir contra nosotros nuestras mismas armas. La risa, la ridiculez, las sales epigramáticas, no ofenden tanto el orgullo natural, que todos tenemos: témplase la ofensa con la gracia; por que ya entónces no vemos al censor adusto armado de cierto espíritu de esclusion, con que pretende lisongear su amor propio, al tiempo mismo que humilla el nuestro; y transigimos mas fácilmente con aquel, que, burlándose de los defectos agenos, tal vez se burla de los suyos propios. Estas razones fundadas en la esperiencia, y en el conocimiento del corazon humano, han establecido por ley inviolable que la comedia corrija con la risa, valiéndose para escitarla de las armas poderosas de la ridiculez. Así vemos que lo han practicado todos los buenos poetas cómicos desde Menandro hasta nuestros dias. ¿Pero es dado á todos manejar con igual destreza la ridiculez, hallarla en todos los caracteres, en todas las pasiones, en las costumbres, y en las situaciones, en donde puede y debe encontrarse? ¿Y es fácil presentarla con rasgos vivos, delicados, sin que trasluzca el empeño y la intencion de ridiculizar? ¿Y no es una dificultad, al parecer superior al ingenio humano, que cuanto haya de aparecer risible en un personage cómico, esté tan identificado con el carácter y costumbres de este, que no pueda hacerse abstraccion de aquellos rasgos ridículos, que

le distinguen, sin destruir su efecto? Y si esta dificultad es tan grande, ¿qué elogios serán bastantes para ensalzar debidamente á los poetas cómicos, que sobresalen en esta parte tan esencial de la poesía cómica?

Nuestro Moratin se distingue en ella como en todas las que son esenciales al drama. Desde su primer ensayo dió á conocer que sabia ocultarse bajo la máscara burlona de Talía, y que sin esfuerzo, y al parecer sin estudio, descubria y pintaba lo ridículo de los caracteres, de las pasiones y de las costumbres, con una delicadeza y un gracejo singular, que sorprende y embeleza. Si cupiese duda en ello, bastaría para disiparla la simple lectura de los bellísimos diálogos de D. Roque y Muñoz. A par de una inimitable sencillez, y de un aparente descuido; brilla en ellos toda la ridiculez, que puede ser compatible con su carácter y condicion social. Si en seguida nos detenemos á considerar los de la *Comedia nueva,* hallaremos nuevos motivos de admiracion. La pedanteria de D. Hermógenes, la ingenua presuncion del ignorante D. Eleuterio, las bachillerias de la culta Doña Agustina, y el carácter tumultuoso y mosqueteril de D. Serapio, se ven pintados con rasgos tan valientes, y está sembrada la ridiculez con tal abundancia en todo cuanto hacen y dicen estos personages, que, á pesar del objeto puramente local de la *Comedia nueva,* los espectadores

rien sin intermision, y disfrutan del placer causado por esta prenda eminentemente cómica, que la distingue. Y á la verdad que, en cuanto á la pintura de lo ridículo en los caracteres, tal vez la comedia, de que hablamos, aventaja á las demas del mismo autor. Hágase el cotejo de todas ellas; y aun cuando sobresalga magistralmente lo ridículo en los caracteres y costumbres de *D. Roque y Muñoz* en el Viejo y la Niña, de Doña Mónica en el Baron, y de D. Martin y D. Claudio en la Mogigata; ninguno de estos personages puede, á nuestro juicio, sostener el paralelo con los singularísimos de la comedia nueva; y solamente hallaremos que los iguala, y aun los aventaja, el de Doña Irene del Si de las Niñas. En ellas nada hay ocioso; ni una sola palabra sale de su boca, que no lleve el sello de la ridiculez; se advierte igual nervio, igual consecuencia en los dichos y en los hechos; desde el principio hasta el fin la ridiculez de estos personages es siempre la misma, siempre conforme à su carácter y situacion particular.

Un poeta cómico, cual nuestro Inarco, que sabe pintar con tal destreza caracteres y costumbres, y que al mismo tiempo hace resaltar en ellos aquella constante ridiculez compañera inseparable de nuestras acciones y palabras, no puede ménos de hacer sumamente interesantes sus composiciones. Y en efecto, hay en sus comedias un fondo de interes general, que se fun-

da siempre en el modo de pintar las pasiones y los caracteres, y en las situaciones cómicas, á que estos dan origen. Moratin habia estudiado á fondo el genio y la índole particular de la poesía cómica. Semejante estudio le dió á conocer con harto fundamento, que esta no puede tener otro ministerio, que atacar aquellos vicios de sociedad exentos de la inspeccion de las leyes: que el interes cómico, fundado esclusivamente en una sazonada burla de nuestras ridiculeces y estravagancias, se sostiene sin fatiga por la maligna inclinacion, que todos tenemos á mofarnos de nuestras comunes debilidades; que armar la diestra de Talía con el puñal de Melpómene es lo mismo que confiar á Momo la clava de Hércules, ó pretender arrancar la piel al Leon de Nemea con la mano de un Sibarita. Ni como filósofo, ni como poeta clásico, podia Moratin asociar su respetable nombre á esa nueva secta literaria, que comunmente se denomina romanticismo, ya demasiado estendida en su tiempo.

Como filósofo, no podia hallar en las fábulas adóptadas por los románticos el verdadero genio de la comedia, ni las formas morales, que han de darse á los hombres y á las cosas en el teatro. Conocia demasiado la ineficacia de esta clase de fábulas en la escena, ya por que afortunadamente los sucesos, que pintan no son tan frecuentes en el mundo, como podia temerse

de la malignidad humana, ya por que el sitio horroroso, á que nos trasladan sus autores, está sembrado de crímenes atroces, de insensateces, quimeras é inverosimilitudes, cuyo menor perjuicio es el de compartir con las novelas el trabajo de adulterar el buen juicio, siempre que no se siga el desprecio al primer movimiento de la curiosidad. No podia ocultarse tampoco á su claro entendimiento que, no escluyendo la escesiva latitud de las máximas romanticas ni los medios reprobados por el arte y la razon, ni los sucesos mas asquerosos y patibularios, que de preferencia emplea para conmover violentamente los afectos de la multitud, el teatro llegaría á convertirse, como ya por desgracia estamos viendo, en una galeria de crímenes horribles, que léjos de ser nunca recordados, deberian borrarse para siempre de la historia del linage humano. Y efectivamente, si segun los principios de esta nueva especie de poesía, el interes dramático consiste en afectar vivamente los sentidos, alli habrá sin duda mayor interes, donde el alma sufra por medio de estos las mas violentas conmociones de horror y espanto.

Como poeta clásico, y ademas crítico juicioso, sabía muy bien que las reglas de Aristóteles, no ya por la autoridad de este, sino por la razon que las dictó, han sido respetadas de los sabios de todos los siglos: que no puede ser la comedia imágen de las costumbres de la época en

que se escribe, cuando solamente pinta vicios criminales, poco frecuentes en la sociedad, y comunes á todos los siglos y á todos los pueblos de la tierra: y en fin, que el arte de conmover risueñamente el ánimo de los espectadores con la pintura de sus propias estravagancias es harto mas dificil, y exige del autor mayor suma de conocimientos, que las vagas declamaciones románticas, el amontonamiento de crímenes, y las soporíferas pláticas de moral, que tan fácilmente se pueden entretejer con un diálogo monotono y plañidor.

A vista de tamaños estravios *no era licito que un hombre de buenos estudios se ocupase en añadir nuevas autoridades al error*, como de sí mismo dice Moratin en el prólogo de sus obras. Así es que, siguiendo el rumbo, que la razon y la utilidad social le señalaban, fundó el interes de sus composiciones, no en intrigas escabrosas distantes de la verdad, no en cuadros dolorosos, en que una sensibilidad artificial, falsa y exagerada, tal vez escita la risa de los espectadores juiciosos; ántes bien, hallando en el corazon del hombre los muelles poderosos del amor propio y de la malicia, que nos instigan á burlarnos de los defectos de los demas hombres, se valió del primero para hacernos sensibles á los tiros de la sátira, y de la segunda para conservar á esta el saludable prestigio, con que tanto puede influir en las costumbres. Y como estas

y la educacion son el manantial de todos nuestros defectos, por que ambas cosas concurren indudablemente á formar el carácter distintivo de cada hombre en particular, el interes dramático de las comedias de Moratin nace de la pintura de la sociedad, del contraste de los caracteres, de las situaciones cómicas, á que estas dan lugar, y del diálogo sencillo, vehemente, y conforme en un todo á la índole particular de los interlocutores. Si asi no fuese, de ningun modo podria producir el menor efecto la accion de la *Comedia nueva*, reducida á la simple alternativa de si será ó no silvado un drama, que vá á representarse en el teatro. Pero esta comedia interesa sobremanera por su objeto, aunque puramente local, por los caracteres y costumbres tan magistralmente pintados en ella, y por su diálogo tan sencillo y animado, tan lleno de sales cómicas naturalísimas, y tan propio ademas de las personas, de los caracteres, y de las situaciones. En la Mogigata interesan muchísimo *D. Martin* y *D. Claudio, Doña Clara* y *Doña Inés*; pero cada cual nos afecta de un modo diverso, segun su manera de ser y de obrar; de suerte que los intereses parciales concurren á formar el general de este drama. Pero si alguna vez es menester que las situaciones patéticas contribuyan tambien al interes dramático, en el *Sí de las Niñas* nos dá Moratin una muestra del modo de presentarle en la comedia, del punto á

que debe llegar, y de los medios sencillos y razonables, que se pueden emplear con buen exito. Examínense las escenas 8.ª y 10.ª, de que ya hemos hablado ántes, y tambien algunos trozos de otras, y se verá el verdadero estilo de la sensibilidad, desnudo de adornos y de artificios, espresivo sin exageracion, y con el tono correspondiente al lenguaje de Talía. Y en esta parte es su autor tanto mas laudable, cuanto que, habiendo cometido en el *Viejo y la Niña* el error de dar á sus enamorados un lenguaje plañidor y frio, corrigió de tal modo en su última produccion tamaño desacierto, que hay una diferencia muy notable en el interes respectivo de ambas comedias.

Desde el principio de su carrera estudió Inarco en nuestro antiguo teatro, asi las inmensas bellezas, de que se halla sembrado, como los graves defectos, de que adolece. Entre estos notó la falta de artificio dramático, con que se hacia la esposicion ó protasis, verificada comunmente por la introduccion de un criado, á quien su amo referia muy por menor todas sus cuitas.

Semejante medio, que desde luego anuncia algun defecto en la disposicion del plan, ha sido desechado unánimemente por todos los críticos sensatos; y Moratin contaba con sobrados recursos de ingenio, para valerse de aquel reprobado auxilio. Sin embargo, no podemos aventurarnos á decir que el mérito de la esposicion

sea una de las prendas mas relevantes de nuestro autor. Verdad es que no incurre en el insulso defecto, que notamos en nuestros antiguos cómicos; pero tampoco vemos que haya desempeñado la protasis de una manera enteramente satisfactoria. La del *Viejo y la Niña* está hecha con naturalidad y gracia, y con la valentía, que tienen en sí mismos los caracteres de los dos viejos; pero, verificada solamente en parte, la completan despues D. Juan y su criado, contando aquel á este sus amores con Doña Isabel, ni mas ni ménos que como cualquier galan de Calderon. La de la *Comedia nueva* es igualmente festiva y natural, y si el autor no hubiese hecho perder su tono burlon á D. Antonio, para que con la mayor formalidad y circunspeccion se entretenga en contar á una persona tan insignificante como Pipí, que D. Pedro de Aguilar es un caballero muy rico, generoso, honrado, de mucho talento, pero de muy mal genio, indudablemente habría mas conveniencia y verdad en esta esposicion. Ní Moratin necesitaba hacer semejante pintura anticipada de D. Pedro, cuando en el diálogo de este con D. Antonio se enumeran sus buenas y malas cualidades. La del *Baron* es tambien sencilla y natural: no tiene nada de estraño que Fermina refiera lo ocurrido en casa con este á un hombre que todo lo ignoraba, por haber estado ausente del pueblo. La mejor es la de la *Mogigata;* mas tiene con-

tra sí la falta de originalidad, por haber imitado en ella enteramente el autor la *de la Escuela de los maridos* de Moliere. La esposicion del *Si de las Niñas* puede tambien considerarse en general como buena; nada se descuida en ella; el hecho, los intereses, aun la intriga, todo se anuncia al comenzarse este drama, prometiéndose al espectador lo que luego vé enteramente cumplido. Pero aquella reunion de amo y criado no casual, no nacida de incidente alguno de la fábula, sino traida con estudio para cumplir con una condicion indispensable de la fábula; aquella conversacion entablada, como de caso pensado, para que diga D. Diego á Simon en Alcalá lo mismo que pudo haberle dicho en Madrid ó en Guadalajara, atendida la confianza de que gozaba el criado; todo esto, lo decimos ingenuamente, se resiente de la imperiosa ley de la necesidad, y descubre demasiado la intencion artística del autor.

Hasta la causa, que se alega, para que el amo se esplique claramente con el criado, carece de fuerza y de motivo cómico; y aun parece que las mismas palabras del diálogo sufren cierta especie de violencia para traer á cuento un asunto, de que se cree mas verosimil estuviese enterado ya el confidente.

SIMON.

« Ello tambien ha sido estraña determinacion la « de estarse usted dos dias enteros sin salir de

» la posada. Cansa el leer, cansa el dormir......
» Y sobre todo, cansa la mugre del cuarto, las
» sillas desvencijadas, las estampas del hijo pró-
» digo, el ruido de campanillas y cascabeles, y
» la conversacion ronca de carromateros y pa-
» tanes, que no permiten un instante de quietud.

D. Diego.

» Ha sido conveniente el hacerlo así. Aquí me
» conocen todos, y no he querido que nadie
» me vea.

Simon.

» Yo no alcanzo la causa de tanto retiro. ¿Pues
» hay mas en esto, que haber acompañado usted
» á Doña Irene hasta Guadalajara, para sacar del
» convento á la niña y volvernos con ellas á
» Madrid?

D. Diego.

» Si hombre, algo mas hay de lo que has vis-
» to etc. etc."

Dos cosas advertirá, en efecto, cualquiera que examine con detencion el trozo, que copiamos. La determinacion de estar D. Diego sin salir de la posada, por que todos le conocen, y no quiere que le vean, ademas de ser un pretesto frívolo, y descubrir la necesidad, que de él tenia el autor para la esposicion; tiene el inconveniente de que pocos momentos despues queda destruida; por que D. Diego, ántes de ser de noche, sale á dar un paseo por el campo, encuentra, segun refiere luego, al Rector de Málaga y

al Doctor Padilla, y, como era de esperar, no le sucede contratiempo alguno, á no ser que se cuente por tal el haberle *hartado de chocolate y bollos.* Todo lo que no sea motivado es defectuoso en la escena. *Yo no alcanzo la causa de tanto retiro,* dice Simon, y dice muy bien; por que si nadie, á escepcion de las personas interesadas, tenia noticia del casamiento proyectado, nadie tampoco podia juzgar que D. Diego fuese otra cosa que un simple acompañante de una Señora, que iba á sacar su hija del convento en donde la educaban. ¿Pues hay mas en esto (continua Simon), *que haber acompañado usted á Doña Irene hasta Guadalajara para sacar del convento á la niña, y volvernos con ellas á Madrid?* Semejante pregunta hecha de intento para entrar en materia, me ha parecido siempre un poco forzada, esto es, traida artificiosamente al crítico momento de haber de entablar la esposicion. Si no es mala en sí misma, es por lo ménos poco ingeniosa y poco motivada. ¿Que es, pues, lo que obliga á Simon á esplorar entónces, y no ántes, el ánimo de su Señor? ¿Es acaso su retraimiento en la posada? Pero ya hemos visto que este retraimiento de D. Diego es frívolo en sí mismo, y carece, igualmente que todos los actos indiferentes del hombre, de la estrañeza, que debia llevar consigo para llamar la atencion del criado: si este, como ya hemos dicho ántes, gozaba de la entera

confianza de su amo, no parece verosimil que aguardase á practicar tan tardías diligencias para satisfacer su curiosidad, cuando en todo el discurso del suceso debió hallar motivos mas fuertes y capaces de escitarlos, que el simple acto de no salir su amo en dos dias de la posada.

Sensible es, á la verdad, haber de emplear la severidad de la crítica precisamente en la obra maestra de nuestro Inarco Celenio. Pero esta misma censura, tal vez escrupulosa, y que en nada disminuye el alto concepto, de que goza el cómico clásico de España, es una prueba de nuestra imparcialidad, harto mas honrosa que el ciego espíritu de paisanage, con que los críticos franceses se esfuerzan en querer persuadir á todo el mundo, que la obra maestra de Moliere (el Tartuffe) carece absolutamente de defectos. Empeño bien árduo por cierto, cuando es tan fácil, como se verá mas adelante, demostrar cláramente los que tiene, sin que para su defensa sirvan de nada los sofismas, en que sus partidarios la apoyan.

Nuestros antiguos poetas hicieron gala de complicar de tal manera la intriga de sus dramas, que el mas lince no puede descubrir, ni aun muchas veces imaginar, los medios de que el poeta habrá de valerse para desenlazar la accion. Su ingenio se complacía en aglomerar unos sobre otros los incidentes, hasta que al fin, no hallando en muchísimas ocasiones medio espe-

dito de desatar el nudo, le cortaban á la manera de Alejandro, quebrantando casi siempre las leyes de la verosimilitud. Moratin siguió en esta parte un camino enteramente opuesto. La sencillez de sus planes es tal, que en algunas de sus comedias falta lo que se llama intriga, como en el *Viejo y la Niña*, y tambien en la *Comedia nueva.* Pero cuando quiso enredar la accion, manifestó que sabía y podía hacerlo, y así se advierte en la Mogigata, y particularmente en el Si de las Niñas; cuya intriga está muy bien sostenida, y magistralmente desempeñada. En ella, lo mismo que en las de todas sus comedias, la verosimilitud va unida á lo absolutamente necesario para el curso y desarrollo de la intriga. Así es que las peripecias, ó cambios de situacion, salen tan naturalmente del fondo del asunto, que la razon no sufre violencia en admitirlas como necesarias y verdaderas.

La primera peripecia, en que se funda la intriga de la Mogigata, que es la cita de D. Claudio y Doña Clara durante la siesta, aunque imitada de una del Tartuffe, es ingeniosa y motivada; conduce necesariamente á la resolucion, que toman Doña Clara y D. Claudio de apresurar su enlace clandestino; y todos los incidentes, que siguen, concurren precisamente á desenlazar la intriga, que imaginó el autor. Pero esta es mas ingeniosa y sorprendente en el *Si de las Niñas.* D. Cárlos llamado por Doña Paquita lle-

ga á Alcalá, vé á su amada, combinan ambos los medios de llevar á cabo su anhelada union, y ya se juzgan felices, animados con la lisongera esperanza de satisfacer sus deseos. Mas he aqui que D. Diego aparece en la escena: el inesperado encuentro de tio y sobrino sorprende á entrambos. D. Diego, por una parte, ha resuelto encubrir su proyectado casamiento hasta haberle realizado, por que teme la censura de los juiciosos; por otra, atribuye la intempestiva llegada de su sobrino á ligereza de la edad. Así, pues, para castigar su imprudencia, y alejarle de su lado en los momentos mas críticos de sus proyectos matrimoniales, le manda salir inmediatamente de la Ciudad, y que al romper el alba emprenda su viage para incorporarse á sus banderas. No queda otro recurso á D. Cárlos que la obediencia. Su marcha repentina llega poco despues á oidos de Doña Paquita, que ignoraba todo lo ocurrido en el corto tiempo transcurrido desde que vió á su amante. La pena de este, la afliccion de aquella, la diversidad de juicios, que la obliga á formar tan inesperada fuga, la segura y tranquila posesion, con que parece brinda la suerte á D. Diego, ignorante de los planes de los dos jóvenes; toda esta reunion de circuustancias ofrece un fondo tan grande de interes, y estrecha de tal modo los resortes de la accion en un solo punto, que á la conclusion del segundo acto los espectadores de-

sean con ansia que el desenlace venga á calmar la inquietud producida por un enredo tan bien combinado. Llega el acto siguiente, y con él otra peripecia, que acrecienta el interes y estrecha mas los lazos de la intriga, para preparar el desenlace. Un diálogo nocturno entre D. Cárlos y Doña Paquita, que D. Diego escucha casualmente, le descubre que sus pretensiones al corazon de aquella niña habian llegado tarde: ignora quien sea su dichoso rival; pero un billete, que arrojan desde la calle, y que por un incidente natural queda abandonado, le informa de que su competidor es un jóven, y que este jóven es su propio sobrino. ¿Que partido tomará D, Diego en este apurado trance? ¿Será tan generoso que sacrifique sus deseos en obsequio de su sobrino, ó querrá valerse del compromiso de aquella jóven, y sacrificarla á un capricho ridículo en su edad? Tal es la bellísima situacion producida por una peripecia ingeniosa, cuyos accesorios la realzan sobremanera. El silencio, la obscuridad, la voz de una sola persona, que habla por interlocuciones diestramente combinadas para dejar inferir las de otra que se supone contesta desde la calle; la presencia de dos hombres protegidos por las tinieblas, que oyen lo que jamas hubieran creido; el forzoso abandono del billete; toda esta reunion de accidentes produce tan vivas sensaciones, que con dificultad se encontrará una es-

cena mas interesante y teatral en las varias producciones modernas.

Preparado así el desenlace, llega á verificarse por medios sencillos y naturales, sacados del tegido peculiar de la accion, sin auxilios estraños, y dejando determinada con éxito feliz la suerte de los principales personages de la fábula. Esta cualidad es comun á los desenlaces dramáticos de Moratin: solamente debemos escluir el del Viejo y la Niña, por estar fundado en un hecho, que carece de todo motivo, y verificarse de un modo poco satisfactorio respecto de las dos personas, que precisamente han de interesar mas á los espectadores. En efecto, D. Juan ha resuelto embarcarse para América, á fin de levantar entre el amor y el deber una barrera insuperable; se ha despedido de su amada para siempre; y con su ausencia queda á salvo la opinion de Doña Isabel, y tranquilo D. Roque. La accion está concluida: el plan que trazó el autor no suministraba mas incidente para llenar los tres actos. Así, para ocupar estos, y dar á la accion un desenlace dramático, en lugar del que ofrecia de suyo la testura del plan, le fué forzoso apelar á un recurso puramente gratuito, y no preparado por peripecia alguna; consecuencia forzosa respecto de una comedia, que carece de toda intriga. Apenas se ausenta D. Juan, vuelve su criado á buscar una caja, que habia quedado olvidada; encuentra á Doña Isa-

bel; y como si esta ignorase que iba á embarcarse su amante, se sobresalta con la noticia, y encarga al criado diga á su amo que venga á verla á todo trance. Los espectadores esperan hallar un motivo poderoso para esta cita; pero cuando ven que tan inútil y arriesgado llamamiento se dirige solamente á que Doña Isabel repita á su amante lo que acababa de oirle pocos minutos ántes, la frialdad se apodera de todos; por que el medio, como ya hemos dicho, es de suyo pueril, no está motivado, y no tiene nada de dramático. Muñoz, que escondido debajo del canapé oye el recado de Doña Isabel para D. Juan, se lo cuenta á su amo; y este, sospechando alguna intriga, medita fingir que sale de casa, y entra luego por la puerta falsa, á fin de escarmentar á los dos amantes. En efecto lo verifica asi; todo sale á medida de su deseo; consiguiendo por único triunfo que D. Juan, creyéndose burlado por Doña Isabel, se marche despechado, y que esta resuelva encerrarse en un convento.

Muchos censuran semejante desenlace, que segun la marcha de la accion es enteramente postizo. Hallan en él un resultado triste, desfavorable, y aun terrible para la virtud, y útil y ventajoso á los celos, carácter y avaricia de un viejo imprudente y necio. En vano se esfuerza Moratin en defenderle, creyéndole muy moral; circunstancia, que le alucinó hasta el punto

de no conocer la falta de arte, con que le habia dispuesto, y de persuadirse tambien que para mudarle sería menester alterar todo el plan. Convenimos desde luego de buena fé en esta alteracion, por que el actual del Viejo y la Niña no merece tal nombre; mas no por eso juzgamos fundada la opinion de su estimable autor; pues de semejante variacion no se sigue que no sea tan postizo el desenlace de esta comedia, como otro que se le diese á una accion falta de intriga, esto es, á una accion, que nada tiene que desenlazar, y que sigue su marcha sin contratiempos, sin accidentes, y sin obstáculo alguno, y que llega á su término natural, como sucede á las demas cosas en el mundo.

En cuanto á la moralidad del mismo desenlace, que su autor encarece bastante, contraponiéndola irónicamente á la cómoda y flexible moral de algunos, no podemos ser tampoco de su misma opinion. Créemos, como él, que la moral debe ser austera; pero tambien creemos que nunca debe presentarse abrumada con su propio peso, ni ménos con tal aparato, que nos haga estremecer; por que entónces puede producir resultados enteramente contrarios á los que se esperan, esto es, el efecto moral puede ser destruido por la moralidad misma. Hacer por una parte victimas de su propia virtud á dos seres, que se nos pintan dignos de mejor suerte, amontonando desdichas sobre ellos hasta el punto de

conducirlos á la desesperacion; y presentar al mismo tiempo por otra un viejo necio y achacoso, que por capricho, por miras de avaricia y de lascivia, causa todas aquellas desgracias; y el mismo, que, en vez de recibir el pago de su miseria y desatinado casamiento, queda tranquilo en su casa, satisfecho su primer antojo, reducido á su antiguo y habitual método de vida, con la economía, á que su ruindad natural le arrastra; es un contraste, que, ademas de ser en si demasiado violento, no nos parece ni muy cómico ni muy moral. No por otra causa que se ha fijado siempre por ley invariable, que en el teatro sea la virtud premiada y el vicio castigado; y que cuando aquella sucumba, jamas quede impune su opresor. Ni conduce al objeto cómico, ni tampoco al moral, que el desenlace sea desgraciado para las personas, que llegan á interesarnos en la escena; por que puede ser muy moral, y tambien muy cómico, teniendo éxito diferente. Hágase, si se quiere, conmover el ánimo durante la accion; pero dejese el fin triste y doloroso para la implacable musa de la tragedia.

Apesar de estos leves lunares, que por mas que un autor se esfuerce, no pueden ménos de encontrarse aun en las obras mas cercanas á la perfeccion; los planes dramáticos de Moratin están bien meditados. Los desenlaces de sus comedias, esceptuando el de que hemos hablado,

son naturales, consiguientes á la accion misma, y no previstos de tal manera, que el espectador los adivine desde el primer acto. ¿Quien es capaz de preveer el desenlace de la Mogigata? Los hechos, que le preparan, se van encadenando en él de tal modo, que, despues de haber hecho vacilar al espectador, todo se presenta natural y verosimil. La presencia del demandadero descubre el robo y arterías de *Perico*, este declara haber entregado la mayor parte del dinero á su amo, y D. Claudio, viéndose reconvenido ágriamente, y creyendo serlo por el verdadero motivo de su intriga, la confiesa sencilla y francamente, dejando desatado con suma gracia el nudo fundamental de la accion.

El término cómico de la intriga no puede reunir bien en un punto único todos los intereses principales del drama, si el órden y enlace de escenas no ofrece en su combinacion el movimiento y unidad dramática, que debe haber en cada uno de los actos, para que de uno en otro se estreche el nudo hasta la catástrofe. Nuestro poeta conocia perfectamente esta parte interesante del artificio cómico; y si bien pudieramos notar alguna escena, que carece de influjo directo en el movimiento del drama; tambien es cierto que, á semejanza de lo que sucede con los monólogos, se hacen aquellas á veces necesarias, sino se quiere sacrificar muchas bellezas al vano empeño de ceñirse á un rigorismo es-

crupuloso. Por esta razon vemos que Moratin no tuvo reparo en poner hasta nueve soliloquios en su mejor comedia, el *Si de las Niñas*; aunque en nuestro juicio hay algunos ociosos, que hubiera podido suprimir fácilmente, sin necesidad de alterar el plan, como son el de D. Cárlos en la escena 9.ª, y el de D. Diego en la escena 13.ª del acto segundo.

Al fin de cada acto se suspende oportunamente el interes, para mantener dispierta la curiosidad de los espectadores hasta el inmediato, y de uno á otro van cruzándose con artificio cómico los intereses parciales para producir el general del drama, el cual sabe Moratin sostener hasta la última escena sin debilitarle con parlamentos de suyo inútiles y perjudiciales siempre al desenlace, despues que este ha fijado la suerte de todos los interlocutores.

Siguiendo el órden natural de las leyes peculiares de la poesía cómica, hemos llegado á un punto inmediato á la conclusion del juicio de las obras dramáticas de Moratin. Mas si al manifestar las dotes relevantes de este célebre autor, nos hemos visto en la sensible precision de mezclar con los elogios la severidad de la crítica; nos queda ahora la dulce satisfaccion de que, en la parte restante para completar el juicio, que nos hemos propuesto formar de este poeta insigne, puede nuestra pluma ensalzar sin reparo al cómico filósofo y emitente, que tanto

lustre ha dado á la literatura española. Nuestro ánimo, mas flexible para las alabanzas que para la censura, se complace en detenerse en aquellas, despues de haber tocado ligeramente en esta, á la manera de un navegante, que anhela abreviar su curso por el atlántico, para concluirle tranquilamente en el mar pacífico.

Fácil será deducir de las sobresalientes cualidades, que hemos hallado hasta ahora en Moratin, cual será la que por su importancia viene á ser el colmo del arte, y el triunfo mas completo del poeta dramático. Y efectivamente ¿que es una comedia, si falta en ella la fuerza cómica y la moral? De que sirve la estricta observancia de las reglas del arte, sino hay vida en los caracteres, movimiento en las pasiones, viveza y espresion en el diálogo, interes y artificio dramático en las situaciones? Será acaso la estatua de Galatea; cuya hermosura no era bastante para satisfacer los deseos de un hombre, miéntras estuvo privada de la vida, que luego le infundieron los Dioses. ¿Y quien podrá con justo título llamarse alumno digno de Talía, si falta en sus arreglados, pero yertos dramas, aquel soplo vital, que consiste en la fuerza cómica? ¿Y quien, si no tiene aquel genio privilegiado, que jamas se adquiere, podrá lisongearse de acertar, observando solamente las reglas del arte?

Despues de haber estudiado Moratin la índole propia de la poesía dramática, se dedicó

á buscar en la sociedad, libro inagotable de bellezas de todas clases, las que necesitaba para componer sus cuadros. Allí reconoció, que si bien los preceptos de Aristóteles y de Horacio bastan para disponer con acierto una fábula cómica, son insuficientes y enmudecen, cuando se trata de pintar al hombre. Una observacion constante y una juiciosa esperiencia le hicieron comprender practicamente, que si hay varios modos de pintar la naturaleza, hay tambien algunos preferibles á otros; y que para llenar dignamente el objeto, que se propone la comedia, ha de preceder la eleccion de los medios; eleccion, que no puede ser acertada, sin hallarse dotado de un tacto muy fino, y de un gusto muy depurado. Y finalmente su profunda penetracion filosófica le hizo ver en el teatro, no un simple pasatiempo, no una linterna mágica, donde se suceden figuras y monstruos quiméricos, que no dejan en el alma impresion alguna favorable para la conducta de la vida; sino por el contrario, una escuela de costumbres, de moral y de cultura pública y privada; la cual puede contribuir en parte á perfeccionar la educacion, que no todos reciben completamente en su infancia, á rectificar el juicio, y á desterrar del alma sentimientos falsos, fantásticos y exagerados, que no estan conformes con la verdad de las cosas.

Penetrado de estos principios, que ni han sido, ni serán jamas destruidos por el espíritu ro-

mancesco, dedujo una consecuencia innegable, á saber: que los verdaderos elementos de la buena comedia son la fuerza cómica de los caracteres, la pintura fiel de las costumbres, el movimiento de las pasiones, las situaciones esencialmente dramáticas, la naturalidad y sencillez del estilo y del lenguaje, y la conveniencia del diálogo con la condicion particular de las personas, que intervengan en la accion. Halló la fuerza de los caracteres en aquellos rasgos atrevidos y valientes, que no dejan duda ninguna de la índole moral del sugeto, y que influyen eficazmente en el movimiento dramático. Sacó la ridiculez del fondo de estos mismos caracteres, de las maneras, de los hábitos, y de la espresion, que es propia de cada uno de ellos. Pintó las costumbres y las pasiones con fidelidad y tino filosófico, tomando de ellas la parte ridícula, ya para censurarla, ya para dar mas realce á los caracteres. Se valió en fin de las manías de estos, y de los motivos de interes de la fábula, para combinar las situaciones cómicas, que con tanta verdad nos presenta; bosquejando siempre sus cuadros en un lenguaje y estilo dignos de su pluma, y en diálogos tan verdaderos, tan animados, y tan eminentemente cómicos, que dificilmente se hallarán otros iguales en los dramas antiguos y modernos.

Si hubiesemos de confirmar con pruebas la fuerza cómica de las obras de Moratin, solo po-

dríamos verificarlo copiando la mayor parte de sus comedias: tanto abunda en ellas esta apreciable cualidad. Pero semejante tarea ademas de ser cosa superflua para los que las han leido con reflexion, haría escesivamente difusa esta memoria. Bastará presentar algunos trozos de ellas, aunque vacilamos en su eleccion, por el fundado temor de dejar postergadas infinidad de bellezas precisamente, tratándose de unas piezas en donde con tanta profusion se encuentran.

La fuerza cómica procedente de los caracteres, costumbres, pasiones, situaciones y diálogo natural, brilla sobremanera en la escena 1.ª del 2.º acto del *Viejo y la Niña*. La suspicacia de D. Roque y la malicia de Muñoz, la mentecatez del primero y la cuerda esperiencia y desenfado del segundo, están presentados á toda luz con toques tan decididos y magistrales, con un colorido tan fuerte y propio, y con tales máximas de mundo, que este interesantísimo diálogo sorprende y embelesa al espectador con una apariencia de verdad, que parece superior á los esfuerzos del ingenio. Muñoz, con mas conocimiento del corazon humano que su amo, se niega á espiar los pasos de los dos amantes, y pinta los inconvenientes de semejante encargo en este bellísimo trozo.

Yo lo diré:
Yo lo diré claro y presto.
Que no quiero andar fisgando,

Que no quiero llevar cuentos
Entre marido y muger.
Yo sé muy bien lo que es eso.
Está un marido rabiando,
Hecho un diablo del infierno
Contra su muger; encarga
Para apurar sus recelos
A un criado, que la observe
Palabras y pensamientos.
Bien: observa, escucha, cuenta
Lo que vió, y arma un enredo
De mil demonios. Hay riñas,
Lloros, furias, juramentos,
Gritos..... La muger conoce,
Y es fácil de conocerlo,
Que toda aquella tronada
Vino por el soplonzuelo.
Trama un embuste, de suerte
Que el marido hecho un veneno
Se irrita contra el fisgon,
Le atesta de vituperios,
Y le echa de casa. Agur:
Perdió de una vez su empleo.
Pues cierto que las mugeres
No tienen modo de hacerlo
Con primor. Está el marido
Rechinando, y ¿qué tenemos?
Nada..... Viene la Señora:
El se encrespa, bien, y luego
Anda el mimito, el desmayo;

La lagrimilla, el requiebro
Y ¿qué se yo? De manera
Que destruye en un momento
Cuanto el amo y el criado
Proyectaron. Y yo creo
Que cuando un marido tiene
Medio trabucado el seso
Con las caricias malditas,
Irá en mal estado el pleito
Del chismoso del criado:
Porque ellas no pierden tiempo.
Entónces entra el decir,
Que es un bribon, embustero,
El pobre corre-vé-y dile,
Respondon, pelmazo, puerco,
Con un poco de borracho
Y otro poco de ratero.
El maridazo es entónces
Voto de amen, no hay remedio:
Ella logra cuanto quiere
De este modo, y..... Yo me entiendo.

Obsérvese que en este pasage, lo mismo que en toda la escena, á que pertenece, se reunen cuantos requisitos son necesarios para darle toda la fuerza cómica, que en él admiramos. El carácter de Muñoz, aunque ya conocido anteriormente, aparece aqui con nuevo vigor. Su esperiencia maliciosa hace una pintura de las pasiones y costumbres domésticas con tal donaire, y dándoles tal viso de ridiculez, que el espectador

aplaude riyendo el cuadro fiel que describe este personage.

No ménos que en esta escena, brilla tambien la fuerza cómica de Moratin en la 3.ª del primer acto de la *Comedia nueva.* Admirable es en ella ciertamente el contraste, que resulta de la burlona socarronería de D. Antonio, al lado de la simple candidez de D. Eleuterio, y de la impaciencia y poco sufrimiento de D. Pedro. ¡Que rasgos tan cómicos encierra el pasage, en que, enfadado D. Eleuterio por haber oido decir á D. Pedro que su comedia es disparatada esclama:

D. ELEUTERIO.

» ¡Vaya que es tambien demasiado! ¡Disparates!
» Pues no, no la llaman disparates los hombres
« inteligentes, que han leido la comedia. Cierto
» que me ha chocado. ¡Disparates! Y no se vé
» otra cosa en el teatro todos los dias, y siem-
» pre gusta, y siempre lo aplauden á rabiar.

D. PEDRO.

» ¿Y esto se representa en una nacion culta?

D. ELEUTERIO.

» ¡Cuenta que me ha dejado contento la espre-
» sion! ¡Disparates!

D. PEDRO.

» ¿Y esto se imprime, para que los estrangeros
» se burlen de nosotros?

D. ELEUTERIO.

» ¡Llamar disparates á una especie de coro en-
» tre el Emperador, el Visir, y el Senescal! Yo

» no se que quieren estas gentes. Si hoy dia no
» se puede escribir nada, nada que no se muer-
» da y se censure. ¡Disparates! ¡Cuidado qué.....

PIPÍ.

» No haga usted caso.

D. ELEUTERIO.

» Yo no hago caso; pero me enfada que hablen
» asi. Figúrate tú, si la conclusion puede ser mas
» natural, ni mas ingeniosa. El Emperador está
» lleno de miedo por un papel, que se ha en-
» contrado en el suelo sin firma, ni sobrescri-
» to, en que se trata de matarle. El Visir está
» rabiando por gozar de la hermosura de Mar-
» garita, hija del Conde de Strambangaun, que
» es el traidor.....

PIPÍ.

» ¡Calle! ¡Hay traidor tambien! ¡Como me gus-
» tan á mi las comedias en que hay traidor!"

Nos es muy sensible no poder trasladar ín-
tegra esta escena eminentemente cómica, por
no permitirlo su estension. Pero fácil es adver-
tir cuantas bellezas se descubren en un espacio
tan corto. ¡Que situacion la de D. Eleuterio,
cuando vé despreciar una comedia, que él juz-
gaba su obra maestra! *¡Disparates!*, dice asom-
brado, y repite despues en cada cláusula *¡dis-
parates!*, para espresar la admiracion, que le ha
causado semejante blasfemia. Mas, como si de-
biera sobreponerse al insulto, que acababa de
sufrir, y como si nada tuviese que temer de

la crítica, se dirige, ¿á quien? á la persona mas nula en materias literarias, á Pipí, al mozo del Café, para enterarle de la intriga del drama. Yo no hago caso; (dice) pero me *enfada que hablen asi*. ¡Que rasgo tan cómico, y cuanta fuerza dá al carácter del personage! Y ¡que simplicidad tan naturalísima, y tan propia de un ignorante de buena fé, encierra la esplicacion, que hace D. Eleuterio de la intriga del drama, y cuanta contiene la original salida de Pipi: ¡Calle! ¡Hay traidor tambien! ¡Como me gustan á mi las comedias, en que hay traidor!

La *Comedia nueva* está toda sembrada de bellezas, nada inferiores á estas. Pero ¿se desea ver hasta donde alcanza la fuerza cómica de Moratin? Abrase el *Si de las Niñas*, y donde quiera que hable Doña Irene, se observará llevada esta misma fuerza al mas alto grado de perfeccion. Las escenas 4.ª y 5.ª del primer acto son un testimonio de lo que acabamos de decir; mas la 11.ª del 3.º, en que D. Diego trata de manifestar á Doña Irene el engaño, que padecía respecto de la inclinacion de Doña Paquita, es á nuestro juicio donde mas sobresale la fuerza cómica del carácter de aquella vieja original.

Doña Irene.

» Con que, Sr. D. Diego ¿es ya la de vámonos?...
» Buenos dias.... ¿Reza usted?

D Diego.

» Si, para rezar estoy yo ahora.

DOÑA IRENE.

» Si usted quiere ya pueden ir disponiendo el
» chocolate, y que avisen al mayoral, para que
» enganchen luego que.... ¿Pero que tiene usted,
» Señor?.... Hay alguna novedad.

D. DIEGO.

» Si, no deja de haber novedades.

DOÑA IRENE.

» Pues que?..... Digalo usted por Dios..... Vaya,
» vaya!.... No sabe usted lo asustada que estoy....
» Cualquiera cosa, asi, repentina, me remueve
» toda y me..... Desde el último mal parto, que
» tuve, quedé tan sumamente delicada de los ner-
» vios.... Y ya va para diez y nueve años, sino
» son veinte, pero desde entónces, ya digo, cual-
» quiera friolera me trastorna..... Ni los baños,
» ni caldos de culebra, ni la conserva de tama-
» rindos, nada me ha servido; de manera que.....

D. DIEGO.

» Vamos; ahora no hablemos de malos partos
» ni de conservas..... Hay otra cosa mas impor-
» tante de que tratar..... ¿Que hacen esas mu-
» chachas?

DOÑA IRENE.

» Están recogiendo la ropa y haciendo el cofre,
» para que todo esté á la vela y no haya de-
» tencion.

D. DIEGO.

» Muy bien. Sientese usted..... Y no hay que
» asustarse ni alborotarse por nada de lo que

» yo diga; y cuenta no nos abandone el juicio, » cuando mas le necesitámos.... su hija de usted » está enamorada....

DOÑA IRENE.

» ¿Pues no lo he dicho ya mil veces? Si Señor » que lo está, y bastaba que yo lo digese pa- » ra que.....

D. DIEGO.

» ¡Este vicio maldito de interrumpir á cada pa- » so! Dejeme usted hablar.

DOÑA IRENE.

» Bien, vamos, hable usted.

D. DIEGO.

» Está enamorada; pero no está enamorada de mí.

DOÑA IRENE.

» ¿Qué dice usted?

D. DIEGO.

» Lo que usted oye.

DOÑA IRENE.

» ¿Pero quien le ha contado á usted esos dis- » parates?

D. DIEGO.

» Nadie. Yo lo sé, yo lo he visto, nadie me lo » ha contado: y cuando se lo digo á usted, bien » seguro estoy de que es verdad.... ¿Vamos, que » llanto es ese?

DOÑA IRENE.

» ¡Pobre de mi!

D. DIEGO.

» ¿Á que viene eso?

DOÑA IRENE.

» ¡Por que me ven sola y sin medios, y por que
» soy una pobre viuda, parece que todos me des-
» precian y se conjuran contra mi!

D. DIEGO.

» Señora Doña Irene.....

DOÑA IRENE.

» Al cabo de mis años y de mis achaques, ver-
» me tratada de esta manera: como un estropa-
» jo, como una puerca cenicienta, vamos al de-
» cir.... ¿Quien lo creyera de usted?.... ¡Valgame
» Dios!..... ¡Si vivieran mis tres difuntos!.... con
» el último difunto, que me viviera, que tenia un
» genio como una serpiente.

D. DIEGO.

» Mire usted, Señora, que se me acaba ya la
» paciencia.

DOÑA IRENE.

» Que lo mismo era replicarle que se ponia he-
» cho una furia del infierno; y un dia de Cor-
» pus, yo no se por que friolera, hartó de mo-
» gicones á un Comisario ordenador, y si no
» hubiera sido por dos padres del Cármen, que
» se pusieron de por medio, le estrella contra
» un poste en los portales de Sta. Cruz.

D. DIEGO.

» ¿Pero es posible que no ha de atender usted
» á lo que voy á decirla?

DOÑA IRENE.

» ¡Ay! no Señor, que bien lo sé, que no tengo

» pelo de tonta, no Señor.... Usted ya no quiere
» á la niña, y busca pretestos para zafarse de la
» obligacion, en que está..... ¡Hija de mi alma y
» de mi corazon!

D. Diego.

» Señora Doña Irene, hágame usted el gusto de
» oirme, de no replicarme, de no decir despro-
» pósitos; y luego que usted sepa lo que hay,
» llore, y gima, y grite, y diga cuanto quiera.....
» Pero entre tanto no me apure usted el sufri-
» miento por el amor de Dios.

Doña Irene.

» Diga usted lo que le dé la gana.

D. Diego.

» Que no volvamos otra vez á llorar, y á....

Doña Irene.

» No Sr., ya no lloro" (enjugándose las lágrimas).

¿Para que citar mas? Esta última espresion: *No Señor, ya no lloro,* es un rasgo cómico tan fino y propio del carácter singular de Doña Irene, que descubre cláramente su simpleza. ¡Que ilacion tan estraña de ideas ha precedido, y con cuanta destreza han sido combinadas, para hacer mas cómico este dicho en boca de Doña Irene! Solamente á consecuencia de repetidas observaciones se pueden llegar á sostener en esta anciana ideas y pensamientos tan inconexos y estravagantes; pero que están colocados todos con tanta oportunidad, que unicamente así producen un efecto admirable. Las impresiones de

una persona de este carácter son materiales, no se graban con fuerza en el alma; llora ó deja de llorar, cuando lo cree conveniente; ni hay ideas que labren en el espíritu, ni mas sensibilidad que la de los órganos materiales. ¡Seres privilegiados, que deben á la obscuridad de su entendimiento un grado de felicidad negado á los demas mortales! Mas no consiste en esto solo el mérito de Moratin. El lenguaje y el estilo son los de la verdad; pero de aquella verdad, que recibe en manos del artista un grado de belleza superior al que tiene en sí misma.

En el trozo, que acabamos de insertar, lo mismo que en el anterior, puede verse con cuanta facilidad y maestría manejaba Inarco su lengua nativa. Las frases vulgares, los modismos y los epitetos estan empleados con propiedad, y sin aquella profusion, que descubre el empeño de rebutir con ellos el diálogo. „Al cabo de mis » años, y de mis achaques (dice Doña Irene) ver» me tratada de esta manera, como un estropajo, » como una puerca cenicienta, vamos al decir...." Y mas adelante „¡Ay! no Señor, que bien lo sé, » que no tengo pelo de tonta, no Señor..." Ademas el lenguaje de Moratin es castizo y puro, y el estilo fácil, correcto y elegante, aun cuando aparente el desorden y desaliño, que corresponde á la persona, que habla, como lo demuestran estas palabras de D. Claudio en la escena 14 del acto 2.° de la Mogigata.

¿Que me ha de azotar?.... Sí, ¡toma!
¡Mi padre es un pobre viejo,
Con mas vanidad y mas
Trampas! y anegado en pleitos,
Que le desuellan..... D. Luis
No sabe palabra de eso;
Pero, amiga, sino fuera
Porque es del ayuntamiento,
Y á cuantos encuentra al paso
Los lleva á la cárcel presos,
Y luego sudan..... ¡por fuerza!
Para salir; no hay remedio....
Si el año que por desgracia
No multamos, no comemos.

Si se quiere una prueba del estilo y lenguaje, que empleaba Moratin cuando tomaba el tono serio, que puede admitir la Comedia, no habrá mas que leer el trozo siguiente de la escena 5.ª del acto 2.º del *Si de las Niñas* puesto en boca de D. Diego: „¡Mandar, hija mia!...... » En esas materias tan delicadas los padres, que » tienen juicio no mandan. Insinuan, proponen, » aconsejan; eso sí, todo eso sí; pero mandar!.... » ¿Y quien ha de evitar despues las resultas fu» nestas de lo que mandaron?...... ¿Pues cuantas » veces vemos matrimonios infelices, uniones » monstruosas, verificadas solamente por que un » padre tonto se metió á mandar lo que no de» biera?.... ¡Eh! No Señor, eso no va bien...: etc."

A la pureza del lenguaje se vé unida en es-

te trozo la correcta sencillez de un estilo fácil, pero pausado y grave, cual corresponde al juicio de D. Diego; y la repeticion de la frase *¡pero mandar!* ademas de dar fuerza al pensamiento, aumenta la sencillez y verdad del estilo.

Cuando Moratin se halla impelido por un movimiento de indignacion filosófica, su estilo es fogoso y valiente, su diccion robusta, la rapidez de los periodos indica la de la pasion, que agita al personage, que habla, y su sencillez y su verdad son siempre las mismas. Véase el bellísimo trozo de la escena 8.ª del tercer acto del *Si de las Niñas*, en que D. Diego describe la falsa educacion, que reciben las jóvenes.

» Vé aquí los frutos de la educacion. Esto es
» lo que se llama criar bien á una niña: ense-
» ñarla á que desmienta y oculte las pasiones
» mas inocentes con una pérfida disimulacion.
» Las juzgan honestas, luego que las ven ins-
» truidas en el arte de callar y mentir. Se obs-
» tinan en que el temperamento, la edad ni el
» genio, no han de tener influencia alguna en
» sus inclinaciones, ó en que su voluntad ha de
» torcerse al capricho de quien las gobierna. To-
» do se las permite, ménos la sinceridad. Con
» tal que no digan lo que sienten; con tal que
» finjan aborrecer lo que mas desean; con tal
» que se presten á pronunciar, cuando se lo man-
» den, un sí perjuro, sacrílego, origen de tantos
» escándalos, ya están bien criadas; y se llama

» escelente educacion la que inspira en ellas el
» temor, la astucia, y el silencio de un esclavo."

Un poeta dotado de tantas ventajas para cultivar el arte dramática con éxito favorable, que manejaba la sátira y el gracejo cómico con tanta soltura y oportunidad, no podia ménos de hacer sus diálogos sumamente vivos, variados y amenos. Y en efecto, cualquiera que examine con reflexivo detenimiento los que contienen sus comedias, no cesará de admirar la magia encantadora, con que estan escritos; aquel *no sé qué* particular, que resplandece en ellos, independiente del arte, del raciocinio, y del conocimiento práctico del mundo; y el cual proviene sin disputa de un don singular, que la naturaleza reparte con mucha economía entre los hombres. Ya tome el tono grave y mesurado de la razon y de la autoridad, como en las escenas 3.ª del primer acto, y 5.ª del 2.º de la *Comedia nueva;* ya imite el tono y zafio lenguaje de un patan, como el Pascual del *Baron;* ya quiera burlarse de la pedantería y de la petulancia indiscreta, pintándolas en los estraordinarios caracteres, que acertó á dar á D. Hermógenes y á Doña Agustina; de todas maneras, supo hacer contrastar en sus diálogos, alternativamente cortados ó sostenidos, no solo las cualidades opuestas de sus personages, sino tambien las frases y estilo convenientes á su educacion, á sus pasiones, y á sus ridiculeces. Solamente deja Moratin de pa-

recerse á sí mismo, cuando hace hablar á sus enamorados. Ya manifestamos ántes, hablando de los del *Viejo y la Niña*, nuestra opinion acerca de este punto, y aun añadimos entónces que se habia corregido muchísimo en el del *Si de las Niñas*. Sin embargo, no es dificil descubrir en la escena entre D. Cárlos y Doña Paquita el esfuerzo y la violencia, con que el autor escribia los diálogos amorosos. Véase una prueba de ello. Llega D. Cárlos, vé á su querida, y dice:

„ Paquita.... ¡Vida mia! Ya estoy aquí.... ¿Có» mo va, hermosa, como vá?"

Esta frase interrogativa nada significa en boca de un enamorado; es espresion tibia, indiferente, para quien está agitado de una idea mas fuerte, mas interesante. Ya sabe por Rita que Doña Paquita esta buena, no hay para que preguntarlo. El amor es, ó muy afluente, ó muy lacónico. En el primer caso, el fuego se manifiesta en las palabras y en los ademanes, y ni las unas ni los otros recaen jamas sobre ideas agenas del afecto, que domina el alma. En el segundo, si se vale del silencio, se espresa con los ojos y con estremada energía; pero si emplea la palabra, cada una es un pensamiento, una imágen, un cuadro de todas las afecciones del ánimo. Por esta razon no pueden admitirse en los diálogos amorosos palabras, que no denoten ideas de la pasion. Ni hay tampoco en el enlace de las interlocuciones aquella facilidad, con que

se ligan las frases de una y otra persona en los demas diálogos del autor; no obstante distinguirse este, de que hablamos, de otros de su misma especie.

Pero desentendiendonos de una circunstancia accidental, que no menoscaba el mérito intrinseco de nuestro poeta; veamos como sabía este manejar el diálogo, dándole fuerza cómica, gracia y novedad. Sirva de muestra uno sumamente chistoso, que forma la escena 7.ª del acto 3.º del *Viejo y la Niña*, y que es un escelente modelo del arte de ligar las interlocuciones sin violencia, y con una rapidez estraordinaria.

BLASA.

¿Que es eso, Señor Muñoz?
¿Os meten miedo las hembras?
Si os estorbo.....

MUÑOZ.

Sí, me estorbas.

BLASA.

Con que os estorbo ¿De veras?

MUÑOZ.

No tengo gana de hablar.

BLASA.

¿Con que me iré?

MUÑOZ.

Cuando quieras.

BLASA.

¡Qué ceño! Desde que estoy
En esta casa perversa,

Nunca os he visto reir.
Siempre con mal gesto.

MUÑOZ.

Y ella,
Siempre hablar, que te hablarás.

BLASA.

Hago bien que tengo lengua.

MUÑOZ.

Hace mal.

BLASA.

No, sino bien.

MUÑOZ.

Vaya, no tengamos fiesta.

BLASA.

Quiero hablar.

MUÑOZ.

Calla (*amenazándola.*)

BLASA.

Si quiero
Hablar. ¡Dale! Hay tal cansera!
Fastidiosazo de viejo.

MUÑOZ.

Mira.....

BLASA.

Cara de laceria.

MUÑOZ.

Sí.....

BLASA.

Rodrigon, pitarroso;
Judas: rabia, rabia.

MUÑOZ.

Espera."

Una gran parte de la comedia se compone de diálogos semejante á este en gracia y soltura.

En el *Baron* hay varios de tanto mérito como los del Viejo y la Niña: tales son los contenidos en las escenas 2.ª 4.ª y 6.ª del acto 2.°

El mismo gracejo, la misma facilidad, la misma soltura se advierte en los sostenidos; y el tino, con que se vale de las transiciones, para imitar la inconexion de ideas propia de la conversacion familiar, y evitar la apariencia de un discurso ordenado, aumenta en gran manera la naturalidad de ellos. No podemos resistir al deseo de copiar el siguiente trozo de la escena 4.ª del acto 1.° del Si de las Niñas.

DOÑA IRENE.

» Es muy gitana y muy mona, mucho.

D. DIEGO

» Tiene un donaire natural, que arrebata.

DOÑA IRENE.

» ¿Que quiere usted? Criada sin artificio ni em-
» belecos de mundo, contenta de verse otra vez
» al lado de su madre, y mucho mas de consi-
» derar tan inmediata su colocacion; no es ma-
» ravilla que cuanto hace y dice sea una gracia,
» y máxime á los ojos de usted, que tanto se ha
» empeñado en favorecerla.

D. DIEGO.

» Quisiera solo que se esplicase libremente acer-

» ca de nuestra proyectada union, y.....

DOÑA IRENE.

» Oiría usted lo mismo que le he dicho ya.

D. DIEGO.

» Sí, no lo dudo; pero el saber que la merez-
» co alguna inclinacion, oyéndoselo decir con
» aquella boquita tan graciosa, que tiene, sería
» para mí una satisfaccion imponderable.

DOÑA IRENE.

» No tenga usted sobre ese particular la mas le-
» ve desconfianza; pero hágase usted cargo de
» que á una niña no la es lícito decir con in-
» genuidad lo que siente. Mal parecería, Señor
» D. Diego, que una doncella de verguenza y
» criada como Dios manda, se atreviese á decirle
» á un hombre: yo le quiero á usted.

D. DIEGO.

» Bien: si fuese á un hombre, á quien hablara
» por casualidad en la calle, y le espetará ese favor
» de buenas á primeras, cierto que la doncella
» haría muy mal; pero á un hombre, con quien
» ha de casarse dentro de pocos dias, ya pudie-
» ra decirle alguna cosa que.... Ademas, que hay
» ciertos modos de esplicarse....

DOÑA IRENE.

» Conmigo usa de mas franqueza. A cada instan-
« te hablamos de usted, y en todo manifiesta el
» particular cariño, que á usted le tiene.... ¡Con
» que juicio hablaba ayer noche, despues que
» usted se fué á recoger! No sé lo que hubiera

» dado por que hubiese podido oirla.

D. DIEGO.

» ¿Y qué? ¿Hablaba de mi?

DOÑA IRENE.

» ¡Y que bien piensa, acerca de lo preferible que
» es para una criatura de sus años, un marido
» de cierta edad, esperimentado, maduro, y de
» conducta....!

D. DIEGO.

» ¡Callé! ¿Eso decía?

DOÑA IRENE.

» No, esto se lo decia yo, y me escuchaba con
» una atencion como si fuera una muger de cua-
» renta años, lo mismo.... ¡Buenas cosas la dije!
» Y ella, que tiene mucha penetracion, aunque
» me está mal el decirlo.... ¿Pues no dá lastima,
» Señor, ver como se hacen los matrimonios hoy
» en el dia? Casan á una muchacha de quince
» años con un arrapiezo de diez y ocho: á una
» de diez y siete con otro de veinte y dos: ella
» niña, sin juicio ni esperiencia, y él, niño tam-
» bien, sin asomo de cordura, ni conocimiento
» de lo que es mundo. Pues, Señor, (que es lo
» que yo digo) ¿quien ha de gobernar la casa?
» ¿Quien ha de mandar á los criados? ¿Quien ha
» de enseñar y corregir á los hijos? Por que suce-
» de tambien, que estos atolondrados de chicos
» suelen plagarse de criaturas en un instante,
» que dá compasion.

D. Diego.

» Cierto que es un dolor el ver rodeados de hi-
» jos á muchos, que carecen del talento, de la
» esperiencia, y de la virtud, que son necesarias
» para dirigir su educacion.

Doña Irene.

» Lo que sé decirle á usted es, que aun no ha-
» bia cumplido los diez y nueve años, cuando
» me casé de primeras nupcias con mi difunto
» D. Epifanio, que esté en el cielo. Y era un
» hombre, que, mejorando lo presente, no es po-
» sible hallarle de mas respeto, mas caballero-
» so,..... y al mismo tiempo, mas divertido y de-
» cidor. Pues, para servir á usted, ya tenia los
» cincuenta y seis muy largos de talle, cuando
» se casó conmigo.

D. Diego.

» Buena edad..... No era un niño, pero....

Doña Irene.

» Pues á eso voy..... Ni á mí podia convenirme
» en aquel entónces un boquirrubio con los cas-
» cos á la gineta...... No Señor..... Y no es decir
» tampoco que estubiese achacoso ni quebran-
» tado de salud, nada de eso. Sanito estaba, gra-
» cias á Dios, como una manzana; ni en su vida
» conoció otro mal sino una especie de alferecia,
» que le amagaba de cuando en cuando. Pero
» luego que nos casamos dió en darle tan á me-
» nudo y tan de recio, que á los siete meses me
» hallé viuda, y en cinta de una criatura, que

» nació despues, y al cabo y al fin se me murió
» de alfombrilla.

D. Diego.

» ¡Oiga!.... Mire usted si dejó sucesion el bueno
» de D. Epifanio.

Doña Irene.

» Si Señor, ¿pues por qué no?

D. Diego.

» Lo digo por que luego saltan con.... Bien que
» si uno hubiera de hacer caso..... ¿Y fué niño
» ó niña?

Doña Irene.

» Un niño muy hermoso. Como una plata era
» el angelito.

D. Diego.

» Cierto que es consuelo tener así una criatu-
» ra y.....

Doña Irene.

» ¡Ay Señor! Dan malos ratos, ¿pero qué im-
» porta? Es mucho gusto, mucho.

D. Diego.

» Yo lo creo.

Doña Irene.

» Si Señor.

D. Diego.

» Ya se vé que será una delicia y.....

Doña Irene.

» ¿Pues no ha de ser?

D. Diego.

» Un embeleso el verlos juguetear, y reir, y

» acariciarlos, y merecer sus fiestecillas inocentes.

Doña Irene.

» ¡Hijos de mi vida! Veinte y dos he tenido en
» los tres matrimonios, que llevo hasta ahora, de
» los cuales solo esta niña me ha venido á que-
» dar; pero le aseguro á usted que....."

¡Que talento el de Moratin para envolver las invectivas con las mismas ideas, que combate, apoyadas al parecer, en boca de sus interlocutores! El interes de Doña Irene consiste en sostener que á una niña la conviene un hombre de cincuenta á sesenta años, por que esta es la edad, que tiene D. Diego: para demostrarlo se pone á sí misma por ejemplo, y con él prueba precisamente lo contrario de lo que intenta. Y el bondadoso y apasionado D. Diego, á quien el autor hace incurrir únicamente en la insensatez de creer que no hay absoluta incompatibilidad en edades tan opuestas para el matrimonio, no conoce tampoco el contraprincipio de Doña Irene, y se deja llevar de ilusiones, que son demasiado tardías para sus años. Esta es la fuerza cómica y moral de un drama: este es el sello de la buena comedia.

Si la moderada estension, que debe darse á una simple memoria nos hubiese permitido esplayar nuestras ideas sobre la materia de que tratamos, hubieramos tenido la mayor satisfaccion en hacer una análisis escrupulosa del *Si de las Niñas*, pieza en que se encuentran reuni-

das todas las dotes eminentemente cómicas de Moratin. En ella se hubiera visto un plan, no solo trazado segun las reglas del arte, sino dispuesto con tal maestría, que no se advierte el menor descuido, no se olvida ninguna circunstancia, no queda suelto ningun hilo de la trama, ántes bien todo está preparado con artificio natural, para que los antecedentes se liguen con los hechos que se suceden. Calamocha y Rita se encuentran oportunamente, y por un medio bien calculado y dirigido. La entrevista de los dos amantes se verifica en el único tiempo, que podian escoger al efecto; esto es, en el momento de estar los dos viejos reunidos para cenar; y el encuentro de D. Diego con D. Cárlos solamente podía suceder por la circunstancia de retirarse aquel á su cuarto. Doña Paquita no podia saber la ausencia de su amante sino por Simon, que subia de la cocina para acostarse, cuando aquella pasaba á su cuarto con el mismo objeto; y aun el acordarse Rita de sacar el tordo, hace mas verosimil la permanencia de Doña Paquita en la escena hasta la venida de aquel, y mas natural tambien la noticia de la marcha de los dos militares; produciéndose de este modo dos escenas de diverso carácter. Las molestias é incomodidades de una posada, escesivas en la época en que escribió Moratin, dan una causa verosimil para que D. Diego salga de su cuarto á respirar otro aire; y esta salida le propor-

ciona ser testigo de la bellísima escena 2.ª del tercer acto. El estravío del billete motiva la salida de la criada, y luego la de Doña Paquita; y la resolucion, que toma D. Diego, hace muy natural su encuentro con aquella, como tambien el diálogo interesantísimo, que ambos sostienen. Todo el tiempo que se emplea en este diálogo sirve para que se verifique el regreso de D. Cárlos, á quien el autor aleja muy poco de la puerta de la Ciudad, la cual se halla á corta distancia de la posada. Llega D. Cárlos, y miéntras su tio se informa de tan estraña aventura, la noche acaba, y comienza el amanecer; momento, en que Doña Irene debe dejar el lecho para continuar su viage. Hé aquí suspenso el diálogo de aquellos, y escondido D. Cárlos por fuerza. Nadie debería aparecer en la escena, miéntras D. Diego habla con Doña Irene; pero el carácter irreflexivo de esta muger singular, ocasiona primero la salida de su hija, luego la de Rita, y despues la de D. Cárlos, con lo cual se completa el desenlace.

Esta ligera esposicion del plan del *Si de las Niñas,* juntamente con otras circunstancias recomendables, que hemos notado en esta Comedia, al hablar en general de las principales condiciones dramáticas, dan un lugar muy preferente á D. Leandro Fernandez de Moratin. Por lo mismo no creemos ya necesario analizar mas las dotes eminentes, que le distinguen, como poeta

cómico, para hacer ver su mérito incontestable.

Hemos, pues, seguido, aunque con la rapidez que exige este escrito, la serie de raciocinios, que debió conducirle á estudiar, asi en los cómicos latinos como en los antiguos españoles, los diferentes senderos por donde, ó llegaron á la perfeccion, ó se desviaron de ella. Hemos indicado tambien la marcha, que se propuso seguir, para llevar á cabo la reforma de nuestro teatro; emulando asi la gloria del ilustre poeta, que emprendió y consumó la del teatro frances. Réstanos ya solamente presentar en resumen los importantes resultados de sus teorías dramáticas; las cuales hemos visto ántes aplicadas á la práctica de una manera tan magistral, como digna del claro ingenio, que tanto honor ha hecho á nuestra poesía cómica.

En efecto en cuanto á la fábula y su disposicion se distingue Moratin por una economía estraordinaria, que no perjudica al interes ni al movimiento de la accion. Sus comedias, aunque sugetas al rigorismo de las unidades llamadas clásicas, no se resienten de la violencia del yugo, que estas imponen, ni el plan esperimenta obstáculo alguno en su desarrollo progresivo; siendo esto una prueba de que el arreglo no se opone á la imaginacion; y tambien de que el genio de este autor sabía vencer las dificultades, que se le ofrecian, al disponer la fábula segun lo exigen los preceptos severos del arte.

Continuo observador del corazon del hombre, de sus debilidades, de sus miserias, y de los delirios, que convierten tan frecuentemente la sociedad en teatro de nuestra fragilidad y estravagancia, sabe este gran poeta revestirse del carácter que pinta; mover los afectos por medio de los resortes de la edad, de la educacion, y del temperamento de sus personages, y dejar ver en cada palabra un rasgo caracteristico de la pasion, dándole el colorido de la verdad, y sacando de su propio impulso el movimiento progresivo de la fábula.

Sus caracteres, si bien no constituyen el objeto principal de sus composiciones, están dibujados con suma correccion, al mismo tiempo que guardan consecuencia, y tienen mucha vida, vigor y valentía. Y tanto en estos, como en las pasiones que los animan, y en las situaciones á que dan lugar, sobresale la ridiculez que los distingue entre sí, con un tino y gracejo tan cercanos de la verdad y tan propios del buen gusto, como distantes de la exageracion y agenos de las formas quiméricas.

Las comedias de Moratin producen en los espectadores el mas vivo interes; no debiéndose este á situaciones terribles, y á declamaciones románticas, sino á la escitacion de aquella malignidad natural, que nos mueve á burlarnos de todas las debilidades, de que nos juzgamos exentos. En suma; el interes, que nos inspiran

nace de los caracteres, de las situaciones, y del diálogo; y este es el verdadero interes cómico, el que imprime en el alma sensaciones risueñas, la lisongea agradablemente, y la causa placeres mas duraderos.

Las incesantes observaciones de nuestro autor, y el estudio de los modelos mejores del arte, le hicieron fijar la atencion en la moral y en las costumbres: blanco invariable del numen, que le inspiraba. Y tal es su acierto en esta parte, que muy pocos podrán aventajarle ni en la pureza de aquella, ni en la pintura fiel de estas, consideradas en la clase media, que son las que debemos mirar como verdaderamente españolas. Así es que, ya se le juzgue como poeta cómico, ya como filósofo moralista, es sublime bajo ambos aspectos; pues si sabe desplegar el ceño mas adusto con las sales cómicas, que vierte sin intermision, sabe tambien presentar en los hechos las doctrinas mas sanas y juiciosas; y todo esto lo hace con tal destreza, que en lugar de ofender alhagan, y hasta los seres mas desmoralizados las apoyan y aplauden.

Este insigne poeta complicaba poco las intrigas de sus dramas; pero al mismo tiempo era acertado en la esposicion, fuera de algun leve lunar, que hemos notado en la del *Viejo y la Niña*, y en la del *Si de las Niñas* igualmente. Lo mismo podemos decir respecto del desenlace; pues si bien el de aquella comedia no llena,

á nuestro juicio, las condiciones del arte; los de las demas son naturales, fáciles, y no verificados por medios estraños á la accion.

Siendo tan arreglado en la disposicion de la fábula, es consiguiente lo sea tambien en el orden de los actos y escenas. Estas siempre están motivadas: los interlocutores no se presentan en la escena ni la abandonan tampoco por mero capricho, sino por un efecto de combinacion, que determina su voluntad. Los mismos nudos que estrechan los intereses parciales para formar el general, ligan tambien las escenas; y esto las autoriza, y aleja de ellas lo que de otro modo pareceria episodico. Pues, si bien la escena 5.ª del acto 2.º de la *Comedia nueva* puede reputarse por tal, la naturaleza y objeto de la fábula la hace indispensable, y aun la disculpa. Y por lo que hace al órden de los actos, á la conclusion de cada uno queda oportunamente suspenso el interes, para mantener dispierta de este modo la natural curiosidad de los espectadores.

En las obras de este célebre escritor se observa asi mismo una circunstancia, que no es indiferente, tratándose de un autor dotado para todo de un tino tan singular, y consiste en la division en tres actos, que adoptó en la mayor parte de sus comedias. Sin duda hubo de parecerle esta division, no solamente muy acertada, y á propósito para disponer bien un drama, sino al mismo tiempo la mas conveniente y aco-

modada á los teatros Españoles; en los cuales se mira con cierta repugnancia la division en cinco actos, aconsejada sin fundamento por Horacio, y adoptada sin examen por los franceses.

En cuanto á la fuerza cómica y moral procedente de los caracteres, situaciones, estilo y diálogo, hemos presentado pruebas tales, que no dejarán la menor duda de cuan dificil es igualar á Moratin en esta parte. El forma un modelo único entre nosotros, que solamente puede ser comparado á sí propio; pues si bien es cierto que en nuestro antiguo teatro se encuentran rasgos bellísimos de esta naturaleza, ningun poeta los reune con la abundancia que Inarco Celenio.

Su mérito como hablista, esto es, como escritor castizo y correcto, no admite contradicion. Ninguno ha sabido hablar en la escena como él lo ha hecho, con un lenguaje tan puro, con un estilo tan sencillo, tan natural, y al mismo tiempo tan elegante y espresivo. Y nadie tampoco ha acertado á emplear con tanta oportunidad los modismos de nuestra lengua, sin bajeza, sin faltar al decoro, y dándoles nueva alma por el arte de ingerirlos oportunamente en el diálogo. Pero en este es donde se funda con particularidad el principal mérito de Moratin. Aun, prescindiendo de las demas cualidades, que le recomiendan en alto grado, bastarán solamente sus inimitables diálogos, para gran-

gearle la reputacion, que ha obtenido tan justamente. En esta parte no reconoce rival, y es de temer que tarde mucho tiempo en encontrarle. ¡Ojalá que las vicisitudes de los tiempos no hubiesen cortado el vuelo á la imaginacion de Inarco! Entónces tal vez nos hubiera dejado mas crecido número de modelos que imitar. Pues si bien los pocos, que nos ofrece, son suficientes para perpetuar su nombre, y dirigir á la juventud por el sendero del buen gusto, nuestros ojos recorrerian gustosos cuantos cuadros hubiese querido colorir su envidiable pincel. De todos modos podemos afirmar, sin riesgo de ser desmentidos, que, aunque no son mas de cinco las comedias originales de D. Leandro Fernandez de Moratin, bastan por sí solas para calificarle de primer poeta cómico de nuestra nacion, y de ser tal vez el cómico en Europa, que puede rivalizar con el célebre Moliere.

Atrevida parecerá esta última proposicion á aquellos críticos franceses, que, guiados de un ciego espiritu nacional (loable si se quiere en el fondo), han dado á este escritor famoso una esclusiva preferencia. Y tan turbia tienen la vista, cuando la fijan sobre las producciones dramáticas de las demas naciones, que sin vacilar han establecido como un axioma, no solo que Moliere es el primer poeta cómico de Europa, sino tambien que *no tendrá rival.*

Si se hubiera sentado tan aventurada aser-

cion por una pluma nuestra en favor de un autor nacional, los estrangeros habrían derramado profusamente mil sarcasmos y diatribas contra lo que ellos entónces llamarian orgullo español, olvidándose del que ostentan cuando hablan de su literatura. Nosotros, sin detenernos á examinar hasta que punto llega su arrogancia, nos contentáremos con decirles que, así como en los siglos 16 y 17 eran sumamente apreciadas en Europa las producciones del teatro español, por que se dedicaron en todas partes á estudiar con empeño la hermosa lengua castellana, así en el dia desprecian cuanto producen nuestros ingenios, por que han abandonado el estudio de aquella. No es del caso presente indagar las causas políticas, que pueden haber influido en semejante abandono: lo que sí diremos es que no se deben á otra causa sino á una completa ignorancia de la lengua española los infundados juicios, que á veces hacen los críticos franceses de nuestras obras literarias. De otro modo ¿como era posible, por mas alucinados que estuvieran por sus poetas cómicos, que dejasen de conocer las bellezas inimitables de los diálogos de Moratin, tan superiores con mucho á los mas escogidos del padre de la comedia francesa? Pero siendo, por desgracia, tan cabal como inescusable su ignorancia, ¿como han de advertir ni saborear el delicado gusto de nuestro poeta en la eleccion de voces, en la opor-

tuna colocacion de nuestros modismos; en la correccion del lenguaje y del estilo, en la sencillez, nobleza y verdad, con que hace hablar á sus personages, y en el modo magistral de ligar las interlocuciones, dando al diálogo cierta naturalidad, que aparenta descuido y negligencia, sin haber lo uno ni lo otro? ¿Como, decimos, otra vez, han de notar esta suma de bellezas nada comunes en los teatros europeos, si desconocen de todo punto el habla cómica y encantadora de Cervantes? Precisamente ha sido Moratin el único poeta cómico, que á principios del siglo presente ha manejado la lengua castellana con mas chiste, pureza y elegancia. Y precisamente, cuando ya la gloria literaria de Inarco habia llegado á su apogéo, cuando algunas de sus comedias habian sido traducidas al italiano y aleman; esplicaba un crítico frances (1) un curso de literatura en el Atenéo de Paris; y aunque varias veces hacia aplicacion de sus doctrinas á las producciones cómicas de diversos paises, y con particularidad á las comedias de Moliere, que en su opinion son las mejores del universo, jamas sospechó siquiera que hubiese en nuestro suelo un autor dramático, que se dejaba oir con sumo gusto en el teatro, y que merecia de sus compatriotas el renombre de Moliere español. Ni por consiguiente le

---

(1) Lemercier.

fué posible recelar que ese autor rivalizase con el héroe de su teoría cómica; por que es cosa indudable que, ó no conoce á fondo nuestra lengua, ó no llegó á su noticia el nombre del poeta insigne, que entre los españoles modernos tuvo el privilegio de aumentar el repertorio de los teatros estraños.

Mas sea de esto lo que fuese, y desentendiéndonos de las gratuitas aserciones de los críticos franceses, vamos á dar una prueba de hecho, que basta por sí sola para manifestar que nuestro Moratin no solo era un cómico eminente, sino tambien un ingenio capaz de partir el campo con el Menandro francés.

Es ya una verdad incontestable que para traducir una composicion dramática con la perfeccion, que se requiere, el traductor debe saber tan á fondo la lengua del original como la suya propia, y tener tambien por lo ménos igual genio y suma de conocimientos que el autor de quien traduce; á fin de que los pensamientos, el estilo, la espresion de los caractéres, y la fuerza cómica, no sufran el detrimento, que casi siempre esperimentan las obras de esta clase, cuando se trasladan á una lengua estraña. Sentado este principio, examínense con detencion las traducciones de la *Escuela de los maridos* y del *Médico á palos*, con que Moratin enriqueció nuestra escena; cotéjense despues con sus originales; y dígase luego de buena fé, si en

el tránsito de una lengua á otra han ganado mas bien que perdido estas composiciones, y si Moliere ha tenido intérprete mas digno. Veamos, pues, que senda siguió Moratin en su desempeño, que alteraciones hizo en el plan, y de que manera supo acomodar la *Escuela de los maridos* á tiempos mas modernos, y al gusto y carácter de la escena española. Pero dejemos que lo diga el mismo Inarco, quien, hablando como por tercera persona, se espresa en estos términos.

» Ha traducido á Moliere con la libertad, que » ha creido conveniente, para traducirle en efec» to y no estropearle; y de antemano se com» place al considerar la sorpresa, que debe cau» sar á los criticadores la poca exactitud, con que » ha puesto en castellano las espresiones del ori» ginal, cuando hallen páginas enteras, en que » apenas hay una palabra, que pueda llamarse » rigurosamente traducida. ¿Quien le perdonará » la osadía de omitir en su version pasages en» teros, abreviarlos ó dilatarlos, alterar algunas » escenas, conservar en otras el resultado, pres» cindir del diálogo, en que las puso el autor, » y substituir en su lugar otro diferente? Esto » no se llama traducir, esclamarán llenos de ce» lo y de erudita indignacion.

» Creia Moratin que siempre se habian tra» ducido mal en español las comedias de Mo» liere; por haber llegado á persuadirse que lo

» que es gracioso y espresivo en frances conser-
» vará su gracia y energía traduciéndolo literal-
» mente; por haberse impuesto la ley de no
» añadir ni alterar nada de lo que dijo el autor;
» quedando por consiguiente sin compensacion
» las muchas bellezas, que se pierden en el pa-
» so de una lengua á otra; por no haberse atre-
» vido á modificar, ó suprimir del todo, lo que
» el buen gusto y la decencia repugnan ya, lo
» que exigen otros tiempos y otras costumbres,
» tan diferentes de las que el autor conoció. Tra-
» ducciones desempeñadas con tan escrupulosa
» fidelidad, en vez de recomendar la obra, que
» copian, la deterioran y la desacreditan.

» Suprimió, pues, el traductor de esta come-
» dia las digresiones, que halló en el original, re-
» lativas á los trages, que se usaban en Francia
» en el año de 1661; entónces y ahora imper-
» tinentes á la fábula. Motivó las salidas y en-
» tradas de los interlocutores, donde vió que Mo-
» liere habia descuidado este requisito. Añadió
» á las ficciones de la astuta Isabel (llamada en
» la traduccion Doña Rosa) todo el cúmulo de
» circunstancias indispensables para hacer el en-
» gaño verosimil, y de consiguiente disminuyó
» por este medio la estúpida credulidad de Sga-
» narelle (D. Gregorio) que en la pieza francesa
» es notoriamente escesiva. Omitió en el diálo-
» go muchas espresiones, que, si fuéron aplau-
» didas cuando se escribieron, ya no las sufre

» la decencia del teatro. Hizo desaparecer en el
» carácter de Isabel la indecorosa desenvoltura,
» con que, abandonando su casa, va derecha á la
» de su amante (á quien no conoce sino de vis-
» ta) para entregarse en sus manos, y autorizarle
» á que disponga de ella á su voluntad.

» *Allons sans erainte aucume*
» *A la foi d'un amant cometre ma fortune.*

» Nada de esto hay en la traduccion. Nada
» hay tampoco de los incidentes violentos, que
» preparan el desenlace, cuando escondida la
» pupila (sin dejarse ver de ninguno), el galan
» desde la ventana, los dos hermanos, el comi-
» sario y el escribano desde la calle, ajustan el
» casamiento, sin que se averigue primero quien
» es la que se casa: y á la luz de un farol atro-
» pellan y firman un contrato de tal entidad; en
» lo cual no parece sino que todos ellos han
» perdido el juicio, segun son absurdas las incon-
» secuencias, de que abunda aquella situacion.
» El traductor desechó todo esto, y simplifican-
» do el desenredo, conservó la sorpresa sin per-
» juicio de la verosimilitud; y en él, como en
» toda la comedia, añadió nuevos donaires có-
» micos, y nuevos rasgos característicos, para su-
» plir con ellos lo que podia perderse en los pa-
» sages, que le fué necesario variar ó suprimir.
» La comedia española (decia frecuentemente
» Moratin,) ha de llevar basquiña y mantilla; y
» si en las piezas originales, que compuso, se ad-

» vierte religiosamente observada esta máxima,
» puede asegurarse que en la *Escuela de los ma-*
» *ridos* no aparece el menor indicio de su pro-
« cedencia: tal es la imitacion fiel de las cos-
» tumbres nacionales, que en ella se advierte; y
» tal es el diálogo castellano, con que supo ani-
» marla y hacerla española."

Y hablando de la traduccion del *Médico á palos,* dice „Siguió en la version de esta pieza
» los mismos principios que le habian dirigido
» en la precedente. Simplificó la accion, despo-
» jándola de cuanto le pareció inútil en ella.
» Suprimió tres personages, *Mrs. Robert, Thibant*
» *y Perrin*, y por consiguiente dejó perder la
» graciosa escena 2.ª del primer acto, y la 2.ª del
» 3.º, para no interrumpir la fábula con distrac-
» ciones meramente episodicas, sugetándola á la
» estrecha economía que pide el arte: sin la cual
» á fuerza de ornatos viciosos se entorpece la
» progresion dramática, y se debilita el interes.
» Redujo á tres las cinco palizas, que halló en
» la pieza original. Pasó en silencio la existen-
» cia inútil de un amante, que no aparece en la
» escena, y esta omision le facilitó el medio de
» dar á la resistencia obstinada de D. Gerónimo
» un motivo mas cómico, y mas naturalidad al
» desenlace.

» Omitió igualmente las lozanías y espresio-
» nes demasiado alegres del supuesto médico,
» que no se hubieran tolerado en ningun teatro

» de España, y se hallan en la escena 1.ª del pri-
»mer acto, en la 4.ª 5.ª y 7.ª del segundo, y en la
» 3.ª del tercero de la obra francesa; y persua-
» dido de que las imágenes asquerosas ni son
» donaires cómicos, ni deben presentarse jamas
» á un auditorio decente, omitió lo que hay de
» este género en la escena 6.ª del acto segundo,
» y en la 5.ª del acto tercero del original. Si
» Moliere viviese, haría en esta y otras piezas
» suyas las mismas correcciones con mas seve-
» ridad y mayor acierto.

» En las ediciones francesas se advierte que
» la escena es en el campo; pero si por esto se
» entendiese unidad de lugar, seria equivocarse
» mucho. El primer acto de la comedia de *El
» médico á palos* debe representarse en un mon-
» te; los dos siguientes en una sala de la casa
» de D. Gerónimo. Si Moliere (que no es crei-
» ble) imaginó que la escena fuese constante-
» mente la misma, no dispuso su fábula en tér-
» minos de que pudiera verificarse; y si en el
» teatro se hiciese la prueba de no mudar de
» decoracion, segun se ha indicado, resultarian
» impropiedades demasiado absurdas. Esta come-
» dia no admite unidad de lugar.

» Nada resta que decir acerca de la traduc-
« cion, sino que Moratin supo darla todo el aire
» de originalidad que necesitaba, para hacerla
» mas agradable al público español que habia de
» oirla; y en efecto representada en el teatro

» de Barcelona el dia 5 de Diciembre de 1814,
» el concurso, reconociendo la fuerza cómica de
» que abunda en la accion y el diálogo, unió
» á los elogios del poeta frances los que le pa-
» reció que merecian las frecuentes infidelidades
» del traductor."

Los dos juicios de Inarco, que acabamos de insertar, nos dispensan de formar el nuestro, el cual, si bien conforme con aquellos, no seria tan fundado, ni en él resplandeceria el criterio sólido, que distingue á aquel gran maestro. Nos contentaremos, pues, solamente con observar que, si las alteraciones sustanciales, que hizo Moratin en esas dos comedias, no pueden ser ni aun imaginadas por los que carecen de ingenio; si los pasages modificados de mil maneras, conservando sin embargo el carácter y fuerza cómica del original, suponen en el traductor dotes equivalentes á las que brillan en el poeta que traduce; debemos concluir necesariamente que nuestro árcade podia rivalizar con el padre de la comedia francesa.

Mas si la prueba que hemos dado no bastase para confirmar una opinion, repugnante á muchos, que ven en el dramático frances un coloso invencible, el juicio comparativo de las cualidades cómicas, que distinguen á entrambos autores, hará patente una verdad, que no es ya para nosotros un problema.

No cabe duda en que el poeta frances, apro-

vechándose de los restos del teatro latino, y de la mina inagotable, que ofrecian á su laboriosidad y talento las copiosas producciones de las escenas italiana y española; formó un caudal de cualidades cómicas, con el cual ha conseguido perpetuar su nombre. Dotado de ingenio perspicaz, de imaginacion viva, y del gracejo cómico, que tanto resalta en sus obras, se propuso, no solo reformar el teatro de su nacion enteramente corrompido por el mal gusto, sino tambien ofrecer en sus comedias un resultado de utilidad notoria, atacando con las armas poderosas de la ridiculez, los vicios y estravagancias, de que adolece cada una de las diversas clases del estado civil. Espuso, pues, á la irrision pública los resabios perjudiciales de las costumbres de su tiempo; pintó una porcion de caracteres diferentes con todos los rasgos ridículos, que suele infundirles la profesion, ó el estado; atacó el egoismo, la avaricia, la presuncion, la vanidad, la pedantería de todas especies, el falso honor: todo, en fin; suministró materia digna de ejercitar su vena cómica; pudiendo asegurarse que apenas hay costumbres viciosas ó defectos dignos del escarnio general, que hayan podido evitar la férula de este dramático célebre.

Moratin, que como ya hemos dicho, pintó tambien costumbres y caracteres, aunque fijándose mas particularmente en aquellas; no pudo hacer tan estensiva su censura como la del poe-

tà frances; por qué no se halló como este, en situacion tan aventajada para conseguirlo. Hubo de seguir el impulso, que le daban las circunstancias; se amortiguó su espíritu, cesó el estímulo que le habia animado á salir á la palestra cómica; y aunque dotado de incalculables ventajas para continuar gloriosamente la carrera, que habia emprendido, el torrente de una revolucion asombrosa las inutilizó, arrebatándole para siempre de la republica literaria. No es, por lo mismo, de admirar que se encuentre en Moliere mayor número de cuadros sobresalientes; puesto que su pluma pudo estenderse con mas amplitud que la de Moratin. Sin embargo, veremos que este presenta en sus obras dramáticas cualidades tan eminentes como las de aquel, y algunas tambien superiores á las del mismo.

Moliere, empapado en la lectura de los cómicos españoles é italianos, de quienes tomó la mayor parte de sus bellas escenas, no pudo prescindir de dar á sus fábulas aquel fondo de intriga, que era tan conforme al espíritu de un siglo, en que aun conservaba su antiguo ascendiente el gusto de las intrigas complicadas. Mas moderado y juicioso en esta parte que los italianos, pero ménos ingenioso que los españoles, ni cayó en los *imbroglios* de aquellos, ni llegó á urdir un enredo cómico con tanta facilidad y destreza como estos. Al mismo tiempo, deseoso de consiliar la complicacion de la intriga

con la observancia rigurosa de las unidades clásicas, cosa que no siempre puede conseguirse en la práctica, tropezó en escollos dificiles de evitar. La necesaria y árdua aplicacion, por ejemplo, de la ley que prescribe la unidad de lugar, le obligó en muchas comedias á poner la escena en la calle; de suerte que á ella salen de propósito los interlocutores á tratar los asuntos mas reservados, y no pocos que exigen indispensablemente su permanencia dentro de las casas. Huyó, pues, de un defecto, cometiendo otro tal vez mayor: quiso guardar la verosimilitud escénica, á espensas de la verosimilitud misma.

Moratin combinó de tal modo sus planes, que consiguió observar con todo rigor la unidad de lugar, sin tropezar en ninguno de sus diversos inconvenientes. Sabía muy bien que la complicacion de la intriga pocas veces puede conciliarse con la observancia de esta regla; y así procuró siempre disponer sus fábulas con la mayor sencillez. Renunció, pues, á las comedias de intriga, y dejó á Moliere la gloria de ser el mas aventajado entre los poetas modernos para disponer un enredo cómico.

Pero al renunciar á esta ventaja, no quiso ser tenido por inhabil para aspirar á ella; y así en la *Mogigata* y en el *Sí de las Niñas* nos presentó dos fábulas, que si bien no son de las mas complicadas, están preparadas y conducidas con el ingenio y arte necesarios para manifestar que

su autor podia ejercitarse con honor y sin recelo en la comedia de intriga. Por otra parte mas arreglado y escrupuloso en la formacion de sus planes que el poeta frances, emplea con mucha sobriedad los medios de accion, huyendo de esta manera de todo lo que pudiera juzgarse como meramente episódico. A Moliere, por el contrario, no le detenia semejante escrupulo en la combinacion de los suyos; y por eso vemos que en el Tartuffe, á pesar de ser la mejor de sus comedias, el 2.º acto no es mas que un puro episodio, y el 5.º una amplificacion inútil de la intriga; cuya verdad se demostrará cuando hablemos del desenlace. En casi todas las comedias de este autor se hallan escenas, que pueden desprenderse del cuadro sin alterarle, como se advierte en el *Avaro*, en la *Escuela de los maridos*, en el *Médico á palos*, en el *Enfermo de aprension*, en el *Bourgeois Gentilhomme* y en otras, sin contar las que compuso bajo las formas peculiares de la comedia episódica. Tampoco tuvo reparo en introducir en sus dramas personages inútiles, y solo necesarios para ostentar su habilidad y genio dramático, creando escenas cómicas, si bien agenas de la accion. Examínense con detenimiento los planes, que supo formar Moratin, y tan solo se verá en ellos lo absolutamente necesario al desarrollo de la fábula, y al complemento del objeto cómico y moral. que se propuso este autor; bien al con-

trario de Moliere, que peca de tal manera en superfluo, que sus escenas son lánguidas muchas veces por su escesiva estension, por el prurito de aparecer filósofo razonador, y por el empeño de ensanchar el campo para desenvolver sus caracteres.

El título mayor de gloria del poeta francés, consiste en la maestría, con que pintó los caracteres. Esta es la cualidad mas eminente de sus obras, y en que precisamente debe ser imitado. En sus comedias todos los resortes de la accion están subordinados al objeto principal, esto es, al mayor realce posible del carácter, que se proponia poner en escena. Muchas veces sacrificaba la sencillez y la verosimilitud al ídolo de su fantasia; y con tal que el carácter apareciese con aquellos rasgos ridículos, que el veía en su imaginacion, con tal que estos produgesen situaciones capaces de escitar fuertemente la risa de los espectadores, tenia en ménos la regularidad, la economía del plan, la conveniencia y la verdad. Basta la simple inspeccion de las farsas de *Mr. de Pourcegnac*, le *Bourgeois Gentilhomme*, y *les Fourberies de Scapin*, para no dudar de lo que decimos. Nadie puede negar á Moliere una habilidad estraordinaria para pintar caracteres; pero nadie negará tampoco que impulsado del grande objeto que le dirigia, les daba por lo general un colorido tan escesivamente exagerado, que muchos de ellos mas bien

son caricaturas y monstruos quiméricos, que imitaciones de la naturaleza. ¿Qué verdad, que imitacion del hombre hay en el estúpido personage de Mr. Jourdain, transformado en Mamamonchi? Y es de notar que el empeño de Moliere llega hasta suponer estremadamente crédulos, y aun estúpidos, á los personages que adorna con caracteres estraordinarios; por que solo así podia producir situaciones tan increibles y bufonescas, como las que contienen sus farsas *Mr. Jourdain*, *Mr. de Pourceangnac*, *Sganarelle*, en la Escuela de los maridos, *Mr. Geronte* en les Fourberies de Scapin, y otros que se asemejan á estos, no pueden ser reputados como caracteres ideales, sino como quiméricos. (1) El idealismo en las artes de imitacion no se aparta nunca de la naturaleza: sería un error creer lo contrario. Las engrandece, sí, reuniendo partes escogidas análogas al objeto que se propone el artista; pero este jamas dá cabida á las que se desvian demasiado de la idea comun, que se tiene de las

(1) Moliere adquirió del teatro italiano el gusto de los caracteres bufonescos exagerados. El antiguo teatro Español fué siempre muy parco en esta especie de gracejo cómico. Solamente desde fines del siglo 17, esto es, desde la decadencia de nuestro teatro, fué cuando se empezaron á ver en nuestra escena *figurones* ó personages como *D. Lucas del Cigarral*, el *Domine Lucas*, el *Hechizado por fuerza*, y otros que corresponden exactamente al género que mas ha cultivado Moliere.

Este autor siguió tambien la costumbre de nuestros antiguos poetas; haciendo valientes á los amos y cobardes á sus criados; y suponiendo que estos requiebran á las criadas, imitan los galanteos de sus señores, y concluyen por casarse.

cosas; á fin de que nunca se eche de ménos en sus obras aquella indispensable verosimilitud, esto es, aquel grado posible de verdad, que, presentando los objetos en contacto con la naturaleza, nos oculta la intencion y la mano del autor. Si en los caracteres cómicos se acinan confusamente hechos y dichos, que no se observan en la naturaleza, y son por consiguiente contrarios á la verdad; podrá tal vez lograrse con ellos hacer reir á los espectadores; mas tambien es cierto que frecuentemente, á pesar de la risa, fulmina la sensatez la crítica mas amarga. No siempre la risa es garante del mérito cómico de una obra. Las farsas hacen reir aun á los hombres sensatos; pero los hombres sensatos y de buen gusto no aplauden nunca las farsas. Mas podriamos arguir, que pues las farsas producen la risa, llenan perfectamente el objeto del teatro cómico. Cuestion es esta sobre la que pudieramos hablar largamente, pero para no desviarnos demasiado de nuestro principal objeto, nos contentaremos con decir, que así como en los varios alimentos, de que hacemos uso, hay algunos muy groseros, y tambien otros muy delicados; unos muy útiles para la nutricion y otros nocivos al cuerpo humano; de la misma manera distinguimos la risa hija del alma, de la que solo proviene de los sentidos. Aquella procede de las sensaciones mas delicadas del espíritu, y nos es útil, por que, al paso

que ejercita nuestra sensibilidad natural, puede corregirnos y mejorarnos; miéntras que esta otra, resultando tan solo de impresiones fuertes causadas en aquellos, es moralmente inútil, frívola en sí misma, y muchas veces perjudicial. Nótese la diferencia, que hay entre la risa, que producen las comedias de Moliere, y la que escitan las de Moratin, y se conocerá la exactitud de nuestra comparacion. Si es risible ver al Avaro agarrar su propio brazo, creyendo que es el del ladron que le ha robado; si lo es ver á Pourceangnac acosado por la ayuda del boticario; si lo es igualmente contar los palos, que dentro un costal recibe Mr. Geronte de mano de Scapin; tambien es cierto que semejantes juguetes de escena no son los mas seguros títulos de gloria de un poeta cómico. ¿Quien duda que el severo Boileau habria reido alguna vez con las farsas de Moliere? Pero eso no impidió que aquel crítico juicioso censurase la conducta de tan grande autor, el cual, á su modo de ver, hubiera podido alcanzar la supremacía en el arte, si hubiese observado la condicion espresada en estos versos:

Si moins ami du peuple, en ses doctes peintures,
Yl n'ênt pas fait souvent grimacer ses figures,
Quitté pour le bouffon l'agréable et le fin,
Et sans honte á Térence allié Tabarin.

He aquí un defecto de que nadie podrá tachar á nuestro Moratin. Los caracteres, que pin-

tó este, son verdaderos y sencillos, nada hay en ellos, que no esté dentro de los límites de la naturaleza. Hasta el pedante *D. Hermógenes*, cuyo carácter parece ser el mas recargado de los que dibujó; tiene cierto aire de verdad, que le quita ante la razon toda repugnancia. En fin, semejante á *D. Hermógenes* pudiera presentarse algun modelo; nosotros hemos conocido uno; (1) pero ni aun reuniendo todas las estravagancias humanas en una sola persona, puede formarse un hombre tan falto de luz natural como *Mr. Jourdain*.

Lo que no tiene duda es que Moliere quiso ganar los sufragios del pueblo; de otro modo parece inconcebible, que un poeta, que sabia pintar con tanta fuerza y delicadeza al *Misantropo y á Tartuffe*, incurriese en tantas groserias y bufonadas, como se hallan en sus farsas, que desdicen del tono de la verdadera comedia, de los preceptos de la sana moral, y de las máximas del buen gusto. Este contraste singular debió causar á Boileau la misma estrañeza que á nosotros, cuando dice:

(1) D. Diego Rabadan, mercader de libros en Madrid, hombre singular y de carácter verdaderamente cómico. Dotado de mucha erudicion, pero falto de criterio y buen gusto; obstinado en ser poeta, á despecho de Apolo y del Parnaso entero; dió no poco que reir à los muchos curiosos, que de intento le escitaban por mofa á que recitase sus estravagantes y numerosísimas composiciones. Le cogió la muerte todo embebido en la idea lisongera de ser el primer poeta del mundo.

Dans ce sac ridicule où Scapin s'enveloppe,
Je ne reconnais plus l'auteur du Misantrope.

Y no por eso se ha de creer que el Misantropo sea inferior en fuerza cómica y moral á los que ya hemos designado: léjos de eso, les aventaja en tan gran manera, que solamente el carácter de este personage era suficiente para labrar la reputacion de Moliere, si el de Tartuffe no la hubiese llevado todavia á mas alto punto.

Y en efecto ¿que carácter puede sufrir un paralelo con el de Tartuffe? Tal vez se podria aventurar la proposicion de que en ningun teatro antiguo ni moderno se hallaría un carácter pintado con tanta valentia y verdad como este, con tal solidez y tino filosófico. En *Mme. Pernelle y en Orgon*, personages de la misma comedia, encontramos ciertamente buenos caracteres; pero en estos se descubre mas ficcion que realidad, mas arte cómico que naturaleza. Orgon y Mme. Pernelle son en lo cómico lo que son en la pintura las caricaturas. Hay alguna parte de arbitrariedad en sus formas, que no se oculta á los ojos de los inteligentes, por mas que la risa de los espectadores lo aplauda. Pero del mismo modo que un dibujo de Rafael será preferido siempre á la mejor caricatura; así tambien aquellos caracteres, que se asemejan al de Tartuffe en la correccion y la verdad, serán antepuestos en todos tiempos á los que se parezcan á los de Orgon y Mme. Pernelle.

Es indudable que cuanto mas se medita sobre el carácter de Tartuffe, mas se admira al filósofo profundo, que tanto habia penetrado los secretos del corazon humano, y que con tanta maestría y gracia sabia mover sus poderosos resortes. La astucia y la destreza, con que ocultaba sus verdaderas intenciones, son firmes, constantes, y forman un carácter tal, que no se desmiente, sino cuando le es ya inútil valerse de los mismos recursos que ántes. Si cuando intenta seducir á Elmire, esta le recuerda su conducta devota, encuentra disculpa en esta cómoda y laxa moralidad:

Ah! pour être dévot, je n'en suis pas moins homme:
Et lorsqu' on vient á voir vos célestes appas,
Un coeur se laisse prendre, et ne raisonne pas.

Aqui comienza á descubrir su verdadero carácter; pero se eleva sobre manera, cuando sorprendido por *Damis*, y acusado ante *Orgon*, se vé precisado á revestirse del que su astucia le ha sugerido; consiguiendo con su tono de compuncion hacer mentira la verdad, y confundir á su acusador.

Ah! laissez-le parler; vous l'acussez á tort,
Et vous ferez bien mieux de croire á son rapport.

....

Non, non: vous vous laissez tromper á l'apparence;
Et je ne suis rien moius, hélas! que cequ'on pense.

....

Oni, mon cher fils, parlez; traitez-moi de perfide,

D' infâme, de perdu, de voleur, d' homicide;
Accablez-moi de noms encor plus détestés;
Et j'en y contredit point, je les ai mérités;
Et j'en veux á genoux seuffrir l' ignominie,
Comme une honte dûe aux crimes de ma vie.

Nada dice Tartuffe que no sea verdad; pero sabe muy bien que esta misma verdad ha de salvarle, y ha de perder á su contrario. Escena bellísima y de un mérito superior, imitada por Iriarco en la Mogigata con bastante acierto.

Destruidos todos los proyectos de Tartuffe, y conocido ya del único á quien mas le importaba engañar, rompe el dique á su dañado corazon, y su maldad no encuentra obstáculos. Desafia el enojo del hombre á quien tanto ha ofendido; emplea cuantos medios estan á su alcance para arruinarle; y aunque ya son inútiles el esterior y las palabras de afectada mansedumbre, con que ántes se disfrazaba, todavia conserva el hábito de servirse de un lenguaje, que no es el propio de sus verdaderos sentimientos. Así es que, cuando va á conducir preso á Orgon, y este le llena de improperios, Tartuffe, con palabras que en su boca son ya blasfemias, y con aquel tono tranquilo y falso de un hipócrita consumado, le contesta:

Vos injures n'ont rien á me pouvoir aigrir;
Et je suis, pour le ciel, appris á tout souffrir.

Ultimo rasgo, que acaba de caracterizar al inimitable personage de Tartuffe.

El mismo principio, que nos dicta los elogios de que juzgamos digno el bello carácter de Tartuffe, nos impone igualmente la obligacion de manifestar algunos rasgos de este, que se hallan en contradicion, en nuestro juicio, con la idea, que de aquel debe formarse. El primero consiste en admitir sin reparo la donacion, que le hace *Orgon* de sus bienes; donacion ilegal, por cuanto es en perjuicio de sus hijos, á los que en ningun pais regularmente organizado se les puede desheredar sin causa legítima. Tartuffe no debe ignorar esto, por que no es un necio; al contrario, es un hombre de mundo, sagaz, artero, falso, y por lo mismo ha de conocer precisamente que, puesta en litigio, seria anulada semejante donacion. Por consiguiente parece que su conato no debia fundarse en adquirir derechos quiméricos, sino en estafar á *Orgon* cuanto pudiese, todo el tiempo que durase su engaño. El segundo estriba en que, suponiéndose en Tartuffe dotes no vulgares de entendimiento, es poco verosimil que caiga con tanta facilidad en el lazo, que le arma *Elmire*. Esta en su primera entrevista con aquel le habia manifestado una virtuosa resistencia; y su cambio en la segunda es tan repentino, á nuestro modo de ver, que debe infundirle sospechas. Su posicion es tan critica, tan delicada, que como hombre astuto y de mundo, no debia confiarse muy fácilmente. Verdad es que Moliere escribió este

segundo diálogo con mucha sagacidad, destreza y maestría, empleando en él todo su talento y genio para obviar esta objecion, que sin duda alguna previó. Pero á pesar de cuanto dice, no creemos que consiguió desvanecerla. ¡Cuanta mas fuerza hubiera tenido el carácter de Tartuffe, si ántes del 2.° coloquio hubiese habido otro, en que *Elmire*, lisongeando algun tanto sus deseos, le hubiese inspirado la confianza, que en el 2.° diálogo aparece escesiva sin esa preparacion anterior!

Apesar de estos ligeros lunares, confesamos ingenuamente que no hay en las comedias de Moratin ningun carácter, que pueda compararse con el de Tartuffe, ni en la solidez, ni en la grandeza del dibujo, ni en la robustez del colorido. Ignoramos hasta que punto hubiera sobresalido el poeta español en esta parte interesantísima de la poesía cómica, si, prescindiendo de la pintura fiel de las costumbres, hubiese formado empeño en pintar caracteres. Pero si hemos de juzgar por los hermosos rasgos, que brillan en el corto número de sus composiciones, debemos creer que en este punto hubiera llegado á ser tan eminente como Moliere; y aun añadimos, que tal vez hubiera dibujado caracteres ménos inconsecuentes que los de este autor. Y puesto que ya hemos visto los defectos del mas perfecto del teatro frances, veamos ahora tambien los que contienen el *Misantropo* y

el *Avaro*, que á juicio de los inteligentes son de los mas escogidos del mismo poeta.

Alceste es un personage, cuya severa moral no puede sufrir la maldad de los hombres; y llega á tal estremo su intolerancia, que no solamente los delitos, sino tambien las debilidades mas comunes irritan su austeridad y su orgullosa virtud; por esta causa aborrece la especie humana; por esto es un verdadero misantropo. ¿Pero cabe en una persona de este temple amar ciegamente á una jóven murmuradora, bachillera, y por último coqueta? ¿Cabe en un sugeto de tan austero carácter como Alcestes, de tanta delicadeza y pundonor, degradarse hasta el estremo de proponer á su amada que elija entre él y Oronte, hombre despreciable y enemigo suyo, como si se tratase de algunos muebles de prendería? ¿Cabe, no se diga en un misantropo, pero ni en un hombre bien avenido con la sociedad, y que tenga sentimientos de amor propio, andar brindando con su mano á personas indiferentes como *Eliante*, por simples despiques propios de un jóven imberbe? ¿Y cabe, por último, que un sugeto, que ha sufrido tantas acciones indignas de una persona de honor sin que se haya disminuido su amor loco, sofoque tan instantaneamente su pasion, solo porque su amada no consienta, con muy justo motivo, en ir á hacer vida de anacoreta con un marido estravagante? A pesar del mérito que

brilla en el carácter de Alceste, no podemos ménos de creer que se desmiente en los hechos: no basta, pues, la fuerza del amor para variar la conducta de un hombre, que tiene por principio aborrecer á todos, y desconfiar hasta de sí mismo. Ademas de esto, el amor, que inspira una coqueta, mas depende de los sentidos que del corazon; y siendo así, no se concibe como Alceste se apasiona tan ciegamente de *Celimène*. Sobre todo, la escena 2.ª del acto 5.º es la que mas contradice á la indole propia del misantropo. Pero pasemos á examinar el *Avaro*.

Este carácter, llevado por partes al último estremo de la avaricia y la ruindad, no puede ménos de desmentirse, cuando vemos á *Harpagon* sosteniendo una gran casa con jardin, coche y muchos criados. En vano pretende el autor rebajar el lujo de Harpagon, haciendo que este apague por economía una de las dos velas, que ardian sobre la mesa; dando al cocinero tambien el empleo de cochero, y suponiendo muertos de hambre á los caballos: ni estos, ni el coche, ni el cocinero, ni los lacayos, ni una buena casa con jardin, entran jamas en los calculos de un miserable avariento, que quiere pasar por pobre; ó hemos de convenir forzosamente en que la avaricia es esplendida; cualidad que solo vemos asociada generalmente á la ambicion, que es muy diferente de aquella.

Si Moliere se hubiese atenido al espíritu del

Aulularío de Plauto, que imitó en parte, hubiera conseguido pintar realmente un avaro verdadero.

Ya digimos en otro lugar qué caracteres se encuentran en las comedias de Moratin, capaces de sufrir el cotejo con los de Moliere, esceptuando el Misantropo y el Tartuffe. Pero no debe nunca olvidarse que entre aquellos y estos media una notable diferencia; pues los del poeta español no se valen de juguetes de escena para tomar mas ensanches; ni se echa de ver en ellos, como en los del frances, el empeño de violentar las situaciones, para que se desarrollen mas desembarazadamente; ni se advierte que rayen en estravagancias pueriles y en arlequinadas, con solo el objeto de escitar la risa. Los caracteres de Moratin son muy sencillos; y mas bien estan en el alma que en el cuerpo de los personages, que es precisamente lo contrario de lo que sucede á la mayor parte de los de Moliere.

Los dos poetas, de que hablamos, penetraron perfectamente el verdadero espíritu de las pasiones cómicas. Conocieron qne se habia abusado escesivamente del colorido patético, por haberle juzgado el mas á propósito para producir interes en la escena; por haber creido equivocadamente que el alma puede soportar mucho tiempo las conmociones violentas ocasionadas por la escitacion forzada de la sensibilidad, sin que esta llegue á relajarse, y á dar lugar á la

frialdad ó la indiferencia. Asi ambos á dos desecharon igualmente semejantes recursos; por que creyeron, no sin razon, que los placeres del alma pueden prolongarse hasta lo infinito con el gracejo, sin temor de que el interes se entibie y desaparezca.

Moliere en su Tartuffe vistió con el manto de la risa un asunto del cual muchos modernos habrian formado un drama plañidor y sentimental; y sobre la base endeble de pasioncillas tan solo risibles, hubieran levantado un esqueleto trágico lleno de espanto, pero falto de verdad; y sobre todo privado de aquella sublime grandeza, que solamente se asocia á los afectos elevados y esencialmente trágicos. Así es que, cuando vemos algunas fábulas cómicas revestidas del aparato propio de la tragedia, se nos figura ver á un enano puesto en zancos para igualar á un gigante. No era este seguramente el camino, que debia seguir el ingenio ilustrado de Moliere: nació cómico, y no declamador elegiaco; y conocia demasiado el imperio de Talía, para imaginar siquiera que esta necesitase nunca del puñal de Melpómene. Moratin no ménos cuerdo en esta parte que su predecesor, si bien mas inclinado á la ternura, tal vez empleó este agente del interes para hablar al corazon, pero sin traspasar los limites, que prescribe la buena comedia; y al mismo tiempo que hace enternecer á sus oyentes en las bellísimas escenas 11.ª y

12.ª del 2.º acto, y 8.ª del 3.º del *Si de las Niñas*, deja ver tambien en ellas que tenia muy presente la humilde condicion del zueco.

De lo dicho puede inferirse, que en los dramas de estos dos poetas las pasiones son cómicas, y acomodadas al carácter y condicion de sus personages. Sin embargo, hay entre los dos en esta parte una notable diferencia. Moratin supo pintar las pasiones dentro de los limites razonables señalados por la buena moral y el decoro escénico. Moliere, ménos delicado en este punto, ó cediendo acaso al gusto dominante de su tiempo, las pintó en muchas ocasiones con demasiada libertad, traspasando de este modo sin reparo la linea de la decencia. Así no es de estrañar que se hallen á veces en sus comedias algunas lozanías, varias espresiones escesivamente alegres, y superabundancia de palos y bofetadas. Por esta razon le aventaja sin disputa nuestro Moratin en cuanto á la moralidad y decoro dramáticos; pues no se advierte en ninguna de sus fábulas la falta de ambas cualidades; lo cual sucede en alguna de las de Moliere, tales como *George Dandin*, *Le mariage forcé*, *Le cocu imaginaire*, *etc.*

Por lo mismo que estos dos grandes ingenios conocieron tan á fondo la esencia de la poesía cómica, y se desviaron del fácil y trillado camino de conmover al espectador, presentándole cuadros tristes y horrorosos de los pa-

decimientos humanos, procuraron que el interes dramático de sus poemas existiese en la intriga, caracteres, situaciones y diálogo. Moliere sabe mantener de tal modo el interes con la fuerza de sus caracteres, y con las situaciones cómicas, en que coloca á sus personages, si bien sacrificando por lo comun la mayor parte de las condiciones artísticas al deseo de brillar en aquellas, que muchas de sus comedias son únicamente galerías de retratos, ó cuadros tan sobre manera ridículos, que no dan tregua á la risa de los espectadores. Tales son *Les precièux ridicules*, *Le depit amoureux*, *Les fourberies de Scapin etc.*

En las comedias de Moratin no abundan á la verdad las situaciones sorprendentes, esto es, aquellas que producen un grande efecto teatral; pero las hay muy interesantes y sumamente bellas. Tales son las que ocasiona en el *Si de las Niñas* el encuentro inesperado de tio y sobrino, y la que despues resulta de la escena nocturna, y causa tan maravilloso efecto; las cuales no dejan duda de que Moratin sabia manejar las situaciones, como maestro versado en el arte.

Se ha dicho siempre, y á nuestro juicio con sobrado fundamento, que Moliere era generalmente poco feliz en los desenlaces; al paso que disponia con acierto la intriga, y manejaba con naturalidad la esposicion. En cuanto á esta parte del drama, no hallamos ninguna particulari-

dad notable que observar; pero sí debemos elogiar, como es justo, la de Tartuffe, que es la mas natural é ingeniosa, que se halla en todas sus comedias.

Por lo que hace á los desenlaces, son por lo comun lánguidos y frios, carecen de artificio cómico, y muchos de ellos son ademas atropellados. Y lo peor es, que tamaños defectos recaen con especialidad en sus mejores comedias. En efecto, ya hemos visto lo que dice Moratin del desenlace de la *Escuela de los maridos*; fíjese, pues, ahora la atencion en el del *Misantropo*, y se notará, que solo consiste en la divergencia de opinion de los dos amantes sobre un punto, en la realidad no tan importante como otros varios, que en el curso de la accion han debido exaltar mas la bilis de Alceste. Si cuando se descubre claramente la coquetería de Celimene, hubiese tomado el Misantropo el mismo partido, que los demas adoradores de aquella, la accion habria quedado desenlazada por un medio natural y verosimil. Pero despues de haber transigido Alceste con tanta locura, fatuidad y coquetismo, romper de pronto impulsado solamente de un capricho necio, hace sospechar que la accion queda en píe; por que aquella reyerta pueril no es suficiente para destruir de golpe una pasion amorosa tan fuerte como la que en él se supone.

La conclusion de la comedia del Avaro no

es tampoco muy satisfactoria. El protagonista es un usurero cruel, digno de un castigo muy severo: sus prestamos son verdaderos latrocinios; y sin embargo, las maldades de este hombre quedan impunes absolutamente. Las únicas inquietudes, que sufre por el robo fingido de los diez mil escudos, desaparecen con el hallazgo de su querida caja; y como todo lo demas nada le importa, queda ya por fin tranquilo y satisfecho.

El desenlace del Tartuffe no es mas feliz; pues consta de dos partes, de las cuales la segunda destruye el buen efecto de la primera. Esta se verifica al final del 4.º acto, cuando Tartuffe queda descubierto á los ojos de Orgon; y por lo mismo nos atrevemos á decir que el acto 5.º es un postizo, y que con algunas alteraciones, podria concluir la comedia en el anterior. Lo sustancial de la fábula, y los intereses particulares de todos los individuos, quedan desenvueltos y fijados en el acto 4.º. Es constante que la accion dramática esta en igual caso que cualquiera cuestion. ¿Sucederá, ó no, lo que se anuncia en la protasis? Este es el tema, y su solucion será el término natural de la intriga. ¿Qué es lo que se trata de manifestar en el Tartuffe? El resultado de una lucha entre la ficcion y la verdad; pintando las arterías de la una, y la ingenuidad y ciega confianza de la otra. No es el tema castigar la hipocresia, sino

desenmascararla: ni es el objeto poner á un falso devoto en manos del poder judicial, por que este es en todas parte muy limitado respecto de semejante especie de delitos, ó mas propiamente vicios, pues tan solo á duras penas puede dárseles aquel nombre; y cuando á ellos se asocia cualquiera accion criminal, esta es la que recibe el castigo, y no la astucia con que se perpetró. Así, en Tartuffe lo que realmente se castiga, es una multitud de maldades anteriores al hecho presente, á las que se agrega la ingratitud y traicion, con que intenta perder á su bienhechor, como puede inferirse de los siguientes versos, que dice el Exempto encargado de prenderle:

Venant vous acuser, il s'est trahi lui même,
Et par un juste trait de l'equité suprême,
S'est découvert au Prince un fourbe renommé,
Dont sous un antre nom il étoit informé;
Et c'est un long détail d'actions toutes noires,
Dont on pourroit former des volumes d'histoire.

Fundándose, pues, esta comedia en el alucinamiento de Orgon, la intriga llega á su término natural, luego que este queda desengañado. Del hecho final ha de resultar forzosamente que él mismo arroje de su casa á un bribon, que restablezca la paz en el seno de su familia, y que entregue á Valere la mano de su hija. ¿Y que resta ya? Nada importante para el drama. Pero es preciso saber que uso haria Tartuffe de una

escritura de donacion, que le hizo Orgon de sus bienes; y hé aqui un apendice á la intriga perjudicial al movimiento escénico. Prescindiendo de lo ilegal de semejante donacion ¿no seria mejor haber paralizado sus efectos en virtud de una trama, que hiciese mas complicada y fuerte la peripecia del acto 4.º? Un descuido de *Tartuffe*, un ardid de *Valere*, de *Cleante* ó de *Dorine*, pudiera haber sustraido de las manos del primero la maladada escritura; y cuando el hipócrita, soltando el freno á su impudente orgullo, dice á Orgon

C'est á vous d'en sortir, vous qui parlez en maître;
La maison m'apartient, je le ferai connoitre, etc.

seria mas cómico que se viese burlado nuevamente, encontrando aquel documento en manos de sus adversarios. De este modo habria una intriga mas dramática; y verificada esta por *Cleante* ó *Valere*, daria á cualquiera de ellos mayor importancia de la que tiene realmente en la accion. Pero habiéndose empeñado Moliere en dividir el plan de Tartuffe en cinco actos, le fué forzoso, sin duda, reservar para el quinto el resultado de la tal donacion. Hízolo asi en efecto: mas como este hecho era por sí solo demasiado esteril para llenar un acto proporcionado á los demas; y como por otra parte formó empeño en que la hipocresia fuese castigada por la autoridad suprema; imaginó al concluir el 4.º acto una arquita llena de papeles pertene-

cientes á un reo de Estado, que habia puesto el crédulo Orgon en manos de Tartuffe. Todos ignoran la existencia de semejante arquita, la cual no sirve de nada en la accion, ni ocasiona incidente alguno ligado con ella, ni se une íntimamente al interes general del drama. Sin embargo, á juicio del poeta francés, era preciso poner preso al hipócrita; y sobre todo era indispensable que una comedia mixta estuviese dividida en cinco actos, aunque el asunto no ofreciese materiales suficientes para llenarlos. Esta fatal precision le obligó no solamente á imaginar un 5.° acto postizo, sino tambien á hacer el 2.° puramente episódico, como se echa de ver á poco que se fije la atencion en el plan de Tartuffe. Todo lo cual prueba indudablemente que Moliere pudo haber reducido á tres actos los cinco, que tiene esta comedia. Sin duda nuestros antiguos poetas cómicos no entendian la materia, pues á pesar de la indicacion gratuita de Horacio, no quisieron salir de la humilde division en tres actos ó jornadas: ejemplo que siguió Moratin con sobrado fundamento.

Pero, volviendo á nuestro asunto, vemos que á pesar de los móviles estraños de que tuvo que valerse Moliere, para desenlazar la accion del Tartuffe, no consiguió dar al acto 5.° la rapidez y movimiento, que en él debe siempre tener todo drama. Asi es que, comenzado el acto, comienza tambien á impacientarse el espectador

con los languidos coloquios entre *Orgon*, *Cleante* y *Damis;* sufre á pesar suyo el importuno diálogo de *Mme. Pernelle*, no obstante su chiste cómico; se disgusta sobremanera con la fria y empalagosa pesadez del necio Mr. Loyal; y como semejante conjunto hace marchar la accion con demasiada lentitud al término de la catástrofe, el espectador se siente ya fatigado y tibio, cuando Tartuffe se presenta al fin en la escena. Nuestra opinion será siempre, que al llegar la accion á su desenlace, debe asemejarse á un torrente, el cual adquiere mayor rapidez á medida que se aproxima al término de su descenso.

Tambien es de observar el atropellamiento con que se verifica este desenlace. Moliere deja descubierta la maldad de Tartuffe cerca de la noche; y con todo eso, en pocas horas de ella se hace una delacion al Monarca, se reclama de los Tribunales un mandamiento de ejecucion y embargo de bienes, se espide el auto correspondiente, y sin mas procedimientos legales, sin mas trámites ni fórmulas, que la simple comision dada á un esbirro, se intenta llevar á efecto. Semejante modo de precipitar la accion ¿no es mas bien darla todos los visos posibles de inverosimilitud? Moratin empleó igualmente la noche en el *Si de las Niñas* para desenlazar la fábula; pero con mas verdad y mejor exito. En esta escelente comedia entra la noche como un incidente necesario, sin el cual no era factible

que D. Cárlos se despidiese de Doña Paquita; y este nuevo incidente proporciona el desengaño de D. Diego, y apresura el desenlace. Moliere pudo disponer con facilidad sus incidentes, sin traspasar los limites del dia; pero introduciendo parte de ellos dentro de la noche, los hizo inverosimiles en estremo.

Nos hemos detenido mas de lo que parece justo en la análisis del desenlace de Tartuffe, por obligarnos á ello una razon muy poderosa. Este desenlace ha sido censurado con fundamento por algunos críticos franceses, si bien defendido igualmente por otros con empeño y obstinacion. Entre estos últimos se distingue *Lemercier*, el cual por su opinion literaria, y por ser profesor de literatura en el Atenéo de Paris, hace inclinar mucho la balanza á favor de Moliere; y puede por lo mismo influir demasiado en el juicio poco sólido de los jóvenes, que se dedican al estudio de las bellas letras. No nos detendremos, pues, en manifestar las razones, en que apoya la defensa de semejante desenlace: solamente diremos que son de suyo tan especiosas, tan débiles, y al mismo tiempo tan abiertamente opuestas á sus mismas doctrinas, que solamente pueden disculpar á su autor el entusiasmo, que le inspira Moliere, y el empeño de hallar en la comedia de Tartuffe el complemento de la perfeccion dramática. Pero á pesar de un empeño tan loable, será preciso con-

venir en que Moratin es mas sencillo, natural y verosimil, en los desenlaces del *Si de las Niñas* y la *Mogigata*, que el poeta frances en los de sus mejores comedias.

Siendo ambos tan consumados en su arte, tan diestros en pintar caracteres y costumbres, tan infatigables en el estudio continuo de la sociedad, y tan inteligentes en usar del lenguaje cómico con singular gracejo, y facilidad inimitables, era forzoso que bajo su pluma la ridiculez se descubriese en cada palabra, y en cada movimiento de sus personages. En efecto, nadie ha sabido mejor que ellos darles aquel colorido ridiculo tan bellamente concebido, tan ajustado á su condicion, que parece imposible aplicarles otro distinto sin adulterarlos; ni naldie tampoco ha conseguido como ellos cubrir la ridiculez con la malignidad epigramática, que hace tan agradables los cuadros de nuestras propias estravagancias.

Examinadas con atencion las comedias de ambos poetas, se advierte un fondo de ridiculez, tanto general como particular, que admira, y hace sus situaciones interesantes y variadas. Ridículo es en *Tartuffe* el beaterio, la gazmoñeria, los escrúpulos exagerados, y aquel estraño amalgamiento de todas las pasiones mas ruines con la afectada compuncion y humildad, de que hacen tanto alarde los que pretenden pasar en el mundo por mas perfectos que los de-

mas hombres. Ridiculo es tambien en el *Si de las Niñas*, que el sistema de educacion de los jóvenes se ponga en lucha abierta con las inclinaciones anejas al temperamento y á la edad; que los padres lleguen á figurarse que su autoridad, siendo puramente directiva, puede partir el campo sin riesgos con las leyes imperiosas de la naturaleza: y que se crea finalmente, que la desigualdad de edades no es un obstáculo para conservar la armonía y la confianza en el matrimonio; sustituyendo en consecuencia al amor, pasion peculiar de la primavera de la vida, un helado raciocinio de conveniencia, tan propio de la fria vejez, como ageno de la imprevision y fogosidad de la juventud. Si atendemos igualmente á la ridiculez particular, se verá manejada con suma delicadeza y maestría en las personas de *Orgon* y *Mme. Pernelle*, en las de Doña Irene y D. Diego, y en los singulares caracteres de la *comedia nueva*.

El cómico español manejaba la ridiculez con tanta finura, que en sus diálogos no hay una palabra, no hay una frase, que no contribuya á hacer objeto de la pública irrision á la persona que habla. Si esta escita poderosamente la risa del espectador, mas lo hace con sus dichos que con sus acciones; lo cual prueba el tino y destreza, con que este autor sabia, no ya crear estravagancias risibles, sino pintar con toda verdad la ridiculez natural, que encierran en sí los

caracteres. El dramático francés, por el contrario, en la mayor parte de sus comedias recarga los suyos, con el fin de dar á la ridiculez mas fuerza de colorido; pero este medio lleva consigo un grave inconveniente, y es que á fuerza de exagerar lo ridiculo, se traspasa la línea de la verosimilitud, y decae el efecto por el esfuerzo mismo, que se hace para aumentarle. Moratin atendia con particularidad á desenvolver la ridiculez en el diálogo: Moliere en los caracteres y situaciones.

Dice un crítico francés, hablando del Tartuffe „que su estilo es el mas natural, correcto, » flexible y nervioso, que jamas se ha empleado, » para espresar los verdaderos sentimientos de » la comedia. La propiedad de voces, (continúa) » y su energia, afectan vivamente el ánimo; y á » cada instante llaman la atencion de los espec» tadores. Las espresiones son figuradas, á me» dida de lo que exige la pasion. Cada actor ha» bla el lenguaje que le es propio; y ocultán» dose la imaginacion del poeta en todas partes, » tan solo brilla por la claridad de las cosas y » de las palabras, que las espresan; ó por mejor » decir, no parece que es el autor quien dicta » aquel lenguaje, sino la naturaleza misma, que » se esplica con tanta fuerza como sencillez."

Cualquiera creeria que este elogio tributado á Moliere, se escribió para calificar el estilo cómico de Moratin. No tratamos de deprimir en

lo mas minimo el mérito, que tiene en esta parte el dramático francés; pero si diremos que el estilo del autor español, no solo es tan sencillo, flexible y variado como el de aquel, sino tambien mucho mas conforme á la verdad imitativa, que el de ninguno de cuantos autores se conocen. El de Moliere se resiente á veces de cierta afectacion poetica, notable en varios pasages; pero con particularidad en algunos del Tartuffe. En las comedias de nuestro poeta no se hallan aquellos tonos de elocuencia declamatoria, ni aquellos floreos retóricos en los pensamientos, que á cada paso se encuentran en las del francés. Cada vez que habla *Cleante* en el Tartuffe, pronuncia un discurso académico, demasiadamente ordenado para dicho de repente; y hasta *Dorine* se espresa en algunas ocasiones como un doctor: defecto muy comun en cuantas personas de esta clase introduce Moliere en sus comedias. Examínese el estilo, en que Moratin hace hablar á *Muñoz;* cotéjese con el de *Dorine;* y se verá una diferencia harto notable: en esta hallaremos una cultura estudiada; en aquel observaremos el desaliño de la verdad. Por esta causa su imitacion es en la realidad tan árdua, como fácil en la apariencia. Tanta es su naturalidad y sencillez, que quien no acierte á comprender la suma dificultad, que presenta semejante estilo, acaso le despreciará por esta misma circunstancia.

Pero si tuviese cabida tal desprecio, se seguiria por consecuencia forzosa el de sus diálogos, que constituyen la prenda mas relevante de Moratin, y en la cual nadie le há escedido hasta ahora. No parecen, pues, obra del arte, sino de la misma naturaleza. En ellos no es fácil suplir con otras las palabras y frases, que emplea su autor; por que la menor alteracion en esta parte perjudicaria al nervio y espresion que tienen, atendida la oportunidad, con que estan colocadas. Y es tan fundada y cierta esta observacion, que algunas de las correcciones de estilo y lenguaje hechas por él mismo poco ántes de su fallecimiento, no parecen á todos muy acertadas; apesar de que no alteran de ningun modo lo sustancial de las cosas.

Inarco supo evitar diestramente en sus diálogos que la fria razon embargase la accion á las pasiones, y entorpeciese su movimiento. Habia visto en Moliere un ejemplo de lo mucho que decae el efecto cómico, cuando se razona demasiado. A la verdad, casi todos los diálogos sostenidos de Moliere se resienten con esceso del dogmatismo filosófico, y de cierta verbosidad ardiente, con que á veces exagera el tono natural; empapando demasiado en hiel los rasgos satíricos del estilo, y descubriendo claramente la intencion de su pluma. Moratin mas templado y juicioso, y sin olvidar nunca la índole festiva de la musa, que dirige su fantasia,

DORINE.

Et je veux vous aimer, monsieur, malgré vous-même.

ORGON.

Ah!

DORINE.

Votre honneur m'est cher, et je ne puis souffrir
Qu'aux brocards d'un chacun vous alliez vous offrir.

ORGON.

Vous ne vous tairez point!

DORINE.

C'est une conscience
Que de vous laisser fair une telle alliance.

ORGON.

Te tairas, serpent, dont les traits effrontés....?

DORINE.

Ah! vous êtes dévot, et vous vous emportez!

En las escenas 3.ª y 7.ª del primer acto del *Avaro*, en la 3.ª del acto 4.° del *Despecho amoroso*, en la escena 5.ª del acto 2.° de la *Escuela de las mugeres*, y en otras varias piezas, que seria ocioso enumerar, se hallan diversos diálogos de tanto mérito como este.

Cuantos elogios se tributan á Moliere al tratar de la fuerza cómica, condicion tan necesaria al poeta cómico, son justos. Véase en prueba de ello el trozo, que acabamos de insertar. Es preciso que tenga el poeta un ingenio muy fecundo, y una imaginacion muy lozana y festiva, para que dé á las situaciones, á los caracteres, y á la diccion, aquel gracejo, aquella sal

epigramática, en suma, aquella *vis cómica*, que no se adquiere con el estudio de las reglas del arte, por que no puede ser enseñada. Nace, pues, con el individuo, y con él muere; y si sus sucesores carecen de iguales ventajas, solamente conseguirán hacer imitaciones serviles, que manifiesten la fatiga, con que se hicieron; al paso que cuantos deban á la naturaleza un genio verdaderamente cómico, hallarán en las obras maestras de todos los tiempos un estímulo, un despertador de su fantasia. He aqui lo que sucedió á Moratin respecto de Moliere. Ambos nacieron para la poesía cómica; y el autor moderno, animado con el ejemplo del antiguo, no pensó en hacer copias defectuosas, sino modelos perfectos y arreglados á leyes, que le eran bien conocidas: en una palabra, holló animoso el camino abierto por su antecesor. (1)

Así es que difícilmente podrán ser separados en fuerza cómica estos dos grandes poetas. Moliere sobresale con particularidad en la de caracteres y situaciones, á cuyo mérito singular debe su gran reputacion. En todas sus comedias, pero particularmente en el Tartuffe, brilla esta cualidad desde que se abre la escena. Moratin, no ménos cómico que su antecesor, é

(1) Nuestros lectores nos disimularán que no insertemos muchos trozos, que podriamos entresacar de las obras de Moliere, para hacer ver la fuerza cómica de que abundan, por no dilatar demasiado esta memoria.

igualmente festivo, epigramático y oportuno en chistes y sentencias, escede ademas á la generalidad de los dramáticos antiguos y modernos en dar á todas sus composiciones aquella sencillez de la naturaleza, aquel colorido de verdad, con que ha sabido revestir siempre los caracteres, las costumbres, la ridiculez y la diccion. No por otra causa ofrece su imitacion el escollo de aquella dificil facilidad, que él mismo pondera tan justamente, y que se muestra tan libre, al parecer, de los esfuerzos del entendimiento, y de la rigida intervencion del arte.

Al manifestar el mérito eminente, que distingue á los dos primeros poetas cómicos de la era moderna, no se nos ha ocultado la opinion colosal, de que goza el francés, y el grande esfuerzo, que por nuestra parte debiamos hacer para ensalzar al español, á fin de que pudiese sostener dignamente el cotejo con su rival. Este deseo por una parte, y por otra el convencimiento, en que estamos, de que esa opinion de Moliere no es inconquistable, nos han obligado á manifestar en general algunos de sus mas notables defectos; mas no con el ruin intento de desacreditar sus obras, dignas por varios títulos de nuestro respeto, y del justo aprecio de los inteligentes; sino con el noble objeto de probar que nuestro poeta poseía cualidades tan eminentes como las que resplandecen en el célebre Moliere, llevándole ademas

la ventaja de haber evitado sus defectos.

Corto es el número de composiciones, que nos dejó Moratin; pero suficiente para mostrarnos cuanto debiamos esperar de una pluma, que en época mas feliz hubiera arrebatado indudablemente á los hijos de Talía el imperio de la escena cómica. Obsérvense imparcialmente sus progresos estraordinarios, y los pasos agigantados, con que caminaba á la perfeccion, demostrados en la sucesion cronológica de sus composiciones, cada vez mas arregladas, bellas y admirables; y se verá cuan conforme es nuestra opinion con la verdad. Pero, aunque obligados á no salir del reducido espacio, que nos ofrecen sus cinco piezas originales, ¡qué de bellezas, qué de primores del arte y del ingenio se descubren en ellas! ¡qué vasto conocimiento del mundo y del corazon humano! ¿Acaso le aventaja Moliere en esta parte? ¿Le aventaja tampoco en la disposicion de los planes en general? Ciertamente que no; y ya hemos visto las ventajas que le lleva Moratin en la combinacion de aquellos, asi como en la economía de lo absolutamente necesario para el movimiento de la accion. ¿Le escede, por ventura, en conocer y emplear con sencillez y gracia el verdadero lenguaje de las pasiones? ¿Y no guardó Moratin mas conveniencia y decoro en esta parte delicadísima de la moral pública? Si Moliere dió, á sus caracteres mas nervio y osadia; si supo

con ellos ridiculizar las estravagancias de su tiempo; tambien es cierto que no pocos de sus caracteres participan del colorido falso, que tomó del teatro italiano; y si Moratin no creó un personage cómico tan escelente como Tartuffe, tambien supo dar mas verdad y consecuencia á los suyos, que la que tienen la mayor parte de los de Moliere.

Logró igualmente superarle en desenlazar la accion con mas naturalidad y artificio cómico, sin valerse de medios estraños, y sin dejar indecisa la suerte de ningun personage. A la manera que su antecesor acertó á buscar la ridiculez en el fondo de las personas y de las cosas, si cabe, con mas finura que aquel, y sin hacer gesticular á sus personages para hacerlos mas risibles.

¿Y quien ha sabido mejor que el poeta Español dar á las frases y estilo aquella sencillez encantadora, que, aparentando el descuido y desaliño de la conversacion familiar, es tan exactamente conforme á la verdad imitativa? ¿Quien le escede en dar facilidad, soltura y gracia á los diálogos de ambas especies? Porque si bien manifiesta Moliere mucho mérito en todos estos requisitos del arte, es igualmente cierto, como hemos hecho ver en su lugar, que Moratin le lleva en esta parte varias ventajas, que nadie podrá disputarle con razon.

Lo mismo puede decirse respecto á la fuer-

za cómica. Ambos poetas poseían las dotes naturales, que son indispensables para producirla; pero la sencillez de nuestro Moratin le dá un grado de recomendacion, que de justicia se le debe; por que la sencillez en las artes ha sido en todos tiempos el sello de la perfeccion.

Al concluir este paralelo, no podemos ménos de sentar una proposicion, que por mas atrevida que parezca á muchos, es sumamente fácil de demostrar con pruebas irrecusables: á saber: que á pesar de ser Moliere un poeta de tan sobresaliente mérito, entre sus muchas comedias no se halla ninguna, que reuna todas las recomendables dotes, que le distinguen; miéntras que en el cortísimo número de las de Moratin, hay una, en que brillan de consuno y en eminente grado todas las cualidades propias de un drama escelente, y que tan célebre han hecho el nombre de su autor. Cítese, sino, una pieza del primero, sea la que fuere, que pueda sufrir un examen rígido y minucioso con igual exito que la bellísima comedia del *Si de las Niñas;* y el resultado justificará nuestra asercion.

Ocioso fuera ocuparnos ahora en hacer su apología, cuando en sentir de tantos, y en nuestro juicio, es la mas perfecta del teatro moderno: ella se elogia á si misma. Basta leerla, con tal que se conozca la belleza y energia de nuestra lengua, para admirar la pluma, que la escribió. Esta obra maestra de Moratin arrebata

á los espectadores, los estasía, y los hace reir ó llorar, segun plugo á su autor. Tal vez nos dejaremos arrastrar con esceso del entusiasmo, que nos inspira; pero confesemos ingenuamente, que de cuantas comedias de su especie se presentan en la escena, ninguna imprime en nosotros sensaciones mas suaves, mas alhagüeñas, ni mas acordes con la idea de la verdad.

Mas no cumpliriamos con los deberes de la imparcialidad y buena fé, que nos han servido de norte en esta memoria, si, despues de haber ensalzado el nombre de Moratin, no tributásemos al gran Moliere los elogios, que de justicia le son debidos. Por lo mismo, uniendo nuestros débiles acentos á los de aquellos criticos de mas opinion, que han celebrado, como era, justo el estraordinario mérito del padre del teatro cómico francés; diremos que la comedia de Tartuffe, la mejor sin duda de este ilustre ingenio, sino reune á nuestro modo de ver todas las condiciones de un drama completo, contiene á lo ménos las mas sobresalientes, aquellas que son mas dificiles de reunir, en suma, las que bastan para hacer eterna la fama de su autor.

Tocamos ya por fin el término de nuestra árdua y delicada tarea. Convencidos de que nuestras fuerzas no corresponden á la importancia del asunto, que forma el objeto de esta memoria, ni á la ilustracion del respetable cuer-

po, que ha de censurarla; ninguna otra idea puede lisongearnos sino la de haber contribuido por nuestra parte, llevados del mas sincero deseo del acierto, á ensalzar el nombre de un insigne literato español

Fácil es sin duda acometer una empresa, por árdua que sea; pero muy dificil llevarla á cabo dignamente. Si los alhagos del amor propio, tan seductores para todos los hombres, han podido quizá ofuscarnos hasta el punto de no permitirnos ver nuestra pequeñez para tan alto empeño, la indulgencia de nuestros censores disculpará un atrevimiento, que no es hijo de una indiscreta arrogancia, sino del amor, que profesamos á las bellas letras. Pero ya que el desempeño de esta memoria no corresponda á la intencion, que nos ha guiado al escribirla, permítasenos en semejante momento tributar á esta respetable Academia las alabanzas, á que se ha hecho tan acreedora por el celo verdaderamente patriótico, que ha desplegado en esta ocasion, y por el tino y oportunidad que, ha manifestado en la eleccion del asunto propuesto. Por que, á la verdad, ¿puede haber objeto mas digno de llamar la atencion de un cuerpo literario, tan interesado en la gloria de nuestra literatura, que celebrar el nombre de aquel clarísimo ingenio, que con tantos laureles ha ornado nuestra escena cómica? ¿Y en que podian ejercitarse mas dignamente las plumas españolas, que en ana-

lizar las bellezas inimitables de Inarco Celenio, cooperando con sus luces al noble y patriótico designio de este cuerpo respetable? Cuando ya comienza de nuevo á decaer nuestra escena; cuando ya parece haber retrocedido con pasos agigantados al siglo del mal gusto; cuando ya la corrupcion de nuestro teatro reclama otra vez sobre sí la sátira terrible del autor de la *comedia nueva*, ¿no será muy propio del juicio y sensatez de un cuerpo literario promover la discusion de los principios de la bella literatura aplicados á las obras del sublime genio de la comedía española? Bien que no se alcanze otra ventaja que la de contener el torrente impetuoso del mal entendido romanticismo, el cual amenaza transformar el siglo 19 en el de los monstruos y las quimeras; podremos lisongearnos de haber conservado los restos del buen gusto como un precioso depósito, que el amor patrio nos manda legar á las generaciones futuras. Tal vez escritos de esta naturaleza, desempeñados con solidez y filosofía, nos preservarán de incurrir en la indignacion ó el desprecio de nuestros descendientes, cuando por desgracia vean reproducidas en nuestra edad las mismas ó acaso mayores monstruosidades, que las innumerables, que empañaron el lustre de nuestra escena en tiempos anteriores; pero sin brillar en ellas los sublimes destellos del ingenio, y sin los infinitos aciertos, que tan frecuente-

mente acompañaron á aquellas. Tal vez entónces, viendo desplegado el noble celo de los cuerpos literarios, y los repetidos esfuerzos de los amantes de las buenas letras, reputarán por muy loable no haber sucumbido completamente al furor melodramático, que ha hecho enmudecer en la moderna Francia las musas de Racine y de Moliere, y amenaza estinguir en España hasta la memoria de nuestros grandes ingenios. Solamente alzando de continuo la voz contra los delirios de los dramáticos ultramontanos; estimulando sin cesar á los buenos poetas de la nacion, para que con piezas originales contengan el ímpetu del romanticismo; y teniendo siempre á la vista las máximas inmutables del buen gusto, conseguiremos quizás libertar á nuestro teatro de la ruina mas inminente y completa. De otro modo no podremos evitar la mengua, que recaerá sobre nosotros, si continúa el asombroso retroceso de nuestra poesía cómica, despues que el inmortal Inarco señaló el camino, que conduce á la verdadera imitacion de la naturaleza. ¿Y de qué podrá servirnos la gloria de haber sido maestros de la Europa en el arte dramática, si luego venimos á ser sus discípulos? Siga pues en buen hora la culta Francia el estraviado sendero del mal gusto; pero España, que aun se envanece con la idea de haberla precedido en la carrera gloriosa de la bella imitacion, aplauda y ensalce en Moratin al esclarecido in-

genio, que, ahogando la hidra del mal gusto, cuyo pestilente aliento infestaba nuestro teatro, le restituyó su antiguo lustre y esplendor. ¡Loor eterno á la benemérita Academia Sevillana, que guiada de tan nobles sentimientos, pretende ensalzar la fama de aquel literato insigne, el primero entre nosotros que ha logrado emular las glorias de los Calderones y de los Moretos! Y ya que nuestra débil voz no baste para estender por todo el orbe literario la celebridad de su nombre, seanos lícito á lo ménos complacernos en depositar sobre el humilde sepulcro de Inarco Celenio los testimonios del aprecio, admiracion y entusiasmo, que nos inspiran sus inmortales obras.

FIN.

ODA.

¡Mil veces venturoso aquel humano,
Que al recibir de cruda muerte el golpe
A vida mas feliz de nuevo torna!
Cantadlo, Musas, que á la par de Apolo
Presidiis el saber. Desde el Oriente
Lleve su nombre Eolo
A las remotas playas de Occidente;
Y del laurel, que adorna
Del dios la sien divina,
El mundo entero en su cabeza vea
La corona, que el hado le destina.

¡Ay! ¡él vivió infeliz! La tierra dura
Sus bienes le negó; y errante y triste
Tuvo que mendigar seguro asilo.
¡Como su labio apura
La amarga copa, que salpica el llanto!
¡Cual su pecho resiste
Los fuertes golpes del mortal injusto!
¿No miras su afliccion? ¡Oh Cielo Santo!
¿Por que dominio tal á envidia diste?
Humillasele el sabio, y ¡ay! sin susto
Y con pecho arrogante
Alza orgullosa frente el ignorante.

Mas ¡ah! que es tan efímera su gloria
Cual presta exhalacion, que cruza el viento,
Y que apenas desvista, desparece.
Solo eterna memoria
Al varon afamado
¡Ay! despues que fenece
Conceden justos ya sus sucesores,
Y derramando flores
Sobre su tumba helada,
Y cubriendo con ellas su ceniza,
La fama alborozada
Sus talentos, sus hechos eterniza.

Así libra tu nombre del olvido
Hechizo de Talía, honor de Iberia,
Arcade sabio, Moratin sublime
Tu siempre cara y anhelada España.
Tu claro nombre imprime
En letras de oro la veraz historia:
La máscara festiva,
Que con tanta cordura engalanaste
Coronada de lauro y siempreviva
Es monumento insigne de tu gloria.
Ya su saber premiaste
Al publicar sus versos numerosos
Inclito Rey ¡ó séptimo Fernando!
Miéntras que, preparando
El triunfo merecido
Los sucesores del divino Herrera,
Su nombre esclarecido

Elevan hoy á la celeste esfera.

Vosotros, que la oliva de Minerva
Cercais enderredor, claros varones,
Vosotros, si, vosotros los primeros
Alzais á Inarco al templo de la fama,
Donde España le aclama.
Que á par de la memoria
De los fuertes guerreros,
Que á la posteridad su nombre legan,
Enzalzan las naciones
Los que á las ciencias con afan se entregan.
Tambien ciñen sus frentes
De verde lauro y de alhagüeña oliva,
Miéntras conservan ellos siempre viva
La fama de sus hijos preeminentes.
¡Ah! siempre fuera así: parte Alejandro
Sus altos triunfos con el claro Homero:
De Augusto la corona
Enzalza el canto, que Virgilio entona.

¿A quien, ¡sublime ciencia! á quien no encantas?
¿Quien en tu altar no quema
Gratos perfumes, que la Arabia cria?
¿Quien no envidia tus títulos honrosos?
La gloria de este dia
Alienta á los mancebos generosos.
Veo el rostro encenderse
De cien y cien, y en angustiosa vela,
Con incesante afan, enardecerse